Mujeres en Santiago

Imágenes y testimonios

Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna

Mujeres en Santiago

Imágenes y testimonios

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Museo Nacional
Benjamín Vicuña Mackenna

UNIVERSIDAD DE CHILE
Vicerrectoría de Extensión
y Comunicaciones

Archivo Central Andrés Bello

Mujeres en Santiago
Imágenes y testimonios

Primera edición: Noviembre de 2019
Registro propiedad intelectual: A-299851
ISBN: 978-956-244-444-6
Derechos exclusivos reservados para todos los países

Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna
Av. Vicuña Mackenna 94, Providencia,
Región Metropolitana.

Teléfono: +56 229978742
www.museovicunamackenna.gob.cl

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio de la Cerda Errázuriz

Subsecretaría de las Culturas y las Artes
Juan Carlos Silva Aldunate

Director del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Carlos Maillet Aránguiz

Subdirector Nacional de Museos
Alan Trampe Torrejón

Director Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna
Ricardo Brodsky Baudet

Índice

6
Presentación

8
Prólogo

10
Introducción

16
Capítulo 1
'Era una generación de posguerra, en que o estabas con el fascismo y con la derecha o estabas con la izquierda':
el testimonio de Sonja Friedmann.

58
Capítulo 4
'... y ahí empecé como a sacar la personalidad':
el testimonio de Pilar Montaner Carcher.

104
Capítulo 7
'Uno fue evolucionando de a poco':
el testimonio de Mercedes Moreno.

142
Conclusiones

32

Capítulo 2
'La mujer ha ido evolucionando, la mujer ha ido ganando mucho terreno': Sara Ojeda Gallardo y Ana Hagelweiss Ojeda, madre e hija.

46

Capítulo 3
'Es un poco por lo que se iba dando no más, ¿no?': el testimonio de Gémina Ahumada Theoduloz.

72

Capítulo 5
'Pensándolo desde hoy día, yo digo: cómo lo hice para criar cuatro cabros': el testimonio de Marión Vera Castro.

86

Capítulo 6
'Soy feliz fotografiando, retratando, buscando lugares únicos, lugares comunes': el testimonio de Patricia Jiménez Rojas.

114

Capítulo 8
'Nos acostumbraron, yo creo así, a pelearle a la vida': el testimonio de las hermanas María y Clara Suárez.

Presentación

Felicito al Museo Benjamín Vicuña Mackenna por la publicación de este libro que –en estos tiempos marcados por el protagonismo femenino y las distintas corrientes feministas– recoge testimonios de mujeres santiaguinas del siglo XX, un proyecto en el cual se ha trabajado colaborativamente con el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile y la Unidad de Género del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

La vida de las chilenas ha sido objeto de cambios revolucionarios a lo largo del siglo XX, y ellas mismas han sido sus intérpretes. Nombres como los de Eloísa Díaz Insunza, Lucila Godoy, Elena Caffarena, María de la Cruz, Amanda Labarca, Sola Sierra, María Luisa Bombal, Marcela Paz, Isabel Allende y Violeta Parra resultan imprescindibles para comprender la cultura y los valores en que se sustentan nuestra convivencia y la propia evolución política del país. Pero más allá de ellas, a las que nombro solo a modo de ejemplo, y a otros centenares de mujeres destacadas que podría enumerar, lo cierto es que el siglo XX vio emerger a una mujer crecientemente autónoma, independiente, ciudadana, titular de sus derechos. Una tendencia que, por lo demás, se ha profundizado en el curso del siglo XXI. Por cierto, ese signo positivo indesmentible se ve opacado por las considerables discriminaciones que aún afectan a las mujeres, y que persisten entre nosotros, tales como la desigualdad salarial, las diferencias en materia de protección social frente a la enfermedad o la vejez, y la violencia de género.

El libro “Mujeres en Santiago” muestra justamente la profundidad y amplitud de estos cambios en la situación de la mujer santiaguina: su participación en los espacios públicos, sus nuevas libertades, su rol en la familia; pero también hace patentes los pendientes, especialmente en lo que se refiere a la propia valoración que las mujeres tienen de su rol en la sociedad, a la importancia de sus opiniones y al valor de su experiencia.

Gabriela Mistral por momentos jugó en su poesía con la polaridad entre el mundo de los hombres, asociado a la violencia, la guerra, la risa, y el de las mujeres y los niños, aliados para extirpar el mal, protagonistas del acto gratuito de donar, para que éste sea la semilla de una vida mejor. “Mujeres en Santiago” bien podría llamarse “Mujeres en transición”, es decir mujeres construyendo

su experiencia de vida en estos escenarios de permanentes cambios, de incertidumbre, de valores que ya no son inmutables, que las desafían a asumir nuevos desafíos, tanto en el mundo de la familia, como de la empresa, la política y la cultura, para salvarnos de la violencia y del miedo que a veces parecen apoderarse de nuestras sociedades.

CONSUELO VALDÉS CHADWICK,
MINISTRA DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y EL PATRIMONIO

Prólogo

La recuperación de la voz de las comunidades que no están incluidas necesariamente en las historias oficiales, casi siempre éstas últimas con protagonistas masculinos, triunfantes y ejemplificadores, se debe en gran medida al cuestionamiento que de la historiografía tradicional hizo el pensador francés Pierre Nora. Contra un abstracto ciudadano universal, rescató las memorias de mujeres, comunidades aisladas, minorías sexuales, campesinos pobres, lugares de la memoria. Introdujo la distinción entre memoria e historia abriendo un campo extraordinariamente prolífico para las nuevas generaciones de historiadores, así como para los estudios de la memoria, relativamente nuevos pero que en Chile se han convertido en una categoría central para pensar el presente.

La historia oral, esto es el registro de los testimonios de las personas y comunidades para hacer presente el relato de los sin voz, tuvo una primera fase inocente o ingenua en que la fascinación por el descubrimiento de esos nuevos sujetos hizo perder de vista que finalmente todos los relatos, no sólo los de los sectores dominantes o ilustrados, son una construcción, una interpretación de la experiencia marcada por la cultura, la ideología, los intereses y las vivencias de su grupo de pertenencia. Esto hizo sino regresar a la historia, buscar los caminos para que la memoria, expresada en testimonios y registros orales, fuera contrastada con otras subjetividades o con archivos oficiales para ser incluida como una fuente válida para el conocimiento del pasado.

En Chile la historia oral, según Mario Garcés, que ha sido entre nosotros un gran impulsor, se inició tímidamente en el período de la Unidad Popular y con mayor fuerza durante la dictadura. Luego, durante el período de transición democrático, adquirió gran relevancia para dar a conocer los casos de violaciones a los derechos humanos, así como las historias de solidaridad y empatía y las estrategias de supervivencia de los prisioneros y perseguidos. Abundan, en este sentido, los archivos orales de los sitios y museos de memoria en Chile y América latina.

Este libro “Mujeres en Santiago” se inscribe en ese género o tradición. Ciertamente, se busca hacer presente historias o relatos en un registro más amplio que el de las violaciones a los derechos humanos en dictadura; una apertura a las vivencias cotidianas y trascendentes de mujeres de diferentes sectores sociales en cuyos relatos es posible no

sólo ver nuestro pasado santiaguino común, sino también reconocer las ideas que han predominado entre nosotros sobre el rol de las mujeres y las dificultades que ha importado o importa ser mujer en nuestra sociedad.

Tras conocer la exposición "Mujeres en Santiago" del Museo Benjamín Vicuña Mackenna, un proyecto de retratos fotográficos protagonizado por mujeres del siglo XX santiaguino, e impactarse por la riqueza de sus detalles escenográficos y la variedad de las expresiones y situaciones incluidas, Azun Candina, académica e historiadora de la Universidad de Chile, asumió con entusiasmo y energía el proyecto de este libro, desarrollando las entrevistas a estas mujeres que sin sospecharlo nos abrieron no sólo el baúl de sus recuerdos sino también el camino de un testimonio trascendente.

RICARDO BRODSKY BAUDET
DIRECTOR
MUSEO BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Introducción

EL ORIGEN DE *MUJERES EN SANTIAGO*

Este libro es un libro hijo —o más bien, libro hija— de un proceso que comenzó en el año 2016. En el marco del mes de las mujeres, el Museo Benjamín Vicuña Mackenna lanzó la convocatoria pública *Mujeres en Santiago. Retratos femeninos urbanos en el siglo XX*, con el objetivo de recopilar imágenes de mujeres en el espacio público de la ciudad, para luego gestionar una exposición fotográfica. El resultado de este llamado fueron setenta fotografías donadas por más de cincuenta personas de forma entusiasta y comprometida, y el comienzo inesperado y gratificante de una nueva línea de trabajo para el Museo.

Con las imágenes recibidas, que abarcan el periodo entre 1916 y 1998, el equipo del Museo junto al Sistema de Equidad de Género de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM)[1], formó la muestra fotográfica que fue inaugurada en mayo de 2016 y en el Día del Patrimonio, con más de cuatrocientos asistentes, incluyendo a algunas de las mujeres protagonistas de las imágenes y a sus familias. La exposición fotográfica *Mujeres en Santiago* se transformó en la primera muestra temporal creada y curada completamente por el Museo, abriendo así el trabajo de la institución a la relación tan necesaria con la comunidad y dando paso a la primera colección formada por la ciudadanía. Paralelo a la exposición, se generó el catálogo digital, el cual fue difundido ampliamente; fue así como estas mujeres de Santiago y en Santiago, de distintas edades, condiciones y experiencias, estuvieron circulando otra vez por la ciudad.

Luego de ser expuesta en el Museo, la muestra ha pasado por la Biblioteca de Santiago, la Biblioteca Pública de Quinta Normal, el Centro Lector de Lo Barnechea, y una selección estuvo presente en la intervención Museo B preparada por el Colectivo VAM en el barrio Bellavista. Se espera que continúe su itinerancia de forma permanente por diversos centros culturales del país.

El año 2017 se publicó el catálogo impreso *Mujeres en Santiago. Retratos femeninos urbanos en el siglo XX* profundizando la reflexión sobre la categorización de las fotografías, tomando atención en las múltiples posibilidades que genera el cruce entre las temáticas de ciudad y género, y permitiendo así contextualizar las historias de vida presentes en las imágenes

1 *Actual Servicio Nacional del Patrimonio Cultural (SNPC).*

donadas. Las fotografías se transformaron en una excusa pertinente para hablar de diversos tópicos, como infancia, formación, educación, oficios, profesionalización, vida de calle, lugares de tránsito comunes, expresiones de la religiosidad, vanguardia, placer y espacios de la muerte, como documentos visuales de la historia del país y a través de la ciudad de Santiago en el siglo XX.

Tal como se señaló en esa publicación, este cruce de temáticas fue una invitación a la reflexión sobre el habitar de las mujeres en la ciudad y su apropiación en el espacio público. Surgieron allí múltiples preguntas abiertas a reflexionar sobre lo que está o no presente en cada una de las imágenes; ¿cuáles han sido las relaciones de las mujeres con el espacio urbano?, ¿Qué diferencias existen según la identidad y origen de estas mujeres?, ¿Cómo las imágenes transmiten ciertos ordenamientos de género que pueden ser transgredidos o perpetuados?, ¿Qué aspectos son naturalizados?, ¿Qué roles identificamos?, ¿Qué nos transmite la distribución de los cuerpos en la escena: contemplación, movimiento o mixturas? A estos cuestionamientos, podrían sumarse infinitos análisis sobre las posibilidades que entrega el trabajo conjunto con la comunidad y las formas de entender el patrimonio y sus diversas relaciones.

DE LAS IMÁGENES A LOS TESTIMONIOS: LAS MUJERES COMO SUJETOS HISTÓRICOS

Luego del lanzamiento del catálogo impreso, quisimos saber qué había al interior de esas imágenes de niñas, jóvenes y mujeres mayores, sonrientes o serias, con las manos enlazadas en el regazo o abrazando a alguien, de paseo o en el trabajo, estudiando o de pie junto a las tumbas de sus muertos. Porque si las imágenes son un lenguaje en sí mismo, nuestra curiosidad fue más allá: buscamos explorar el origen de esas imágenes, cómo y dónde fueron producidas, cuál era el momento de esas vidas de mujeres que una cámara nos había dejado. Buscamos, entonces, verlas y compartirlas no como anecdotario y no como una suerte de colección de historias personales más alegres o tristes según el caso, sino como lo que creemos que son: parte de la historia de este país y de esta ciudad en el siglo XX, vivida desde la particularidad de ser mujeres.

No se trata de una tarea fácil. En sus cuadernos de notas a *Memorias de Adriano*, la escritora francesa Marguerite Yourcenar afirma que dudó acerca de la voz que narraría la historia del emperador y su tiempo. Una posibilidad era Plotina, la esposa de Trajano, consejera de Adriano a lo largo de su vida y dueña de una

notable sensibilidad y sabiduría política. Sin embargo, Yourcenar abandonó la idea:

"La vida de las mujeres es más limitada, o demasiado secreta. Basta con que una mujer cuente sobre sí misma para que de inmediato se le reproche que ya no es mujer. Y ya bastante difícil es poner alguna verdad en la boca de un hombre"[2].

Por distintas razones, la Historia como narrativa y las mujeres como sujetos históricos han tenido una relación marginal. A veces ni siquiera se considera incluirlas, pues qué podrían agregar las mujeres a lo que *importa*, al Gran Relato de la política, la economía o el poder. En ocasiones se les concede ese lugar de *La-Mujer-en...* (en el arte, en la Edad Media, en el trabajo, etcétera), como si sus vidas y sus experiencias —tan complejas y diversas como las vidas masculinas— pudieran despacharse rápido, con ese simplista singular de 'la mujer'. Otra recurrida opción es mencionarlas cuando fueron las parejas, madres o esposas de hombres destacados, o porque fueron de las pocas que lograron romper el cerco del personaje secundario en que normalmente les toca vivir. Como sea, suelen ser un recuadro aparte, una excepción o una ausencia. Pocas veces se las recupera como sujetos y actores y se las integra a un relato colectivo, y menos aun si se trata de mujeres que como la mayoría de nosotras y nosotros, viven sus vidas fuera de los reflectores de la fama o la tragedia pública.

Acostumbradas a ese segundo plano, habituadas a asumir que sus vidas y experiencias sólo les importan a ellas mismas, las mujeres han tenido dificultades para valorar y hacer oír esas voces. A diferencia de la mayoría de los hombres, dudan que sus experiencias y sus opiniones tengan un valor histórico, que cuenten más allá de sus propias familias y amistades o del habla entre mujeres. En las entrevistas realizadas para este libro, más de una vez escuchamos *¿los estoy aburriendo?*, o *qué más les puedo decir...*, con ese gesto amable pero inseguro de alguien que está preguntándose si lo que dice tiene un valor, o por qué se lo preguntan.

Trabajar con sus propias fotografías fue una manera de abrir ese camino. Como bien han explorado autoras como Gisele Freund, la fotografía como forma de registro de la realidad tuvo desde sus orígenes un carácter transversal: a diferencia del retrato al óleo, por ejemplo, hecho por un artista profesional, devino en democratizar las imágenes, pues no sólo los sectores privilegiados pudieron desde entonces contar con un registro permanente de sus rostros, sus espacios y sus familias: la fotografía, señala Freund, "penetra por igual en la casa del obrero y del artesano como en la del tendero, del funcionario y del industrial"[3]. Si no fuera por esa masificación del registro fotográfico, muy probablemente no tendríamos hoy las imágenes de estas mujeres, que no han pertenecido a la aristocracia local ni han estado bajo las luminarias de los escenarios de la política o el arte y que no fueron retratadas para 'la posteridad', sino por sus propias familias,

2 *Marguerite Yourcenar, Cuadernos de Notas a las 'Memorias de Adriano', Editorial Sudamericana, 1995 (1955), España, p. 246.*

3 *Gisele Freund, La fotografía como documento social, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1983, p. 8.*

parejas o amigos. No podríamos haberlas hallado ni haber tenido ese instrumento —su memoria observando un registro visual de sí mismas—para cumplir con lo que buscábamos: una historia testimonial del siglo XX y de Santiago de Chile en este período, desde su particularidad de mujeres.

Esa historia oral desde el testimonio directo nos pareció especialmente valiosa como registro relevante. En su historia oral de la Guerra Civil española[4], Ronald Fraser afirmó que su libro no reemplazaba a otras publicaciones sobre el conflicto, sino que era la historia de esa guerra y ese conflicto desde la experiencia:

> "Pasé dos años, entre 1973 y 1975, recorriendo el Estado español y buscando como testigos a la gente corriente. Para mí esta palabra, «corriente», tiene un significado especial. La gente corriente es la que no deja constancia de su existencia en documentos o escritos. Es la gente que hace la Historia y que la sufre, pero que no aparece en los libros de historia tradicionales."[5]

Recuperamos y subrayamos aquí esa frase: la gente que hace la Historia y que la sufre. En este caso, quisimos recuperar mujeres chilenas y santiaguinas que han hecho y han sido parte de la historia de nuestro siglo XX, y que no han sido esas mujeres famosas o 'ejemplares' que una y otra vez se citan y recuerdan cada vez que se quiere (tal vez) homenajear la inteligencia o la creatividad femenina, sino las mujeres cuyos logros y luchas no han sido parte del gran relato histórico y no han estado en una condición de privilegio. Debemos indicar también que en este trabajo hubo una selección de las personas a entrevistar, y lamentamos por cierto no haber podido contactar a todas las mujeres que aparecen en el catálogo original. Los motivos fueron varios. En primer lugar, la explicable distancia temporal: muchas de las personas que aparecen en las fotografías de la primera mitad del siglo XX ya no están para hablar con ellas. En segundo término, no todas las personas pudieron ser ubicadas, y en ocasiones, las fotografías no habían sido donadas por las personas que aparecían en las imágenes, o esos donantes no tenían una relación directa con ellas. Por último, los plazos de un proyecto: en un contexto donde la investigación suele estar acotada a semanas y meses, no hubo tiempo para convocar a todas las que efectivamente pudieron ser entrevistadas. Pedimos disculpas anticipadas por ello, y ojalá podamos continuar este trabajo.

LAS MUJERES EN UN CAMBIO DE ÉPOCA

Estas historias, aun fragmentarias, son las historias de un siglo y de una ciudad donde las mujeres vivieron su propia experiencia de la modernidad y de la urbanización en Chile. Muchos de sus testimonios de niñez y juventud —y lo que recuerdan y cuentan de

4 *Ronald Fraser, Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española, Editorial Crítica, España, 1979.*

5 *Entrevista a Ronald Fraser: "Mi libro tratar de restituir la historia al pueblo español", https://elpais.com/diario/1979/04/18/sociedad/293234412_850215.html, visitado el 17 de junio de 2018.*

sus familias—se centran en el período que va desde la década de 1950 a 1980. Se trataba de un país que había cambiado y seguía cambiando rápidamente: Chile pasó de tener poco más de tres millones de habitantes en el año 1907, a aproximadamente quince millones en 2002. Igualmente, si en 1907 el porcentaje de habitantes que vivían en áreas rurales era 56,8%, en el año 2002 esa cifra disminuyó a un 13,4%[6]. Santiago, ciudad de crecimiento explosivo durante las décadas de 1950 en adelante, concentró casi a la mitad de la población chilena.

Igualmente, a partir de la década de 1940 comenzó a descender la brutal mortalidad infantil chilena —que alcanzó a uno de cada tres niños menores de un año a comienzos del siglo XX—y la mortalidad de mujeres por parto. Desde la década de 1960, disminuyó el promedio de hijos vivos por mujer, gracias a nuevos métodos anticonceptivos y las políticas de control de natalidad y planificación familiar: la obligación de tener todos los hijos 'que manda Dios' empezó paulatinamente a desmoronarse. La demografía chilena y de las mujeres cambió, pero ése no fue el único cambio.

La política y el trabajo fuera del hogar, tradicionalmente territorios masculinos, también se transformaron. Las mujeres pudieron votar por primera vez en las elecciones municipales de 1935. En 1949 ganaron el derecho a voto universal y en 1952 participaron por primera vez en una elección presidencial. Asimismo, la incorporación de las mujeres a la escuela, la universidad y al trabajo remunerado fue dificultosa y paulatina, pero tuvo lugar.

Los testimonios de este libro dan cuenta de cómo ocurrió esa incorporación: muy a menudo tuvieron que conciliar la responsabilidad maternal y al mismo tiempo trabajar fuera del hogar, con todo el esfuerzo que eso significaba. Su salida al espacio público tampoco fue fácil: debían contar con autorización o 'permiso' de maridos y padres para aceptar un trabajo, salir con sus amigas o tener un novio, y si bien participaron en la política y sus conflictos y represiones, apuntan haberlo hecho desde un lugar secundario, donde sus opiniones y acciones contaban menos que las masculinas. También debieron asumir la carga y el dolor de las familias rotas por la represión y el exilio, saliendo del país por las amenazas a sus compañeros y a ellas mismas, buscando trabajo y adaptándose a realidades ajenas, o asumiendo esas ausencias de los que se fueron y que no regresaron.

De tal manera, todas y cada una de esas imágenes reveló ser la punta del iceberg en historias personales que se enlazan con esos cambios, tragedias, triunfos y luchas de Chile en el siglo XX, y especialmente de su segunda mitad. En la imagen de una mujer joven y su hija sentadas en el Paseo Bulnes, estaba la historia de una familia desanudada y vuelta a anudar por los exilios y las persecuciones de los años setenta y ochenta; al interior de la fotografía de una adolescente de los años cincuenta sosteniendo un cartel, había recorridos que involucraron la Ley Maldita de 1948 y el buscar una nueva vida fuera del país en los años setenta y luego regresar; en

6 *Ver 'Los censos de población en Chile (1813-2002)', en http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-31530.html*

las fotografías de mujeres tras un mesón de almacén, saliendo de sus clases, sonriendo a la cámara desde la entrada de la Biblioteca Nacional o el Cerro San Cristóbal, aparecieron las crisis económicas, el crecimiento de la ciudad, los cambios en la moda y las relaciones sociales, el descubrimiento de sí mismas y de sus capacidades.

Estas mujeres narraron cómo les tocó vivir la transición entre un tipo de vida 'protegido' —fue la palabra que varias usaron—donde las niñas y jóvenes obedecían las órdenes paternas, tenían una circulación muy controlada por los espacios públicos y se casaban y tenían hijos muy jóvenes, a una sociedad y una ciudad que perciben como mucho más abierta. Santiago es ahora menos tranquila, pero también ha sido el lugar donde ellas mismas se rebelaron —en mayor o menor grado—a esa condición de sometimiento a las órdenes familiares, y se atrevieron a salir solas, a hablar en público, a trabajar y a buscar sus propias expresiones: la música de rock, bailar tango, salir y viajar con sus amigas, escribir o pintar. Las jóvenes actuales tienen vidas diferentes a las que ellas tuvieron: miran esos cambios con ciertas reticencias, pero también valoran esa libertad que en parte, heredaron de ellas.

Se presentan así, entonces, estos testimonios de *Mujeres en Santiago*, como un verbo femenino a compartir y valorar, y ojalá también a incorporar a nuestro propio conocimiento sobre nuestra historia reciente y a su diversidad de experiencias: si la historia no la hacen sólo los 'grandes hombres', que ello signifique que también está hecha por las mujeres.

AZUN CANDINA POLOMER
DRA. EN HISTORIA
UNIVERSIDAD DE CHILE

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a cada una de las mujeres que permitieron la creación de este libro, aportando con sus testimonios y vivencias personales; al Sistema de Equidad de Género del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural y al Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, por hacer posible este proyecto.

‘Era una generación de posguerra, en que o estabas con el fascismo y con la derecha o estabas con la izquierda’

Sonja Friedmann

TARIFA ESCOLH
DE $1 ES
JUSTICIA

CAPÍTULO 1

Sonja Friedmann

El siglo XX fue un siglo revolucionario, de utopías y búsquedas de igualdad y de libertad, con toda la esperanza, la violencia, las victorias y los retrocesos que ello involucró. En su esquina del mundo, Chile no fue una excepción: como ocurrió en la Europa destrozada por dos guerras y en una América Latina donde los movimientos obreros y por el cambio social cobraron cada vez mayor fuerza, también en esta tierra se vivieron y debatieron —y sufrieron—las grandes luchas sociales de la época.

Si leemos así el testimonio de Sonja, nos encontramos con la memoria de esas luchas, particularmente en la segunda mitad del siglo XX. Su historia de vida es parte de la historia de la Ley Maldita y del Golpe de Estado de 1973 y de sus consecuencias para individuos y familias, de las iniciativas internacionalistas de la izquierda y de los avances y los prejuicios de una época. Su experiencia personal es parte de la historia de la izquierda chilena y de una sociedad que aun conservaba muchos elementos tradicionales, pero que estaba cambiando.

En esta imagen, es 1954 y Sonja Friedmann tiene dieciséis años, es Vicepresidenta del Comando Nacional de Estudiantes Secundarios y sostiene un cartel en una manifestación contra el alza del pasaje escolar, en las puertas de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Quién donó la fotografía al Museo Benjamín Vicuña Mackenna fue su hija, quien en la opinión de Sonja, se identifica con esa joven que con el paso de los años sería su madre, y con su interés y compromiso con la política. Nos observó también que en la época, el valor de un peso era el de una marraqueta.

Francamente no sé, ni quién me la toma ni cómo llegó a mis manos, es muy posible que haya sido un fotógrafo de el periódico El Siglo o algún amigo de la FECH, pero no me acuerdo quien me la tomó, sé que es muy raro que haya estado sola en la puerta de la FECH con el cartel y no entremedio de la muchedumbre de estudiantes. Ella [su hija] la tenía. Y yo creo que para ella mi juventud era muy motivante, y de hecho entró a estudiar a la [Universidad] Católica, a una licenciatura en Letras, por que le dijeron 'compañera ahí no tenemos todavía a nadie, hay que... así que usted se va a estudiar para allá', ella quería periodismo, pero en periodismo ya había otra gente, en la [Universidad de] Chile sobre todo. Entonces ella la tenía, le gustó, les gustaba mucho esta foto mía, yo creo que se debió a que se sentía un poco identificada con esa niña.

UNA HISTORIA FAMILIAR DE COMPROMISO CON LA POLÍTICA Y LOS MÁS POBRES

Sonja explica su temprana participación política a partir de una historia familiar de compromiso con la izquierda, particularmente por el trabajo de su padre, abogado, militante comunista y defensor de los obreros y campesinos en distintos lugares del país, y quien sufrió la persecución bajo la Ley de Defensa Permanente de la Democracia promulgada en septiembre de 1948, también conocida como la 'Ley Maldita', que declaró fuera de la legalidad al Partido Comunista y obligó a sus militantes a dejar sus trabajos y salir de Chile. Igualmente, fue ese compromiso y ese interés lo que la llevó a emprender un viaje inusual para su época: con quince años de edad, poco antes de la imagen registrada aquí, asistió a un congreso de estudiantes por la paz en Bucarest, Rumania, viaje que marcó una diferencia entre ella y la experiencia común de los chilenos, y que junto a su historia familiar y de vida, la hizo alguien diferente a sus compañeros y compañeras:

> Yo era Vicepresidente de los Estudiantes Secundarios y por supuesto participábamos en todas las manifestaciones estudiantiles que eran bien distintas de lo que son ahora, eran pacíficas y alegres, nunca se nos ocurrió destruir nada. Los dirigentes íbamos a sacar a los estudiantes, a los alumnos, en realidad, de los colegios, algunos casos les daban permiso para salir, en otros o se arrancaban o simplemente no podían participar, y esto fue un llamado que hizo la FECH a los estudiantes universitarios, pero los secundarios nos plegábamos siempre.
>
> Los estudiantes de esa época tratábamos por todos los medios antes de salir a la calle, de conseguir las mejoras que necesitábamos, entonces pedimos entrevista con la que era Ministra de Educación en esa época, doña María Teresa del Canto, una vieja estúpida y retrógrada a más no poder, la había nombrado [el Presidente] Ibáñez, primero o después alcaldesa de Santiago, cuando fue alcaldesa de Santiago hizo en la plazuela del [Teatro] Municipal dos intervenciones. Una de ellas fue que en el edificio que está en la esquina, cómo se llama esa calle, creo que es Matías Cousiño (...) Había en el edificio que creo que era de la Últimas Noticias en esa época, un cartel muy grande de una marca de medias, en que las mujeres que estaban mostrando las medias, tenían la faldita como las minis, para que se viera la media completa, que en esa época se sujetaban con portaligas, no eran pantis. Y doña María Teresa hizo que le alargaran la faldita a las mujeres que salían en ese cartel, esa fue su primera intervención. La segunda fue que le cortaran los penes a los angelitos que están en la fuente. Entonces resulta que es deprimente, porque a los angelitos les chorrea el agua por las piernas, en vez de salirle como el *Manneken Pis* de Bruselas. Esa era la María Teresa del Canto.
>
> Bueno, nos dio finalmente la entrevista cuando era ministra de educación, y fuimos a hablar con ella: "señora ministra, el [Liceo] Valentín Letelier se llueve", "el [Liceo] Barros Borgoño le pasa esto, no tiene baños". El [Liceo] Darío Salas, que era donde yo estudiaba, no tenía ni gimnasio, ni biblioteca, ni camarines, hacíamos gimnasia cuando se podía en el patio de tierra, que cuando se podía, porque o había polvo o había barro, mi sala de clases

era de adobe, tenía una puerta con vidrio, era la única luz que entraba a la sala... entonces le explicamos todas esta cosas a doña María Teresa, muy respetuosamente, no se puede decir que fuera mal educada. Y cuando no hallamos qué más contarle, dijo, "ay!, chiquillos para que vean ya estoy enterada de todo eso, y pa' que vean que me preocupo de ustedes, aquí tienen unas entradas para que vayan a ver *Ivanhoe*". *C'est tout*... ¿Entonces, claro, qué hacíamos? Manifestación, de ahí teníamos que salir a la calle a reclamar, no se sacaba nada, avanzábamos por la Alameda, llegábamos hasta la Biblioteca Nacional, en la parte del Archivo Nacional que hay unas columnas que tienen unas bases cuadradas bastante más grandes que el diámetro de la columna, nos parábamos los dirigentes a vociferar, porque no había altoparlante, no había micrófono, no había nada, entonces escuchaban los que estaban más cerca, yo nunca me atreví a hablar ahí, pero subía junto con ellos porque me hacían subir.

Yo vengo de una familia comunista, mi papá era abogado comunista, primero fue juez de indios en Pitrufquén y Temuco, y después fue abogado de los sindicatos del cobre y del salitre en Tocopilla y en Antofagasta. Cuando vino la Ley de la Defensa de la Democracia, mi padre fue llevado a Pisagua junto con los dirigentes sindicales, en esa época los obreros del norte eran pagados con fichas, como ustedes saben, y entonces el trabajo de mi padre era ayudarlos en sus pliegos de peticiones a conseguir mejores condiciones, etcétera, es lo que contaba Violeta Parra en *cuando me fui pal norte,* ¿no cierto?

Bueno, en ese ambiente por supuesto nosotros, mi padre y mi madre, eran personas importantes en Tocopilla y en Antofagasta, [él] era abogado, [ella] profesora del liceo. Rodeados de mucha gente, y cuando iban Neruda, Lafferte, y etcétera, al norte, normalmente alojaban en nuestra casa, de modo que yo conocí a esos importantes políticos.

La Juventud Comunista de Tocopilla desfilaba, re pobremente vestidos, por supuesto, pero con un gorrito blanco, con la hoz y el martillo rojo. Y, yo debo haber tenido en esa época seis, siete años, le desprendí el forro del sombrero borsalino de mi papá, que era elegantísimo, forrado en seda blanca y me hice un gorrito, y le dibuje el papel con lápiz de color rojo la hoz y el martillo a mi pinta, y la usé y me asomaba al balcón, para gritarle junto con ello 'JJCC', bueno, ese es mi ambiente infantil.

Cuando mi papá fue relegado a Pisagua, después el Colegio de Abogados intercedió, intercedieron muchas personas y entidades; se lo cambiaron por exilio, nos fuimos a Argentina, a Buenos Aires, primero el papá, que pasó directamente, y después lo siguió la familia a final de año. Ese año el papá estuvo en Pisagua y después en Argentina, tratando de encontrar trabajo, en fin, nosotros vivimos con mi abuela en Santiago, y yo asistí al [Liceo] Manuel de Salas, y mis hermanos también, tenía tres hermanos, queda sólo mi única hermana.

Vivimos tres años en Argentina durante el gobierno de Ibáñez; antes incluso de la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia; la persecución contra los comunistas, socialistas, etcétera, se suavizó muchísimo, al mismo tiempo ocurrió que nuestra casa de Antofagasta —que era el único capital que teníamos— se vendió, porque el arriendo nos llegaba tarde, mal y nunca a Buenos Aires.

A mí me echaron del liceo en Buenos Aires... estaba en primer año de enseñanza media y me echaron. En esa época el movimiento mundial de partidarios de la paz, que era muy cercano al Partido Comunista —estamos hablando de los años inmediatos al término de la Segunda Guerra Mundial— lanzó un llamamiento mundial por la paz, en unas hojitas que en Buenos Aires por lo menos eran así, había que firmar adhiriendo, y por supuesto mis padres tenían esas hojitas y me dijeron 'pídeles a tus amigas del colegio que firmen', y bueno yo que tenía doce años probablemente, agarré papa y me puse en el recreo a sacarles firmas a todas a las que [se] acercaron a copuchar. Entre ellas probablemente había una soplona que me acusó a la dirección del colegio, me llamaron, ojo, tres días después y me interrogaron quién me había dado esas hojitas. Por lo tanto, es decir yo, a pesar de lo tontorrona que era, me di cuenta que no podía involucrar a mis padres, inventé un cuento con una señora María del almacén de la esquina que me lo había dado por la paz, que yo estaba de acuerdo con la paz y que me había parecido muy lógico que se firmara. La cuestión siguió y me echaron del liceo, y no solo de ese liceo, sino de todos los establecimientos de educación secundaria de Argentina.

Bueno, entonces volvimos a Chile y entré al liceo Darío Salas, no al Manuel de Salas sino al Darío [Salas], mis hermanos también, y ahí ingresé a las Juventudes Comunistas, que no recuerdo si existían antes que yo llegara o no, y milité en las Juventudes Comunistas durante toda mi época de liceo y toda mi época después en la universidad, en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile. Nunca fui una militante... ideológica. No recuerdo haber leído ni siquiera el Manifiesto Comunista, menos El Capital, que no lo lee casi nadie, apenas leí El Siglo por encima, era una cosa más emocional, más de idealismo, de solidaridad con los pobres, del derecho al trabajo, a la educación, a la salud, a un trabajo bien remunerado, a la igualdad, en esa época no se hablaba de equidad pero sí de la igualdad, y entonces cuando ya salí de la universidad y que todos los mejores alumnos y los mejores profesores eran comunistas, era una generación de posguerra, en que o estabas con el fascismo y con la derecha o estabas con la izquierda.

De hecho, el primer diputado comunista que [se] eligió después de ese tiempo fue Sergio González Espinoza, que era arquitecto, no, no se había titulado de arquitecto todavía, tenía veintiocho años, fue el diputado más joven. Por supuesto los estudiantes y profesores de arquitectura trabajamos todos por su candidatura, digo yo trabajaba, porque era amistad, porque era idealismo, punto.

El cuento es que la mayor parte del Comando Nacional de Estudiantes Secundarios, cuando yo entré al Darío Salas, eran comunistas o socialistas, a veces peleábamos con los socialistas, a veces hacíamos cosas juntos, pero entonces no sé qué pasó con el secretario o secretaria del comando, y yo debo haber estado en segundo o tercero de Humanidades y me nombraron secretaria a dedo, y vino uno de los congresos de los estudiantes secundarios que se hacían cada año, en distintas parte de Chile, yo asistí a dos, al de Chillán y al de Valdivia, no me acuerdo en que orden fueron, pero en el segundo me eligieron vicepresidente nacional, y así fue como llegué a ese cargo.

Yo creo [que] en esa época ya tenían un poco el sentido de la inclusión de la mujer y como los liceos de niñas también iban, entonces quisieron presentar una lista en que hubiera por lo menos una mujer, y quién sino ésta que era simpaticona, que les gustaba a muchos de los cabros del comando.

Resulta que entre las cosas de los estudiantes secundarios y del movimiento de partidarios de la paz, había festivales de la juventud y los estudiantes, cargados con el mismo tinte político. En 1953 fue el festival de Bucarest, fue uno de los primeros, no se si hubo antes alguno, ah, no, era el cuarto festival, me acuerdo en rumano como se decía. Imagínate, a los quince años me dicen 'quieres ir al festival', sí, hay que juntar 120.000 escudos, nosotros te vamos a ayudar con malones y con cosas, para el barco, la estadía. La estadía no nos costó mucho, y mis tíos se pusieron, mi mamá vendió los violines, porque habíamos dejado de estudiar violín, amigos, en fin, se juntaron y partí a los quince años. El jefe de la delegación era José Tohá, el que mataron en Punta Arenas, que estaba en Dawson, iba gente que... periodistas como, Carlos Jorquera, el Negro Jorquera, ¿cómo se llamaba este que murió en La Moneda? Olivares, Augusto Olivares. En ese barco, éramos ciento veinte.

Bueno, por qué sé del traje; porque me lo hicieron para ese viaje, o sea la foto está tomada [a] la vuelta del viaje. [Era] muy elegante, mi madre era una mujer... [se queda pensando] que es el momento de mayor miseria, porque los pasamos, se preocupaba de que anduviéramos siempre limpiecitos y bien arreglados. De hecho en Buenos Aires, no teníamos baño, no teníamos ducha ni nada, nos duchamos en la escuela, donde mi mamá hacía clases, conseguía que fuéramos las horas que no había clases, porque mi papá no pudo convalidar el título de abogado en Argentina, trabajaba vendiendo libros.

Todos estaban orgullosísimos de mi, mi mamá me escribió un cuaderno de instrucciones, que iban desde el comportamiento con los muchachos, se decía en esa época, con los muchachos que iban en el grupo, cómo tenía que vestirme, de cómo lavar mi ropita, que si quedaba estítica comiera ciruelas y me mandó con un paquete de ciruelas secas, o sea y por supuesto contándome de cuando yo había nacido, y la había mirado con mi grandes ojos, o sea escribió una novela en un cuaderno no muy grueso, un cuaderno escolar, pero eterno, para... [duda]

porque no hallaba cómo protegerme durante el viaje, ella estaba tan orgullosa de mi, siempre nos inflaron mucho, a los cuatro hijos, nunca nos criticaron lo malo, sino que nos andaban luciendo, que mira la Sonjita, el Morito —el Morito es mi hermano que seguía de mi, Claudio Moro— que hacen esto, que hacen lo otro y que... todo... éramos héroes, estupendos, brillantes, a los ojos de nuestros padres, sobre todo la cachiporra de mi madre y cuando tenía con qué, nos vestía como princesa a mi hermana y a mi. Bueno, me encargaron a varias personas de la delegación, desde luego al flaco Tohá, a José, a Jorin Pilowsky que es un abogado.

Mis padres eran judíos, pero no observantes como usted comprenderá, y entonces iba muy encargada, de hecho el flaco Tohá, cuando yo me puse a pololear con un ecuatoriano, en el viaje a Bucarest... [José Tohá] me llamó a su oficina y me dijo 'Sonja, sé que estás pololeando', y yo, que era medio prepo a pesar de todo, le dije 'no te preocupís, flaco, que no voy hacer nada que atente contra la moral y las buenas costumbres'. Para mi la moral era no acostarme con el chiquillo, ya, efectivamente, ni se me pasó por la cabeza, de hecho una de las compañeras o por lo menos, una, pero a lo mejor dos volvieron embarazadas del viaje. Fuimos al festival y fuimos a un congreso de estudiantes después, que era en Varsovia, y había un grupito de otros estudiantes secundarios, hicimos informe de la situación de los colegios en nuestros respectivos países, estábamos esperando el congreso en Bratislava que era Checoslovaquia en esa época, a orillas del Danubio, que todos nos hacíamos la ilusión que iba a ser azul y era más café que el Mapocho.

Mira, [el viaje] me marcó mucho, pero ahora con efecto retroactivo, yo pienso que no aproveché suficientemente el viaje, porque no tenía el nivel cultural para aprovecharlo, de hecho cuando terminó la cosa, Jorin Pilowsky y la Sonia, me propusieron que los días que faltaban para tomar el barco de regreso, los pasara con ellos, o sea una manera de cuidarme, porque ya nos íbamos de los países que se llamaban socialistas, entonces me dieron a elegir, el barco salía de Génova, pero me dieron a elegir entre pasear por Italia... faltaban cuatro, cinco días, no faltaba mucho, o ir a París... de París yo sí sabia, no te voy a decir que sabia que existía la Sante Chapelle pero sabía que existía Notre Dame y la Torre Eiffel y el Louvre, entonces fui con ellos, tuvimos que llegar a Viena, y en esa época no había internet, no se nos ocurrió reservar hotel, llegamos como a buscar hotel, y resulta que había no sé qué evento internacional, no había hoteles en Viena. Bueno, entonces el chofer del taxi que tomamos en la estación nos lleva de un hotel a otro, ni siquiera llamaba por teléfono, no había celulares por supuesto, y no hay, no hay, no hay,... nos llevó a su casa y nos cedieron el dormitorio matrimonial, con una cama matrimonial, y entonces dormimos los tres en la cama matrimonial, la Sonia al medio, yo a un lado, y Jorin al otro, y era una casa antigua preciosa, ahora yo pienso que era preciosa. Y nos llevaron para lavarnos, preguntamos donde nos podíamos lavar sobre todo la Sonia y yo, entonces nos dieron un lavatorio, un jarro con agua y un balde y con eso nos arreglamos... al día siguiente pedimos otro jarro de agua. Bueno, y después nos fuimos a un *hostel* en París y ahí yo me tiré por mi cuenta con cuatro chauchas,

entonces, prefería pagar una entrada a un museo que gastármelo en comida. En el mismo hotel había unos chicos argentinos, y la mamá argentina les había dado un tarro de dulce de leche La Martona, de este porte, del cual estaban hasta aquí, entonces me lo regalaron y estaba a medias. Yo me alimenté del dulce de leche de La Martona esos cuatro, cinco días ahí en París y después el día que estuve en Génova esperando, era tal punto mi obsesión con La Martona que no se sí ustedes han visto, yo creo que todavía existe.

Cuando viajé a ese festival de Bucarest yo mandaba cartas a mi familia cada vez que llegábamos primero a un puerto y después cuando tenía un correo a mano, y mi mamá consideró que mis cartas eran dignas de ser publicadas en el Mercurio, en El Siglo, y se publicaron. Y después a la vuelta en Argentina nos detuvieron a la delegación, y unos amigos avisaron a Chile, unos amigos argentinos avisaron a mis padres, que me habían llevado con mis amigos, entonces mi mamá inmediatamente dedujo que nos habían detenido, y salió la noticia en El Siglo y en otros diarios creo que también, con mi foto, porque era la única identificada y esa misma noche en que nos soltaron, cuando intervino —después de casi doce horas o catorce horas— el cónsul chileno, y nos sacó, había hasta una niña chica detenida con nosotros, me llevaron estos mismos amigos a la casa de una abuelita, yo estaba insomne total. Me dio una comida caliente, me dio una cama rica con plumón de pluma, una viejita judía a la antigua, que yo no le entendía ni una palabra, ni una palabra.

Mis compañeros de curso, yo estaba en quinto de Humanidades, me miraron raro a la vuelta; claro, ni los profesores habían ido a Europa en esa época. Imagínate, el viaje duraba dieciséis días en barco desde Buenos Aires hasta Génova y otra de vuelta, o sea ya tenías un mes en puro viaje, y probablemente costaba caro y esto se había conseguido porque éramos un grupo de ciento veinte en el mismo barco, iban los argentinos y se subieron los brasileños, para mi fueron más que nada imágenes, así acumuladas.

Fue como raro, porque me miraban como que yo era cachiporra, como que, como que era distinta de ellos, el Darío Salas era un liceo popular, estaba y sigue estando en Avenida España, y ya les contaba mi sala de clases era de adobe, ahora tiene un edificio nuevo de hace pocos años, que destruyeron bastante cuando se lo tomaron. Eso de las tomas en mi época no se había inventado todavía, de las tomas de liceo y menos de destruir el liceo. Entonces me miraban como que yo era un animal de otra raza y de hecho yo nunca supe historia, nunca supe historia tenía una mezcla de la historia argentina con la historia chilena y de historia universal no sabía nada... eso de pasar de un liceo a otro, de algunas épocas, de otras menos y el profesor que me tocó en historia, no se si en quinto o sexto de Humanidades, era así en esa época, fue don Marino Pizarro, que les debe sonar a ustedes, profesor universitario al mismo tiempo, llegó a ser si no me equivoco, gran maestre de la masonería, bueno entonces don Marino Pizarro, profesor excelente, llegó el primer día de clases, bueno en este curso: "vamos a hablar de la edad contemporánea, ¿que saben ustedes?" Los compañeros empezaron a decir acontecimientos: la

> Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial, etcétera, y cuando me pregunto a mi, no se me ocurrió nada mejor que decir el Impresionismo. Siempre me gustó el arte, de eso sabía un poco más, bueno se quedaron medios raros, después don Marino empezó a unir cosas con óvalos con tiza, no había plumones. El Impresionismo se queda fuera de todos los óvalos, porque obviamente no tenía nada que ver con el resto: "Bueno, Sonja, se habrá dado cuenta que esto queda fuera", y mis compañeros se morían de la risa, o sea esta tonta no sabe nada de nada, era la pura verdad nomas, me dio vergüenza, pero yo creo que tengo una formación muy incompleta en historia y siempre fui mala pa' las fechas, de hecho cuando hice clases después, tenía que llevar mis torpedos con la fecha por que se me olvidaban.
>
> Yo creo que [la participación de las estudiantes en política] era baja, yo creo que era muy baja, que los intereses de las niñas de esa época eran 'me gusta fulano', les gustaban los actores de cine, sabían las canciones de moda, un poco como pasa entre las lolas de ahora, salvo honrosas excepciones entre las cuales se encuentran mi nieta de, que acaba de cumplir catorce años, que es muy politizada y se las sabe todas, bueno parte por los padres porque por ejemplo ven las noticias todas las noches junto con las niñas, entonces... y las comentan, son padres muy inteligentes. [Pero] cada vez menos afortunadamente, pero porque yo creo que están más enteradas, más, son un poco más participativas pero los intereses, no sé, por la gente que yo veo y conozco siguen siendo, mayoritariamente, las familias, el aspecto físico, la moda, etcétera, etcétera.

LA UNIVERSIDAD, EL GOLPE DE ESTADO Y EL SEGUNDO EXILIO

Tras salir del liceo, Sonja estudió Arquitectura, donde continuó con su trabajo político y social. Con su esposo, también arquitecto, participaron activamente en la campaña presidencial de Salvador Allende y ocuparon cargos en el gobierno de la Unidad Popular. El golpe de Estado sorprendió a su esposo trabajando para dicho gobierno. Como tantos chilenos, fueron despedidos de sus trabajos, y nuevamente Sonja, debido al riesgo cierto de detención que su marido corrió, salió del país rumbo a Bolivia, a lo que hoy define como su segundo exilio, y donde tuvo que luchar también contra los prejuicios en contra de los chilenos, y de los insultos que le dedicaron por ser mujer y chilena. Regresaron a Chile en 1980, a un país donde la represión continuaba. Con dificultades y adaptándose al cambio de un país a otro, sus hijos continuaron sus estudios y heredaron también su interés por la política y el estudio:

> Mis primeras clases las hice a los diecisiete años cuando estaba en primer año de arquitectura, en la escuela nocturna para obreros de la construcción, clases de geometría, es lo más difícil que hecho en mi vida de clases, primero porque los gallos llegaban cansados después de un día de trabajo, después no tenían el vocabulario, después las manos duras,

encallecidas del trabajo, entonces tenía que empezar por explicar lo que era un triángulo, y mantener la atención de los gallos que se estaban durmiendo de cansados, eso y después las clases que hice en Bolivia, porque no les he contado el segundo exilio, han sido difíciles....

Durante la Unidad Popular, por supuesto que trabajamos por la campaña de Allende, a mí me pidieron del departamento que se llamaba de Construcciones del Banco Central, que me hiciera cargo del departamento de arquitectura, y mi marido fue director de la CORVI aquí al ladito, en Serrano. Cuando vino el día del Golpe nos quedamos sin pega, se suponía que no nos iba pasar nada a pesar de que sabían de la militancia comunista de mi marido y de la mía también en el Banco, los que estaban enterados, y a los dos nos echaron pero en principio no nos persiguieron a ninguno de los dos. A mi marido le hicieron un sumario por una corchetera que había desaparecido, no hallaban de dónde agarrarlo.

Entonces él fue y dijo 'bueno, si quieren que pague una corchetera, no sé de qué corchetera se trata, pero yo no tengo idea'... pero resulta empezaron a apresar a los arquitectos comunistas, empezando por Miguel Lawner, siguiendo por Alejandro Cáceres en Concepción, siguiendo por la Ana María Barrenechea que estuvo desaparecida varios días, y en un momento dado, estábamos nosotros... yo durante todo el tiempo anterior había estado trabajando de jefe de redacción de la revista de arquitectura AUCA, y entonces teníamos la oficina de AUCA, y en el mismo edificio, estaba la oficina de Miguel Lawner, de Ana María Barrenechea, y Francisco Ehijo, la hermana de Francisco Ehijo era la secretaria de AUCA, teníamos mucha, mucha relación, además eran muy amigos, y llega ella un día y encuentra que le están preguntando unos tipos al mayordomo, por Francisco Ehijo, entonces parte a la revista, y me dice vienen a buscar a Pancho, 'y dónde está Pancho' [el esposo de Sonja], no está en la oficina afortunadamente, 'entonces ándate tú a una esquina y yo me voy a la otra y como no lo conocen, no lo dejamos que entre la oficina', y eso hicimos, se fue a la casa de mi abuela y estuvo escondido en la casa de mi abuela y se fue a Bolivia; entre paréntesis, la que le consiguió como... cómo se llamaba esa organización que ayuda a los que tenían que migrar: [ACNUR].

¿Y porqué se fue a Bolivia? porque mi marido había quedado absolutamente sin trabajo, intentó durante más de un año trabajar aquí en Chile pero fue imposible, la empresa y los privados con los cuales había hecho proyectos antes como arquitecto hasta cruzaban las calles para no encontrarse con él, no quieren teñirse, entonces tomó la decisión de ir a Bolivia. Y por qué Bolivia: en primer lugar por estar cerca de Chile, porque nosotros [Sonja y sus hijos] no íbamos a partir altiro, él iba en busca de trabajo, se suponía que le iban a encargar proyectos que podría desarrollar aquí, en fin bueno mientras estaba allá, vinieron a buscarlo, entonces... le dije no puedes volver, sí, me dijo, y al final de ese año nos fuimos a nuestro segundo exilio.

Esas fueron mi segundas clases difíciles, había hecho clases incluso después del golpe, no sé cómo había logrado entrar a la universidad que se llamaba Técnica del Estado [actual USACH] a hacer clases porque nunca conté en esa época, no les cuajaban los datos, no tenían los datos en computador, nunca conté que yo había hecho clases, que yo había estado en el Banco Central, yo conté lo de la revista AUCA, que lo había hecho continuamente desde hace varios años atrás... entonces me tomaron como profesora, y con ese antecedente y con las otras clases que había hecho en fin, y mi titulo de arquitecto, me presenté a un concurso de la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz, para llenar un cargo de profesor de la escuela de arquitectura, y me pidieron que hiciera una clase magistral, y después me encontré con uno de los examinadores, que yo no me acordaba, estaba tan nerviosa que no lo reconocí, me encontré con él en un mercado, y me dijo "la felicito, arquitecta, usted ha obtenido la cátedra, y va ser la primera mujer en hacer clases en la escuela de arquitectura, la facultad de arquitectura", yo feliz, un sueldito de 300 dólares. Y llegué a mi primer día de clases, era un salón como un Jumbo, 120 alumnos cada uno con su tablero de 120 por 80 entonces yo dije 'bueno, si les hablo a estos chiquillos de lado del pizarrón donde esta mi escritorio nadie va a escuchar', me paré al medio y ahí sí que vociferé [se ríe].

Eran alumnos de primero a quinto, todos juntos era un taller vertical que se llamaba. Bueno [les dije] 'yo sé que en este taller, que tenemos alumnos de distintos niveles por lo tanto vamos a armar equipos con gente de los distintos niveles, de modo que los que estén en curso más altos hagan una especie de ayudantía y vamos a hacer proyectos en los cuales hayan tareas de diferente dificultad... y los temas, primer tema que vamos tomar es tal', ya no me acuerdo. Entonces ahora voy a hacer un resumen en el pizarrón, partí pal pizarrón, la parte de abajo del pizarrón decía *chilena puta*. Bueno en Bolivia, chilena es sinónimo de prostituta, igual que en Perú, además el odio antichileno se los han estado exacerbando un gobierno detrás de otro, porque la guerra los había aislado, tú te acuerdas, quedó un lado aislado... [El Presidente] Errázuriz cada vez que tenía problemas internos inventaba que había guerra, ellos todo el tiempo están con problemas, todos los problemas de Bolivia se solucionan con la salida al mar y la culpa la tiene Chile. Entonces lo tenían metido adentro, yo les confieso que desde que alcancé a leer a digamos, diez metros, hasta que llegué al pizarrón, lo primero que tenía eran ganas de salir corriendo, después dije que no, esta cuestión hay que enfrentarla, y lo mejor es que yo haga como que no lo vi, entonces empecé escribir arriba, cuando llegué ahí lo borré y seguí haciendo la clase.

Fue difícil, porque trabajar con ciento veinte chiquillos... pedí ayudante, me dieron ayudante, de los cuales me hice muy amiga, bueno me hice re amiga de los chiquillos también, hice clases los tres años que estuvimos en Bolivia pero fueron solo tres semestres porque había golpes de estado y cierres de la universidad etcétera, etcétera, así que hicimos solo tres semestres, y me llegaban alumnos nuevos y tenía que empezar de cero, pero me hice muy amiga de muchos de ellos, sobre todo de todos los del centro de alumnos, que se dieron

cuenta que yo no era pinochetista ni mucho menos, y entonces al final me querían bastante, me fueron a dejar al aeropuerto, me hicieron regalos cuando me devolví. Y en un poco en esa misma onda, del sentimiento antichileno, en una oportunidad los muchachos del centro de alumnos me pidieron que los ayudara a organizar una exposición sobre Maco Gutiérrez [Javier Lisímaco Gutiérrez].

Javier *Maco* Gutiérrez era un boliviano que estudió arquitectura en Chile, y trabajó mucho tiempo en Concepción y es uno de los autores del teatro de Lota, del teatro obrero de Lota. Y su mujer Betty Fischmann, es la que ha estado, en este último tiempo, tratando de reflotar ese teatro, bueno Maco estudió arquitectura en Chile, después se fue a Bolivia, volvió a Bolivia, ¡no! perdón, se fue a Cuba, cuando el Che Guevara llamó a los profesionales sudamericanos a ayudar, ahí se fueron algunos chilenos también, y se fue Maco directamente con Betty, no sé si ya tenia niño, hasta Cuba.

Bueno, en Cuba el Che inventó esto de ir hacer la revolución a Bolivia, primero a África, al Congo, y lo mas bien que no le resultó, así dice mi hija, entre paréntesis: lo más bien que no me resultó [en tono de broma]. Y en Bolivia menos le resultó, y murió Maco Gutiérrez en Bolivia cuando trataba de cruzar la frontera, pero en algún minuto, no sé si mientras estaba con el Che en Bolivia, su tapadera eran las clases en la universidad, pero hizo clases en la Universidad Mayor de San Andrés y los muchachos lo conocían y lo apreciaban muchísimo, de hecho Maco, antes que llegara yo, era el único que los había sacado a terreno, porque eran de papel y lápiz no más los chicos, bueno entonces quisieron hacer a los 10 años de la muerte de Maco, una exposición y yo puse todo mi taller a trabajar en la exposición, con instrucciones de cómo diagramar los paneles que eran un pliego de cartón que eran justo del tamaño de los tableros, hicimos unos vertical arriba de otro, y así hicimos una exposición muy buena. Ellos tenían material de Bolivia, yo tenía material de Chile y pedí más, y le escribí a Roberto Serek que era un historiador del arte cubano que lo conocía por AUCA, que me mandara todo lo que encontrara de Maco en Cuba, montamos una muy buena exposición y además se programó un acto en el paraninfo de la universidad. A todo esto ellos son muy, muy especiales en su lenguaje, yo era 'arquitecto catedrática', y me dijeron que querían que yo hablara en el acto sobre la experiencia de Maco en Chile, yo les dije Maco era unos diez años mayor que yo, y yo prácticamente sólo lo había conocido en reuniones, no les expliqué que era de la juventud comunista, ahí lo había conocido, pero que mi marido que era mayor que yo, lo conocía más y que le podíamos pedir a él que hablara sobre Maco en Chile. Bueno, empieza el acto, anuncia a mi marido como arquitecto chileno, Pedro Iribarren... [imita los chiflidos] la gran pifiadera y mi marido como ya sabía mi experiencia con *chilena puta*, dijo: palabras necias, oídos sordos, a chiflidos necios, oídos sordos, y al final lo aplaudieron de pie, o sea tienen el prejuicio pero después se libran del prejuicio.

Bueno, volvimos a Chile, nos costó un poco abrirnos camino porque todavía… ya se había relajado un poquito la cosa, de hecho yo creo que volvimos el 80, a ver, puede ser el 80, mis dos hijos mayores entraron a la universidad aquí, o sea claro, el segundo, que se llama José Iribarren, fue segundo puntaje nacional en la Prueba de Aptitud Académica, de promedio, promedio nacional segundo, y tenían en esa época diecisiete años, había nacido el 62, o sea fue exactamente el 80, el 80 y nosotros llegamos el día que estos dos mayores estaban dando la Prueba de Aptitud Académica, su primera prueba, o sea llegamos en diciembre del 80… la hija, el hijo se había venido el último año de colegio a Chile, porque dijo que no aprendía nada en Bolivia, y es la pura verdad, de hecho es muy aficionado a la historia pero sabe que es ingeniero… no sé si les sigo dando lata. De hecho, le tocó la Segunda Guerra Mundial en historia en el colegio y él sabía muchísimo de la Segunda Guerra Mundial, porque visitábamos a una tía que vivía con la abuelita que tenía una colección de libros sobre la Segunda Guerra Mundial, y él se aburría como ostra en esta visitas donde la abuelita, y se leyó todos los libros, y con una memoria de elefante. Sabía todo, entonces el profesor decía y tal batalla, 'disculpe, señor, pero esa batalla no fue así, fue asá'. Después de dos o tres intervenciones de esas en clases, le dijo 'bueno si sabes, pues sí sabes tanto pues da tu las clases, pues', entonces mi hijo dijo 'bueno', y se puso a hacer él la clase.

Entonces se vino a hacer su último curso en la Alianza Francesa donde habían estado acá, que nos costaba muchísimo durante el tiempo que estuvimos antes de irnos, pagar la Alianza, pedimos una beca para la menor, pero no nos la dieron y entonces yo no sé de dónde sacamos plata pero logramos…. ah vendimos la casa, y nos fuimos a un departamento que afortunadamente no habíamos vendido, donde vivíamos antes y entonces pagamos, le pagamos la Alianza y él volvió a la Alianza, hizo su último año y como les decía, sacó muy buen puntaje en la prueba a pesar de que tuvo que ponerse al día de dos años, dos años fuera. Bueno, y mi hija había empezado a estudiar psicología, es un año y dos meses mayor que él, mi hija mayor, en la Universidad Católica de La Paz, pues yo le dije no entres a la Mayor de San Andrés, porque lo cierran una vez al año como mínimo, vas a perder clases la mitad del tiempo, ándate a Chile cuando cerraron la [Universidad] Católica ese año, te vas a Chile, te metes a una preparación de Prueba de Aptitud, y das la Prueba de Aptitud junto con José. Y eso hizo y por supuesto el centro del CEPECH, el preuniversitario del CEPECH, donde mi hijo José cuando entró a la universidad hizo clases, porque nos pidió que no pidiéramos beca.

‘La mujer ha ido evolucionando, la mujer ha ido ganando mucho terreno’

Sara Ojeda Gallardo
y Ana Hagelweiss Ojeda, madre e hija

CAPITULO 2

Sara Ojeda Gallardo y Ana Hagelweiss Ojeda

El testimonio de Ana, que involucra su memoria de su madre Sara Ojeda, nos habla de la particularidad de la experiencia femenina con el trabajo y la familia, en esa encrucijada del siglo XX donde las mujeres se integraron al mundo laboral superando barreras y prejuicios.

Las historias de Sara Ojeda y Ana Hagelweiss nos develan también un Santiago que fue convirtiéndose en una ciudad moderna, donde crecieron los establecimientos de moda y recreación de mayor refinamiento. Las mujeres de diferentes orígenes sociales y llegadas desde las provincias se integraron a oficios nuevos, que se reflejaron en su manera de vivir la ciudad y circular por ella: elegantes y cuidadas, diferentes en atuendo y actitud a sus antepasadas del campo y de vidas preocupadas del 'qué dirán', como dice Ana, dejaron su impronta en nuestra historia.

Hay exactamente cincuenta años entre estas dos fotografías: Sara Ojeda Gallardo en 1937, y su hija Ana Hagelweiss Ojeda, en 1987. Vale la pena tomar en cuenta esa diferencia y también las circunstancias que las unen: ambas fueron mujeres que se integraron al trabajo remunerado y fuera del hogar, en una ciudad que crecía y, como veremos, se volvía más refinada y compleja.

En esta imagen, Sara Ojeda Gallardo se dirigía a su trabajo, y fue tomada en la calle Bandera por un fotógrafo que luego la ofrecía a la persona retratada, costumbre habitual en la época:

> Ella era mi madre, Sara Ojeda Gallardo. La foto es del año 1937, más o menos. Se casó en el año 35 en el sur, en Valdivia, y estaban hace poco parece en Santiago, y en la foto se dirige al trabajo. Ella trabajaba; el sombrero que estaba luciendo lo hizo ella, porque era sombrerera, aprendió a hacer sombreros.

A su vez, Ana Hagelweiss Ojeda está en los jardines de su lugar de trabajo, el Hotel Valdivia, ubicado en el centro de Santiago. Era el año 1987 y Ana ya llevaba veinte años trabajando como recepcionista del hotel:

> Ah, bueno, como te dije, fue un pequeño avisito, un pequeño avisito que encontré en El Mercurio.

> Ya llevaba, a ver, como veinte años, porque entré el 67 y es más menos como el 87, claro, y seguramente estuve trabajando de día, porque a veces trabajaba de día. Incluso llevaba a los niños, si era un día domingo llevaba a los niños a trabajar. Como era día de poco movimiento, ya los tenía cerca mío ahí y si no, venía una camarera, los sacaba al estacionamiento atrás para que jugaran un rato, otras veces se me arrancaban.

EL RECUERDO DE SARA EN LAS PALABRAS DE SU HIJA

La historia de Sara Ojeda, recordada por su hija Ana, es una historia de esfuerzo. Sara Ojeda era de origen chilote, llegó a Santiago muy joven con su esposo, y trabajaba el año 1937 en una pastelería, que fue uno de los varios oficios que tuvo, pues también aprendió costura y sombrerería. El padre de Ana también fue parte de una ciudad cuyo comercio crecía y se refinaba; fue empleado de la famosa tienda de departamento Gath & Chaves, un ícono de la modernidad comercial de tono europeo en la ciudad. Nos dice su hija Ana:

> Así con Sarita, que llegó a Santiago. Ella era de una familia numerosa, trece hermanos. De Chiloé, ella es chilota pura, chilota pura es ella y todos sus hermanos. Por intermedio de Sarita quiero rendir homenaje a ella y a todas las mujeres, en especial a la mujer chilota, ya que ella era nacida y criada en Chiloé. Mi abuelo murió —el papá de ella— a los 102 años. La señora de él falleció a los 50, porque él a los 60 años se casó con una mujer de 28 años, era menor que su hija menor. Vivían en San Antonio, en Barranca. Era un viejito alto, buen mozo, por lo que sé, de ojos azules, y la que fue su señora, la mamá de todos sus hijos, tenía los ojos verdes. Así que todos sus hijos salieron con los ojos de colores, mi mamá tenía los ojos verdes cristalinos, preciosos, que siempre me la piropeaban en la calle, hasta viejita la piropeaban. Mis amigas y mis compañeras de trabajo, que la conocían, porque ella me iba a ver a veces, la encontraban tan linda, usted jamás la iba a ver desarreglada, jamás. Ella se levantaba, se duchaba, se arreglaba sus pies y se vestía, aunque se pusiera una pintora de esas que se usaban siempre.
>
> *Doña Bárbara*, la pastelería, estaba ahí en Bandera al llegar a Catedral, era una pastelería de lujo en esos entonces. Claro, salió a trabajar, yo todavía no nacía. Tuvo pérdidas, antes de mí. Sí yo no nací por casualidad [se ríe], soy hija única. [Los sombreros aprendió a hacerlos] acá con una señora italiano-alemana, la señorita Piba, de apellido Piba —y también aprendió, bueno, que era autodidacta ella— después lo sacó con título, ella era modista también. Sacó el título de costura, de alta costura, en el año 48 más menos, 48, 49. Iba a clases y sacó el título de alta costura.

[El padre de Ana] trabajó cuando llegó a Santiago, él trabajó en Gath & Chaves. Estaba en toda la esquina de Huérfanos con Estado, era una manzana, era una casa de lujo, de varios pisos. Mi papá estaba a cargo de la sección de marcas que le llamaban en ese entonces, seguramente era la recepción de mercadería, la distribución. Mi mamá no trabajaba en ese entonces, porque estaba a cargo de la crianza mía. Aunque parece que también trabajó para las navidades en Gath & Chávez como vendedora en la Pastelería que había ahí. La casa Gath & Chávez¨y Los Gobelinos, que estaba en Ahumada esquina Compañía, eran las tiendas top de esos años. En el último piso de Gath & Chávez estaba el salón de té, donde se reunía la elite de ese entonces, era un edificio de color beige claro y los marcos de puertas y ventanas de color café oscuro. Mi papá trabajó en la sección ¨marcas¨. Él era, cómo te dijera, no era el prototipo de los alemanes rubios, altos, de ojos azules; ojos verdes, bien colorines. El hermano de él, sí, la hermana mayor era la Ana, el Federico era el de al medio y mi papá. Es que mi papá nació muy enfermizo.

Ya más menos en el año 51, 52, nos fuimos a las salitreras, o sea mi papá consiguió trabajo en las salitreras... en Antofagasta. Era una salitrera, *Flor de Chile*, griega, era una salitrera griega, si mal no recuerdo. Ahí estuvieron trabajando, hasta el año 58 que yo me casé y ellos se vinieron. Bueno, mi papá entró a trabajar en la pulpería, que viene siendo como el almacén en que tienen de todo, pero en el norte era la pulpería, y ellos vivían en el hotel, pero que se llamaba rancho, que era para los empleados. Sí, porque mis papás llegaron sin tener, como te dijera, casa, hasta que después les entregaron casa.

Y entonces ahí mi mamá dijo, 'ya, bueno, el tejido', cosas livianas, un algodón, hilo, ahí su curso de costura le sirvió montones, porque ahí la gente estaba en pleno desierto, estaban a 300 kilómetros de Antofagasta. La estación de tren más próxima estaba en Taltal, estaba a 100 kilómetros, así que la gente no tenía donde comprar cosas, qué sé yo. Mi mamá para viajar en las vacaciones, empezó a coser, bordar, repostería. Ella le cosía a las señoras de los empleados e incluso, también era buena para la cocina. Sabía repostería, que las tortas, que los queques, que las galletas. Y viajaban todos los años en el verano, para verme. Todo empezó cuando la señora del administrador de la salitrera le encargó una torta, ahí empezó a dar a conocer sus habilidades.

Mi papá falleció en Coquimbo en el año 64, porque después que se retiró de las salitreras él se vino a Santiago, pero no encontraba trabajo por la edad y entró a trabajar a una constructora. Lo llamó un señor peruano, no recuerdo el nombre en este momento, y que tenía diferentes [sucursales] en partes de Chile. Lo mandaron a Mulchén, de Mulchén lo pasaron a Valparaíso, Viña, y de ahí siguió a Coquimbo, y allá murió.

Ella siguió viviendo sola. Sí, era muy independiente, ella; ella vivía sola hasta el año 92, 93, que me la traje [a la casa]. A regañadientes me la traje. Ella vivió en Blas Cañas, ahí entre Lira y Carmen. Ahí vivió ella un buen tiempo, sola. Se iba sola al centro caminando, al cine, a tomar onces con un amiga o sola. Tejía, las amistades les mandaban a hacer sus cositas y ella tejía y manejaba su dinero. Después se cambió a Bellavista, a Capellán Urzúa, ahí también vivió unos diez años y después se cambió a la calle siguiente, Álvaro Casanova, la calle donde está la iglesia la Epifanía del Señor, en esa calle vivía, ella arrendó un departamento chiquitito en una casa. Ella también recibía su pensión, su montepío que era pequeño. Así que ahí vivió como veinte años hasta que me la traje, a regañadientes.

Ella quería vivir sola y yo la entiendo, ahora la entiendo. Se cocinaba su comida rica que nunca pude hacerla, ella me decía 'mira, así y así', pero no, no me quedaba igual. Mi mamá murió en el año 2009, el 23 de diciembre del 2009. Ella fue enemiga de que yo entrara a trabajar al hotel. No, a mi mami nunca le gustó, no. Me decía que buscara otro trabajo, pero que no estuviera ahí en el hotel... es que es otra mentalidad, pero después lo fue aceptando.

Cuando le avisé que me iba a anular, me dijo 'no mijita, eso no'. Como que también era mal visto. Uh, todo era mal visto [se ríe], pero es que ahora tengo la oportunidad de anularme y de costear yo mi nulidad, porque no podemos seguir viviendo, no, no por esto y estos otros motivos, que eran sabidos. No, me decía, es que tienes que estar al lado de tu marido, hasta que por fin... se convenció.

LA JUVENTUD DE ANA EN SANTIAGO

Junto con recordar la historia de su madre, Ana Hagelweiss hizo el relato de su propia infancia y juventud. Pasó su niñez con sus padres y también con una tía en Santiago, cuando sus padres estuvieron trabajando y viviendo en una salitrera nortina.

Se casó en 1958, a los diecisiete años de edad, y desde hoy hace una reflexión sobre lo que significó casarse a tan temprana edad, asumir la maternidad, y luego recurrir al mecanismo de la anulación matrimonial, resquicio legal usado en Chile ante la ausencia de una ley de divorcio, la que sólo se aprobó en el año 2004.

Como de once años más o menos, once años, me devolvieron a Santiago, después. Me trajeron de vuelta por los colegios, a la casa de una hermana de mi mamá. Me casé joven, muy joven: diecisiete, claro, me casé muy joven. Mi mamá... no me daba la autorización, y mi papá; eso fue un conflicto. Fue conflicto porque el que fue mi marido, era mucho mayor que yo. Hasta que por fin, mi papá se dijo 'ya, mejor démosle la autorización y se casa y punto'. [A mi marido]

lo conocí en la calle, en el bus, fui a visitar a la hermana de mi papá, la otra Ana. Ahí lo conocí. Sin comentarios. Lo que rescato, de bonito, fueron mis hijos... es lo único que rescato (se ríe).

¡Qué inmadura, uno! yo, con los años... mis nietas son más maduras a la edad que yo tenía, son más maduras que yo cuando me casé. Hasta el día de hoy que me dicen, 'bueno, ya está, ya está más adulta la abuelita', pero bueno, ahí conversamos, las vivencias se cuentan.

Así que por eso también me anulé. Yo cancelé, yo pagué mi nulidad, porque él me daba la nulidad pero él no pagaba, y me ofrecieron la posibilidad, me facilitaron plata en el hotel. Y después... me emancipé.

Antes era más distinta la vida de la mujer y el hombre, porque ahora el hombre se ha compenetrado más con la mujer, en ayudarla, sí. En el caso mío es al revés. Porque el que fue mi marido, crió tres niños, porque yo me casé muy joven y no sabía hacer nada, nada de nada. Él sabía lavar, sabía planchar, sabía cocinar, sabía hacer el aseo. Yo tuve que aprender. Y si no, no faltaba una persona amiga, por ejemplo como en los almacenes —que antes se usaban los almacenes y las carnicerías— la dueña de la carnicería me conocía de niña y de guagua, la del almacén también y me enseñaban a cocinar, me decían tienes que llevar esto para hacer esta comida. Claro, en ese aspecto yo recibí ayuda de las amigas de mi mamá.

Él trabajando en la ETC [Empresa de Transportes del Estado], ahí te ofrecen millones de cosas, garantías, le ofrecieron comprar sitio en Américo Vespucio con Juan Esteban Montero; a una cuadra o dos cuadras, pongámosle, estaba Esteban Montero con Sebastián Elcano, un conjunto de sitios, y él compró un sitio. Y fue en el año 64 más menos, porque en el 65 llegamos acá, en octubre del 65, así que tienen que haberlo vendido el 64. Por qué motivo lo vendió, el sitio: lo tenía pagado, pero el costo para construir acá en Las Condes era alto para un sueldo pequeño. Entonces, un señor que era ministro en ese entonces, compró varios, a los que tenían todos pagados sus sitios, y él pescó la plata y lo dio en parte de pago; buscó una casa allá y aquí vinimos a dar. Porque la otra casa que fuimos a ver aquí en Hernando Magallanes que también era un pasaje con Estaban dell'Orto, y nos quedamos con éste.

Llegamos casados, sí, llegamos como te decía yo, el 64, nos casamos en el 58, después de haber andado arrendando aquí y allá, que no te admitían con niños. En tres partes anduve arrendando, cuatro, cuando me casé, Tocornal con Argomedo, ahí estuve, nacieron los dos niños en ese sector, de ahí nos fuimos a... Independencia, también arrendé en dos partes y de ahí nos vinimos para acá.

Pero para que te mueras de la risa, cuando yo le planteé que me quería anular: 'perfecto, yo le doy su nulidad pero usted la cancela'. Ningún problema: un primo de él que era abogado que vive acá un poco más arriba... fuimos a hablar, lo llamamos a la casa, él no estaba de acuerdo,

pero él también sabía el ritmo de matrimonio nuestro: 'ya, pero ustedes se van a anular, pero quienes pagan los platos rotos en este caso son los hijos'. Bueno, a los hijos hay que preguntarles con quién se quedan, con quién se quieren quedar. Esa fue en otra sesión que fue en la casa de él, y los niños dijeron... el mayor dijo 'yo me voy con mi mamá' y el pequeño dijo 'con los dos' y ahí entre caminando para acá, un trayecto más o menos largo, más o menos a la altura de pasado del Estadio Italiano, veníamos conversando y ya, optamos por la nulidad, perfecto, y los niños, ellos quieren a sus papás, usted va a seguir trabajando, yo también, qué vamos a hacer, bueno '¿y me voy de la casa?', dijo él. Para cuidarlos. Bueno, total que optamos por vivir juntos. Él adelante y yo allá atrás, ya estábamos separados hace tiempo ya, de hecho, así que yo me fui pa' atrás.

Como trabajaba de noche lo único que quería era dormir, podía dormir durante el día así que ahí... incluso él se fue una época con una señora, una bellísima persona, y después lo devolvió. Y una segunda vez lo devolvió, pero sin vuelta, y ahí fue mi hijo, que mi hijo chico lo dejó entrar, le dio pena el papá.

EL HOTEL VALDIVIA

Como ya se ha mencionado, la fotografía de Ana Hagelweiss fue tomada en el Hotel Valdivia, donde trabajó por cuarenta y seis años: desde 1967 hasta el cierre del hotel, en el año 2013. Empezó a trabajar aun casada y con autorización de su marido, y ese trabajo fue una experiencia muy valiosa por todo lo que aprendió y las posibilidades de independencia que le dio, pero también difícil, por los prejuicios que debió enfrentar dado el carácter del hotel y por los problemas que un trabajo con turnos vespertinos —que tomó para poder estar con sus hijos durante el día—le trajo a su salud.

Su historia laboral involucra la historia de otras mujeres de esfuerzo, como la dueña del hotel y su familia, quién sacó adelante un lugar que llegaría a ser famoso en Santiago por su peculiaridad y refinamiento, y de sus compañeras de trabajo, que también debían adaptarse a la realidad de trabajar en un lugar que despertaba la curiosidad y las sospechas de las personas y donde debían conjugar largos horarios con sus responsabilidades de madres:

Llegamos en el año 65 aquí [donde vive hasta hoy], entonces era muy ajustado el sueldo, no alcanzaba, entonces [mi marido] me dijo, 'ya que usted es amiga de ellos, trabaje en el verano'. Enero, febrero, la quincena de marzo, en los hoteles chicos que eran de la firma Quezada y Compañía. Y uno de los socios, uno de los hijos me ofreció llevarme, me dijo 'ándate a trabajar con nosotros, a trabajar al Hotel Valdivia y que te autorice tu marido si quiere que sigas trabajando', y listo.

Llegué reemplazando al señor que era cajero de noche, que fue el administrador. Lo ascendieron. Entonces, el que fue socio, dijo: 'esta persona me sirve, es mujer, pero es la amiga de mi hermana, es responsable', qué sé yo, 'y si no, aprende'. Porque tuve que entrar a aprender también, si llegué sin saber nada. El que fue el cajero y después el administrador fue una excelente persona porque me enseñó todo, todo, todo lo que tenía que saber, cómo atender al pasajero por teléfono, cómo sacar las cuentas, cómo llevar un control, de fijarme qué pasaba a mi alrededor con el personal. Fue muy importante, conocer los tragos, bueno, que antes eran los tragos básicos no más, que es la piscola y qué se yo. Conocer los vinos. Bueno, y yo tenía que estar bien atenta, porque aprendí a trabajar, lo primero que me enseñaron fue el teléfono, trabajar con esa central telefónica que era como un piano de madera con clavijas. Era súper entretenido, y llegué a un mundo de puros hombres... ahí en esa oficina, el cajero y el telefonista eran hombres.

El hotel Valdivia era, como te dijera, algo tan pequeño cuando empezó; pequeño no es la palabra, pero era algo en un segundo piso en la casona, ahí en la esquina de García Valenzuela con Vicuña, incluso la dueña trabajaba ahí con su suegra, con su segunda suegra, [y] una cuñada, trabajaban atendiendo la clientela, así se empezó a formar el Hotel Valdivia. Y los hijos de ella estudiaban en la universidad, que en ese entonces después tuvieron que dejar la universidad porque fue mal visto que ellos estudiaran ahí, por el tipo de negocio que tenía la mamá, que era un hotel de parejas que se llamaba... hotel galante, y que discriminaban. Uno estudió arquitectura, el mayor, y el otro estudió ciencias políticas, si no me equivoco. Después se graduaron, después terminaron sus carreras y gracias al mayor, al arquitecto, el Hotel Valdivia fue creciendo, porque él entró a trabajar con su madre, se hicieron socios y él fue dándole el toque elegante, el toque fino. No de una habitación con una cama, un velador, etcétera. Él le fue colocando detalles, porque él viajaba mucho, eso le gustaba a él mucho, era amante de la cultura japonesa, la china, entonces él traía todas esas ideas, todo, y traía también el material, lo que compraba. Ella tenía en mente eso de crear, y el hijo siguió la idea, pero lo pulió. La señora Coralia era la emprendedora y su hijo el artista, poniendo el toque maravilloso, sutil, armonioso, dignificando el amor entre cuatro paredes.

Por eso te digo que él que fue el artífice de pulir lo que su madre había creado, porque ella fue la primera, para mí, fue la primera empresaria de Chile. Ella también se casó muy joven. Ella a los quince años en Valdivia salía a la calle a vender, qué se yo, pan, sándwiches, porque era gente muy humilde y después se vino a Santiago. Allá se casó y se vino con el marido. Y el marido puso un restorán frente al Estadio Nacional, y ahí ella con su suegra iban a vender a la gente que iba al estadio. Que los sándwiches, qué sé yo, y así fue....

Si era lindo el hotel, si era hermoso... tú veías la calle García Valenzuela, ahora hay dos torres inmensas y aquí está el hotel [indica la fotografía]: unas murallas de cemento, así a maltraer, un portón de entrada, un portón de salida, unos boxes para estacionar los autos, una oficina

de recepción, que ahí salían las camareras por dentro a atender, porque era todo muy privado, nadie te veía en el camino cuando tu entrabas. Nadie. Y las camareras no te miraban, o sea... no te sacaban la foto, como se dice. Solamente se dirigían a la persona, pero ojo, la camarera tenía que saber si la persona que iba era menor de edad, menores de edad no entraban. Y se le conducía al pasajero a la habitación que él solicitaba, y no te topabas con nadie. Era todo un sistema logístico. Era muy entretenido, ahí tú entrabas y tenías una cascada llena de plantas, y todo alfombrado, por donde tú pasabas. Y por eso terminó siendo un lugar tan emblemático.

Iba todo tipo de personas, parejas, parejas derechas y parejas, como te dijera, no tan derechas... que no eran, cómo te dijera... ay, que eran conocidos, una onda así. Parejas establecidas y parejas no establecidas.

Es que como era hotel y era hotel de parejas... por eso te digo, la mentalidad; incluso la gente que sabía que uno trabajaba en hotel también te miraban así que, pucha, como que uno participaba también de... no sé, te miraban mal, la gente te miraba mal y a mí me pasó muchas veces cuando trabajé en el Hotel Valdivia: "¿y qué es lo que haces ahí?". Es que qué haces ahí: trabajo, como todo ser humano. Menos mal que la mentalidad cambió. Una vez en una comida con varia gente que no conocía —me llevó un amigo, un matrimonio amigo a una fiesta a una comida— y ya: '¿y tú donde trabajas?', 'en el hotel Valdivia', no recuerdo, te mentiría si te dijera qué fue lo que me dijeron, y ahí fue que me mandé a cambiar... o sea, contesté algo que no recuerdo. Claro, les contesté y me mandé a cambiar. Después por intermedio del matrimonio de este amigo, me pidieron disculpas, pero ya el asunto había pasado ya, ahí e incluso a mis compañeras también les pasaba lo mismo: lo comentábamos, la discriminación. Súper *heavy*. No, a mi mami no le gustaba. Después lo fue aceptando porque era la parte que tenía yo para sobrevivir, yo, mis niños y ella.

En ese tiempo [en los años ochenta] empecé a tener problemas en la columna. Entonces tuve que bajar de peso, porque yo era una persona delgada y tanto estar sentada... eso que yo tenía una actividad de llegar corriendo, llevaba a los niños al colegio, pero el sistema, el metabolismo, se te cambia, por el desorden de horarios de comida. No era normal la comida, y a veces no, no podía comer comida, un plato de comida, tenías que servirte un sándwich, otras veces nada, porque no había tiempo. A raíz de todo esto, me enfermé. Me vino un tipo de *surmenage*. Y ahí empecé a trabajar por turno y después me llevaron a la mañana, para ayudarle a mi amiga. Cuando jubilé seguí trabajando, y quería retirarme, me decían que 'aguántate un poquito, espérate un poquito' y aguanté hasta el año 2013 que se cerró.

Cuando me mandaron a que tenía que bajar de peso, mi hijo estaba pololeando con una chica allá en la USACH, y un día me dijo 'yo estoy estudiando ballet con José Luis Sobarzo', 'ah' le dije yo, 'si él fue profesor mío', volví a bailar y bajé sesenta kilos. Había subido, bajé bailando y me sirvió, me encontré con él y de repente nos encontrábamos en el servicio médico,

que sé yo, e incluso me invitó, él es bailador innato de flamenco. Tenía su academia acá en Villavicencio, no me acuerdo, por ahí, por Lastarria, tenía su academia no sé si la tendrá todavía. Yo fui autodidacta, hasta que empecé a tomar cursos en la academia.

LA REFLEXIÓN SOBRE EL PASADO Y LA MIRADA DESDE HOY

Uno de los puntos más interesantes de la entrevista de Ana Hagelweiss es su reflexión personal sobre los cambios en la situación de las mujeres. Se trata de una mirada crítica que ha construido a lo largo de su vida y de su propia experiencia y la de otras mujeres, entre ellas su madre, sus amigas y sus compañeras de trabajo. Esta mirada implica también su percepción de los cambios que han ocurrido en las familias y la relación con padres y parejas. También percibe, y de una manera crítica, los cambios en la vida de la ciudad:

La mujer ha ido evolucionando, la mujer ha ido ganando mucho terreno. Siento que todavía falta limar muchas cosas, sobre todo el maltrato. La violencia que ejercía el hombre y eso es ancestral, porque si usted toma un libro, lee un libro, qué se yo, la mujer... siempre hemos sido oprimidas, siempre nos han maltratado o qué sé yo, o físicamente o psicológicamente. Pero a la vez, habemos mujeres muy tontas, porque hay casos de que la mujer está sufriendo daño, pero perdona al hombre y lo sigue perdonando hasta que ocurre algo grave. ¿Sí o no?

Yo fui muy tonta mucho tiempo, hasta los veintitrés años, que maduré. Hasta que me cambió el *switch*, y ahí me puse más chora, como se podía decir el término. Me desperté. No te puedo decir que soy blanca paloma pero... ahí yo ya desperté. A los veintitrés años desperté. Cambié... y sigo soltera. Sí, tuve una pareja que (me) iba a casar [después que se anuló] pero lo pillé en algo que no me gustó y chao. Sí, era demasiado enojón, violento; ¿por qué voy a estar aguantando? me dediqué solamente a puro trabajar, y qué, si no había tiempo. Trabajaba todos los días, antes no tenía días libres, y después el día sábado. Que era el día del pijama. Lo único que me sacaba de la casa era algo muy urgente, algo muy grave. Y con mi mamá, yo la pasaba a ver o en la mañana, a la salida del turno, o antes de entrar al turno de la noche.

En el caso de nosotras, las que trabajábamos ahí en el hotel o eran mamás solteras, o eran separadas, y eran muy pocas las señoras casadas. Incluso todavía tengo contactos con esos matrimonios, tan lindos que eran, de mis compañeras, pero la mayoría éramos todas separadas, todas con niños chicos. Y yo era el enlace en el teléfono con esas mamitas, con esos niños, porque los niños a veces, se sentían solos, querían a su mamá, querían... que una tarea, que me traigas esto, o solamente el hecho de escuchar a su madre. Y en el trabajo no se podía, porque a veces ellos llamaban y la mamá iba entrando con un pasajero, llevándolo a la habitación, tenía que volver a buscar el pedido, 'te esperas un poquitito', pero no podía tenerlo

tanto rato en el teléfono y 'le digo a la mamita que te llame después'. Después así, ya tenía un código yo, les decía: 'dentro de tanto te voy a llamar, en tal pasillo va a sonar el teléfono y tu lo vas a levantar'. Así, pero cortito. Y si no, le ayudaba yo a la tarea a los niños. Había, sí, era un matrimonio bien constituido con hartos hijos y la mujer tenía que salir a trabajar, porque tenía que ayudar al marido. Y cómo te digo, hasta hace poco, la señora ya es viuda, tiene noventa y un años. Fue camarera y ella fue muy buena conmigo, cuando trabajábamos de noche. Y la otra que está felizmente casada, que es menor, sí, vive en Concepción, su marido tiene 81 años y era una pareja muy amorosa. Y ellas con sus lindas argollas, por eso las mujeres han ido evolucionando para mejor. Pero hay todavía ciertos resquicios. Ha sido difícil, ha sido muy pesado, muy pesada la vida de la mujer. Siempre. Si tú no estabas enamorada, era imposición de la familia, de tus padres, de casarte con tal persona. Lo quisieras o no lo quisieras, a veces eran buenos matrimonios, otras veces el diario vivir te lo hacía. Pero la mujer siempre fue aplastada: no estudiar, que se casa con quien yo dispongo. Por eso te digo, que eso es ancestral, de siempre, de aplastar a la mujer.

Esa es otra parte: los papás antes no eran comunicativos, que tú [ahora] sabes todas las cosas de tus padres. Antes no, eran muy cerrados, eran un círculo muy cerrado, yo no sé por qué ah. Ella [Sara Ojeda, su madre] se casó con quien quiso casarse. Bueno y todas las hermanas todas se casaron ya en ese entonces, ya estaba un poquito ya dejado de lado que les impusieran con quien casarse, que debe ser muy triste.

Bueno, lo que te decía, las mujeres han ganado mucho terreno, en todo ámbito de cosas, incluso podría decir que estamos incluso un poquito superando a los hombres, pero el hombre también ha evolucionado bastante. Pero lo que yo encuentro que se está perdiendo es el respeto. En el sentido de que tú vas por la calle y te estrellan, y te estrellan no más, hay personas que te piden disculpas, porque van muy apuradas y te pasaron a llevar, y hay gente que no, o en la calle o en el metro, o en el bus o en una tienda. Ese respeto que yo me tengo, y el que le tengo que tener a la otra persona. Eso se está perdiendo. La comunicación. Ahora todos estamos atentos a la parte tecnológica, que es normal, que eso tiene que seguir evolucionando, pero a la vez también es un arma de doble filo, porque si no la sabes aplicar, no la sabes llevar... Si tú te pones a leer, hay tantas empresas a nivel mundial que están cerrando, o tienen proyectado cerrar a futuro, cuánta gente va quedando desempleada y si no se generan trabajos ¿qué va a pasar? Están metiendo los robots. Bueno a mi me encantaría tener un robot para que me ayudara a hacer toda la casa, pero le está quitando la pega a lo humano, al ser humano.

‘Es un poco por lo que se iba dando no más, ¿no?’

Gémina Ahumada Theoduloz

HACIENDO GRANDE
A LA CHILE
POR + CDTO.
DIBUJO TECNICO
EN PARO
POR UNA 'U'
PARA EL PUEBLO
LISTA 5B
POR UNA 'U'
PARA EL PUEBLO
LISTA 5B
POR UNA 'U'
PARA EL PUEBLO
LISTA 5B

CAPÍTULO 3

Gémina Ahumada Theoduloz

Arquitecta, poeta, profesora, madre: el testimonio de Gémina Ahumada devela y destaca, como otros de este libro, la experiencia de estudiar, trabajar y asumir la maternidad en contextos difíciles como el de los años setenta y ochenta del siglo XX, donde la desconfianza reinaba y donde las familias afectadas por el exilio y la represión sufrieron quiebres que se volvieron permanentes.

Asimismo, nos muestra cómo las personas crearon salidas y espacios privados para poder hablar y expresar lo que sentían, como un murmullo que recorría una ciudad censurada, y generaron grupos que hoy forman parte de la historia literaria de Chile, de los cuales Gémina fue parte.

Durante la década de 1980, Santiago era una ciudad a la vez transformada y cruzada por la modernización comercial de los *caracoles* y los remozados paseos peatonales, y las protestas callejeras contra un gobierno que se aferraba al poder. Las imágenes aparentemente serenas y cotidianas de Gémina Ahumada dan cuenta de esa vida múltiple y que esconde una historia difícil.

En la primera de estas fotografías, es 1988 y Gémina está con su hija en el Paseo Bulnes, a pocas cuadras del Palacio de La Moneda y del Ministerio de Defensa. Se trató de un encuentro familiar y la instantánea fue tomada por sus padres, que acababan de volver de Canadá tras haber salido del país por la detención de su padre en 1986:

> Nos juntamos un día la familia en el Paseo Bulnes, nos sacaron ahí esa foto, y justo mis papás habían vuelto de Canadá, estuvieron como no sé si un año, un año y medio estuvieron en Canadá, donde hay dos hermanos míos más.

En la segunda, es el año 1989, Gémina Ahumada es profesora en la Universidad Técnica Metropolitana, y la fotografía le fue tomada por un estudiante y de improviso; sonríe al recordar que en ese exacto momento no tenía mucha conciencia de los rayados que hay en el muro y tras ella:

> Bueno, yo fui profesora en la UTEM y en el Instituto Profesional de Santiago y... había terminado de hacer las clases de dibujo, tenía clases en general de dibujo en la tarde y a veces vespertino, acá yo entiendo que debía haber sido el vespertino, que serían como las diez de la

noche, diez y cuarto y yo iba bajando en la escalera y de repente un alumno me dice '¿le puedo tomar una foto?', y yo me di vuelta ahí, y le dije sí, y me tomó la foto, yo ni siquiera me había dado cuenta mucho que era lo que había detrás.

LAS VIDAS INTERVENIDAS

Gémina Ahumada, arquitecta, profesora y poeta, viene de una familia del sur del país y de izquierda. Su padre fue Gerardo Ahumada Pacheco, senador independiente pero cercano a los socialistas, y tras el golpe de Estado de 1973, dos de los cinco hermanos de Gémina tuvieron que salir del país.

También ella salió de Chile por un tiempo, para escapar aunque fuera brevemente de la atmósfera agobiante que se vivía en los primeros años de la Dictadura, y que afectó profundamente la vida de su familia:

[Mi papá] salió independiente pero era socialista, Gerardo Ahumada Pacheco, hermano de Elmer Ahumada Pacheco... que también fue senador, después que él; le decían el huaso y llegaba siempre con el poncho. Igual nos vinimos a Santiago pero antes estaban en Rengo, y entonces a veces venían, qué sé yo, del campo; o sea, yo nací en Santiago, pero mis dos papás son de Rengo.

Mi papá justo antes lo detuvieron, como el 86 debió haber sido, finales del 86 o por ahí, que hubo un encuentro de los socialistas en un restaurante y bueno, se enteraron y había mucha gente, más de cien personas, se enteraron y cercaron totalmente toda la salida, el restaurante tenía tres salidas pero las bloquearon y agarraron a todos, se los llevaron a una comisaría por ahí por Compañía, por ahí por esas calles, no sé. Mi papá dijo que había sido antes una sede del partido Socialista, así que ellos estaban felices de volver a su sede [se ríe], pero igual fueron hasta la comida, mi papá partió, no llegó, nadie sabía nada. Estuvo como tres o cuatro días... y además él ya tenía sus años, porque él nació en el año 13 [1913] entonces en el 86, ahí tenía bastantes. Él salió como unos días después, o sea, salió mi hermano, lo fue a buscar pero al final no lo encontramos, llegó solo a la casa, y nunca contó mucho, en todo caso, lo único que contaba era que había hecho clases así onda de marxismo, aprovechando los días, y los carabineros, los que estaban ahí lo escuchaban igual, eso es lo que decía. Entonces, debido a eso, claro, decidieron mis papás irse por un tiempo a Canadá donde yo ya tenía dos hermanos.

Mi hermana mayor, ella para el 73 estaba con su marido y su hija chica, y a él lo detuvieron, y detuvieron también a una hermana de él, lo torturaron y todas esas cosas, y entonces se fue ella. Ella se fue en el 73 primero a Ecuador, después se separó y volvió para acá muy poco tiempo, y partió a Canadá donde la dejaron ingresar como refugiada.

Y mi hermano Goran —que es el cuarto, somos seis— él estudiaba medicina, estaba metido en la izquierda, como quien dice, y en ese momento parece tomaron a otros compañeros de él, y según le dijeron, habían estado preguntando por él, y él decidió irse, todavía no tenía los veintiuno, estaba en tercero de Medicina y se fue con la polola, que era menor todavía, y partieron en bus. Primero lograron llegar a México, donde ella tenía unos familiares, y después hicieron otro viaje… y finalmente ella tenía a su mamá en Canadá. Como era menor de edad, alegó en México que la mamá la tenía que pedir a ella, y la pidió. Y a mi hermano le dijeron 'ya, usted puede ingresar siempre y cuando en tres días se case'. Entonces se casó.

Cuando mis papás volvieron, nos reunimos en un restaurant a comer y a conversar cerca a La Moneda, mi hermana también, yo creo que ahí mi hermana trabajaba en el INE [Instituto Nacional de Estadísticas, ubicado en el Paseo Bulnes] y entonces quizás por eso nos juntamos en el paseo Bulnes. Mis hermanos no, no volvieron, en todo caso mi hermano Goran volvió años después —no me acuerdo en qué año volvió— y ahora ya está acá y trabaja y todo, mi hermana mayor, no; se casó finalmente después allá con un canadiense y como que hizo su vida allá, ahora ya está como jubilada. Viene tres meses a Chile, en la época de verano, para evitar el invierno allá. Yo estuve ahí, partí con ella cuando se fue, que fue el 77. Como yo entonces me quedé sin contrato, yo decidí partir a Canadá; como que no soportábamos acá la situación, era un poco eso, no quería seguir por un tiempo acá, pero yo quería volver igual, pero, necesitaba como [duda]… salir. Y me fui con mi hermana, y logramos que a ella justo le dieran el permiso, y partí entonces acompañándola junto con su hija que tenía como cuatro años, la Tania, y partimos a Canadá y ahí estuve como dos meses con ella, un poco menos, mes y medio después me fui de Toronto y de ahí me fui a Europa y estuve como dos meses en Europa de un lado pa´ otro, había comprado el *Europass*, así que me di su vuelta.

Como que uno respiraba, porque de repente acá eso de que uno no pudiera decir nada o que hubiera problemas… además mi mamá, digamos, de repente se asustaba mucho. A veces, cuando mis hermanas eran chicas, de repente no quería dejarlas ir al colegio… entonces como que tenía ese susto. Y tenía ¿cómo se llama? Depresión. Yo también tengo, pero menos… y claro, pero ella… eran así crisis serias. Yo me acuerdo a veces llegaba alguien que yo conocía a la casa y decía 'me puedo quedar unos días', y tener que fondear cosas, y entonces ella se pasaba mil películas, que nos podía pasar algo.

LA VIDA LABORAL

A mediados de los años setenta, Gémina empezó a trabajar y terminó sus estudios de arquitectura, tuvo una hija y luego se separó. Su historia laboral es la historia, quizás, de muchas mujeres trabajadoras chilenas, equilibrando la inestabilidad laboral, la responsabilidad de cumplir con clases y horarios y de a la vez hacerse cargo de la maternidad, y además en una ciudad de largas distancias y de movilizaciones callejeras y violencia:

> En el 76, cuando me recibí, tenía veinticinco [años]. Todavía no me había recibido y fui ayudante de investigación ahí también, ayudante de Teoría de la Arquitectura, desde que estaba en tercero de la carrera. Yo trabajé en la Universidad de Chile y en un momento me echaron, o sea, me echaron dos veces de la Chile, una cuando era ayudante —que eso fue el 76— y después cuando entré a la UTEM. A mí me echaron en el año 76, después debió haber sido como el año 84, debe haber sido por ahí. Estaba en el Servicio de Construcción Universitaria, no en la Facultad directamente, y me echaron y dije 'qué puedo hacer' y de repente supe que había una posibilidad de plaza, y partí para allá y me contrataron primero como ayudante de dibujo técnico de como tres o cuatro profesores, y después pasé a ser profesora: aquí ya era profesora [en la fotografía de 1989].
>
> Era complicado pero las cosas había que hacerlas y yo siempre, no sé; mi papá siempre decía que la plata llegaba de algún lado y a veces estábamos con súper poco y de repente no sé, llegaban unos pesos, alguna vez me pagaban una plata, siempre como que al final uno salía adelante. En la Universidad Central no hacía clases de dibujo técnico, fui ayudante, primero de taller de primero y segundo año, después también fui ayudante de cuarto, quinto año, o de tercero y cuarto y después finalmente fui profesora de teoría de la arquitectura e historia de la arquitectura, los últimos años. Entré a hacer clases porque como me quedé sin pega y buscando pega lo que encontré fue esto que eran clases vespertinas, y en la tarde a veces de dibujo técnico… tuve que aprender dibujo técnico, por eso, primero fui ayudante de tres o cuatro profesores un tiempo.
>
> Yo soy media como para adentro, nunca conversaba mucho, o sea, hacía mis clases, en ese sentido yo era como tranquila, y yo creo que bien con mis colegas, pero me costó por ejemplo, ser profesora, como que siempre había una cosa que se iba demorando, que mi relación con el profesor no fue muy buena… sobretodo el último. Como que había que aguantar, porque era, o sea, como que uno tiende a hacer las cosas y… y él a uno la trataba un poco mal, si es que uno lo ve ahora yo quizá en ese momento no me daba cuenta pero era, cómo se dice, ¿misógino? En realidad yo hacía muchas cosas y como que de repente no era valorada. Él me pedía que yo hiciera los programas, que hiciera las cosas, veíamos un poco el tema que se iba a ver en el taller, claro, ahí entonces uno preparaba todos los temas y después resulta que ahí uno seguía como ayudante, ahora, claro, a lo mejor fue culpa mía porque no sabía cómo rebelarme.

En la UTEM fue distinto, fui ayudante, pasó que igual tuve unos problemas ahí porque en un momento una directora del departamento me quería echar y quería que yo firmara y yo me negué a firmar un despido y fui a alegarle después al lunes siguiente, pasé un fin de semana pésimo, así, porque me gritó, que tenía que firmar la renuncia y yo decía que ustedes querían meter otra persona, bueno, y yo fui a hablar después con uno de los vicerrectores, y me dejaron igual con menos horas o algo así, pero como ayudante y después, pasó un tiempo y me llamó el nuevo director del Departamento; si yo quería hacer clases de acondicionamiento físico ambiental, y yo dije bueno 'ya po', [se ríe], hice clases un tiempo, no era lo mío específicamente pero igual yo había hecho una memoria, o sea, el seminario en acústica, porque cuando me tocó recibirme habían áreas de especialización, el área de diseño no se hizo porque hubo muy poca gente y yo en vez de tomar urbanismo, por ejemplo, o la planificación urbana tampoco me gustaba tanto, y decidí que era el momento de ver más toda la parte como constructiva qué se yo, entonces me metí a la parte tecnológica, hice, hice un seminario en acústica... y, por eso supongo como que me fui pa´ un lado y pa´ otro. Es un poco por lo que se iba dando no más, ¿no? Ahora, yo te digo, por ejemplo, yo fui ayudante de teoría y resulta que ahora hace poco, hace dos semanas, un mes, vi que lanzaron un libro que habíamos hecho con el profesor... cuarenta años después editaron el libro de nuevo: lo editó LOM y yo era la ayudante.

Bueno, en la UTEM digamos ya en esos años igual era bastante movido, porque de repente se tomaban la Casa Central o se tomaban las otras casas, los alumnos. Siempre habían como problemas, muchas veces por ejemplo, en vez de entrar porque esto es en el edificio que está en calle Dieciocho, entre Dieciocho y la [Autopista] Norte Sur, bueno, muchas veces había que entrar por atrás para poder hacer las clases. Y después también había una casa en calle San Ignacio, claro, también habían unas clases ahí después y de repente uno está en clase y llegaban las bombas, y era molesto, se terminaba, a veces uno llegaba y no se podía entrar ni por adelante ni por atrás a Casa Central. Entonces los jóvenes sí se movilizaban harto y ponían carteles y qué sé yo, y a veces conversaban con uno, aunque yo no me metía demasiado pero sí... era como un apoyo (se ríe).

Yo me había separado hace poco por eso también acepté las clases vespertinas, porque el papá de mi hija, él la podía cuidar, él antes tenía trabajo y entonces si era vespertino, entonces podía cuidarla un rato y luego volvía. Era complicado porque siempre estaba viendo donde dejar a mi hija, o sea, igual ella estaba en el Jardín, pero estaba como un tiempo, estuvo sólo en las mañanas, ¿ya? Y entonces dónde dejaba a mi hija si es que en algún momento yo tenía clase, después también, como que empecé a hacer clases en la Universidad Central —entré el 86 a la Central—y entonces de repente, yo tenía clase ahí en la mañana y bueno, qué hacía, y si iba a llegar tarde, cualquier cosa, era siempre el problema con quién dejar a mi hija, después tenía una persona que estaba los días que yo tenía clase, o si no, la iba a dejar donde una amiga, donde mi mamá, donde sea, o era como que uno se movía así. La iba a dejar al Jardín, la

iba a buscar, o del Jardín se iba ahí, o del colegio se iba donde mi mamá, o la iba a buscar allá o si mi mamá no podía, donde una amiga, siempre era como bastante móvil, además que la Universidad Central quedaba en San Bernardo.

Una situación [la separación de su marido] que yo me di cuenta que la gente a veces, claro, lo tomaba mal; hay amigas que por un lado dijeron 'ah, pero si ya sabíamos que tú te ibas a separar' y no, si yo me casé pa' toda la vida, después las cosas pasan. O los familiares de él, también, de repente me dijeron... una hermana: 'tenemos que hablar contigo, esto no puede ser', y yo le dije no, la situación *es*, soy yo la que se está separando, no ustedes. Claro, al final afecta a todos, uno deja de ver un poco a los papás de él, a los abuelos de mi hija, pero siempre fue a verlos. Ahora, yo como que de repente pinché pero nunca pasó nada más allá y no, de repente tuve algún amigo, así, pero amigo no más, que nos reíamos, a conversar, a comer, pero no pasó de eso. [Mi hija] vivía conmigo y también un tiempo Tania, que es hija de mi hermana, vino acá a Chile, y vivió también conmigo unos seis meses, no fue muy buena la relación, vino de Canadá porque quería estar acá, con la familia de acá, entonces yo la recibí. No fue buena la relación porque ella era la mayor de las nietas, digamos, mi sobrina mayor, entonces era bastante mayor que mi hija y bien especial, es bien especial, entonces no funcionó.

Como que de repente uno tiene cosas que ha olvidado, entonces cuando empieza a ver qué es lo que pasó en esa época uno empieza como a recordar. Yo, a lo menos, el otro día hablaba con una persona, y decía que yo no tengo como pasado lineal, como que hay épocas o situaciones que estaban absolutamente olvidadas, y de repente, por algún motivo, aparecen. Hay épocas que no recuerdo tanto, a conocidos o amigos que vi después de años, y no los reconocí. Una época conflictiva se borró, así. ¿Como entre el 76 y el 80? Más conflictiva, claro, como la época previa, en que claro, en que a lo mejor yo todavía no me había casado, o sea, me casé en el 79. Tenía como un ámbito más de amigos, veía más cosas quizás en la calle.

En esa época igual uno andaba como más precavida, hay una vez que yo andaba por ejemplo aquí cerquita, aquí en la esquina del Paseo Bulnes con la Alameda, me acuerdo, y empezaron y tiraron agua y estaba más chica mi hija, y yo me acuerdo que la agarré en brazos y me fui como por detrás porque yo ubicaba las calles, porque era así todo, el agua, y ella siempre se acuerda de eso y ella era chica. Arrancamos porque yo de repente me vi así como con que tiraban agua, que estaba la gente corre pa' un lado corre pal' otro, y esas cosas. Cuando estaba acá y hacíamos clases; yo me acuerdo también, en calle San Ignacio hacía clases en un tercer piso en una casa antigua, también de repente la bombas entraron por la ventana, se rompían los vidrios, o sea, era como muy violento en esa época, ahora yo creo que es violenta, pero de otra manera. En esa época uno hablaba poco o hablaba con determinadas personas, no le contaba las cosas a nadie y ahora como que también pasa un poco eso, igual no a todas las personas le va a decir uno todas las cosas porque, porque no, es gente que es muy cerrada, jamás van a entender lo que pasó, o sea no, como que lo niegan, para ellos no fue. Bueno, y

ahora una ve las noticias que en esa época no se veían tanto, claro, hay puros robos, asaltos, entonces si uno ve eso... dice hay que andar con cuidado, pero por otro lado uno dice ya, ando tranquila, no me pasa nada; bueno alguna vez me han robado, pero...

UNA VOZ PROPIA... Y POR ESCRITO

De manera paralela a su vida de trabajo y de madre, Gémina se integró al taller de poesía de Miguel Arteche, que comenzó en la Biblioteca Nacional y continuó luego de manera algo itinerante por la ciudad. *Off the record*, Gémina nos explicó que tal vez ella es alguien más de escribir que de hablar...

Eso apareció, a ver, cuando chica, o sea como a los siete años, seis años, escribí unos cuentos para muñecas y los dibujé, ahora lamentablemente se los regalé a un tío que vivía en mi casa en ese momento y desaparecieron los cuentos para muñecas (se ríe), que eran con dibujos. Después a veces escribía y como antes hacían hacer composiciones del colegio, entonces uno siempre escribía o qué sé yo, pero después empecé a hacer un diario de vida, también. Y después cuando estaba como, no sé, en segundo, tercero de la universidad, escribí tres poemas en color verde, me acuerdo, y después supe que Pablo Neruda escribía con tinta verde. Fueron mis primeros poemas, tres poemas, y después seguí siempre como escribiendo, participé en algunos concursos. Justo después del golpe había mandado un concurso, el 74, donde se dio una mención honrosa en un concurso, aparecí en el diario. Y después desaparecí, después me metí, nueve años después, al taller, cuando estaba en la Biblioteca Nacional, de Miguel Arteche.

Primero estuvimos en la Biblioteca Nacional, después Alejandra Basualto, que estuvo en ese taller, nos llamó a un grupo cuando a Miguel lo echaron de la revista; no me acuerdo qué revista era, *Qué Pasa* o algo así; entonces buscaron gente que quisiera ir con él, y ahí nos juntamos los primeros nueve, porque éramos también nueve, en una oficina de fotografía del esposo de Alejandra Basualto, del Ladrón de Guevara. Y ahí nos juntamos y después nos juntamos en nuestras casas, en nuestras oficinas, como que fue moviéndose.

Yo diría que los talleres fueron un lugar donde se podía hablar de lo que en otras partes no se hablaba; sí, aparecían temas que, que no se hablaban mucho en otros lados, o sea, con otros temas también a veces como que se conversaba abiertamente o se leían, entre que se leían los poemas, se conversaba. Y después cuando ya estuvo fuera de la Biblioteca Nacional andábamos deambulando en distintas oficinas o casas, también él siempre como que hablaba un poco de las cosas que pasaban, uno se enteraba así. Lo que pasa es que uno tenía amigos con los que podía hablar de los temas y otra gente con la que sencillamente no hablaba, no sé,

> uno llamaba por teléfono, iba a una casa, uno ni siquiera llamaba, uno iba y llegaba a la casa de los amigos, en cambio ahora todo es así como con cita, no, uno no puede llegar.

Al interior de esta mujer tímida, había una poeta que había participado en el Taller Nueve, una instancia emblemática de creatividad literaria en los años silenciosos de la dictadura, dirigido por Miguel Arteche, Premio Nacional de Literatura en 1996. Por eso aquí está también su palabra, que se expresa por sí misma.

SUEÑO UNO

Quizá no existe el odio.
Quizá es sólo la baba
de las lenguas de vino de los guardias de nadie.
Quizá
donde se escurre la sonrisa
del hombre
alguien plantó las vides.

Mi lengua esté cerrada:
yo quisiera ver muertos
a todos los que matan los sueños de una oveja.

Sueño Uno pertenece al libro "Al margen de los textos", Ediciones Rumbos, Santiago, Chile, 1995.

‘... y ahí empecé como a sacar la personalidad’

Pilar Montaner Carcher

CAPÍTULO 4

Pilar Montaner Carcher

¿Cómo vive y recuerda una estudiante de Artes llegada a Santiago desde Talagante a comienzos de los años setenta, esa ciudad, ese pulso y lo que ocurrió después?

El testimonio de Pilar, como otros de este libro, habla de una vida cruzada por los grandes cambios políticos y culturales en Chile y durante la segunda mitad del siglo XX. Estudiante de Artes durante la Unidad Popular, ese proyecto de vida fue cortado por el golpe de Estado, la necesidad de trabajar durante la crisis económica de 1980 y los avatares de la vida familiar y de pareja en dicho contexto.

También nos entrega un relato lúcido y en primera persona sobre la diversidad de la sociedad chilena en la década de 1970. Vale la pena aquí destacar las diferencias que Pilar narra entre la vida cotidiana de su lugar de origen, Talagante, con el ritmo acelerado y la actividad cultural y política de Santiago, ciudad donde llegó como una joven tímida y protegida —así se definió ella—y paulatinamente fue adquiriendo más seguridad, más confianza y su propia voz, que se entrega en estas páginas.

Estas imágenes de Pilar Montaner son de la década de 1970, y los pocos años que hay entre una y otra marcaron una diferencia profunda en su vida y en la vida del país y de la ciudad de Santiago.

En la primera, es 1972 y Pilar está con un compañero de curso en su época de estudiante en la Escuela de Bellas Artes:

Esta otra foto fue en el año 1972 cuando estudiaba Bellas Artes en la universidad y creo que ahí nos mandaron a hacer un trabajo que no recuerdo el trabajo, pero teníamos que investigar casas, sacarle fotos, no sé, y después dibujarlas o pintarlas, y andábamos en busca de algún edificio que nos interesara, de alguna casa que nos interesara. Estaba lloviendo creo y no sé quien nos sacó la foto.

En la segunda, de 1979, Pilar está junto su esposo, que acaba de salir de la cárcel después de un mes de detención por haber participado en una manifestación contraria al gobierno:

Bueno, aquí está mi marido, ahí estoy yo, mi marido está saliendo de la Penitenciaría, estuvo detenido un mes, el primero de mayo lo detuvieron, y él [la otra persona de la fotografía]

parece que es no sé si un cura o alguien de la iglesia, porque mi marido trabajaba en la Vicaría de la Solidaridad en esa época.

Mi hija tenía un mes recién, así que a mi se me cortó la leche, no tenía leche pa' darle y estuvo un mes detenido, lo torturaron, yo vine a saber, te juro que vine a saber hace poco que a mi marido lo habían torturado, no tenía la menor idea que lo habían torturado y ahí me contó detalles, un poco de detalles que él en esa época, antes de la Vicaría, también había sido electrónico, técnico electrónico, entonces la tortura con electricidad no le hacía tanto... aguantaba mucho, dice. Y eso fue lo poco de detalles que me contó. Y ese día iba saliendo, y ya estuvo un mes, un mes detenido.

A él lo detuvieron un primero de mayo en una de las primeras marchas que se hacían en el tiempo de la dictadura y lo detuvieron en una iglesia que está por ahí por la calle Almirante Barroso. Por ahí cerca hay una iglesia grande, no me acuerdo la calle, y llegó la policía y todos arrancaron a la iglesia, porque estaban cerca de la iglesia, y mi marido quedó atrás junto como con diez, once personas, no alcanzó a entrar, tuvo que dejar entrar a las mujeres y a los niños y lo agarró la policía y ahí lo acusaron de agresión a Carabineros y estuvo detenido un mes.

DE TALAGANTE A SANTIAGO Y EL CONTACTO CON UNA VIDA DIFERENTE

En su memoria de aquellos años, Pilar Montaner se describe a sí misma como una joven tímida, a quien le era difícil hablar en público y que venía de un ambiente familiar muy protegido. A comienzos de la década de 1970, conoció al que sería su marido, entró a estudiar a la Escuela de Bellas Artes en Santiago y a militar en las Juventudes Comunistas.

La vida de estudiante y militante en Santiago fue muy distinta a la de su ciudad de origen, Talagante, y Pilar narra con detalle las diferencias entre la vida cotidiana de ese lugar tranquilo y el ritmo de Santiago, una ciudad más compleja, donde vio desafiada su timidez y conoció libros, música y gente nueva y más diversa:

Mira, yo en esa época era muy pollito, era muy tímida, yo venía de Talagante, y mi marido siempre me decía 'yo te traje del campo', y yo me reía y le decía 'no, Talagante queda cerquita', pero nos reíamos. Era campo, mi mamá me crió muy protegida, no me dejaba tener amigos, siempre jugando en mi casa con mi hermano... y de repente llegué a Santiago, yo antes había trabajado en un juzgado, imagínate, una señora me consiguió una pega en el juzgado pero a mi no me gustaba para nada esa pega, no me veía ahí trabajando, y al año quedé en la universidad, en el 72 y la primera de la familia que entraba a la universidad: mi mamá jamás me habría podido pagar una carrera.

Y yo era tímida, entonces... yo era de izquierda porque mi papá era muy allendista, mi papá fue un padre ausente, pero yo veía la foto del Allende en la muralla y que leía El Clarín, tenía un poco de ideas de izquierda, pero mi marido era el que vivía acá en Lira en Santiago, al lado de el diario El Siglo. Entonces veía las marchas, pa' él era una cuestión salir a la Alameda y estaban, veía las banderas, qué sé yo, El Siglo al lado y ahí empezó, bueno y cuando entró al Pedagógico, mi marido entró al Pedagógico a estudiar, ahí lo agarraron altiro los izquierdosos, bueno a mi también cuando entré a la universidad: 'no, tenís que meterte a la Jota' (Juventudes Comunistas) y de repente me vi metida en la Juventud Comunista. Pero era muy tímida o sea yo, al punto que en esa época íbamos muy poco a clase porque el hecho de estar en la Jota; 'no, hay que ir a una marcha', teníamos que partir a la marcha, o sea, olvídate de las clases, que 'hay que ir a cuidar, no sé, el Conservatorio de Música, está El Mercurio y se lo pueden tomar', teníamos que ir a quedarnos en la noche, ir a cuidar...

En esa época yo vivía en Talagante, entonces yo viajaba acá todos los días. Mira, pa' mi no era tanto, eran cuarenta minutos en micro y después tenía que tomar otra micro en el centro, claro cuando a mi me decían 'venís de Talagante, no puedo creer'. En esa época era como más rápida la locomoción, y... ¿qué más te iba a decir de la universidad? Que vivíamos mucho en la cosa política, la cosa política era primordial, era lo primero, o sea, la familia era después, las clases después, la universidad después, y fue una época en que no hice grandes amistades yo, yo era más de compañeros de universidad, y además yo creo también por la distancia yo no me visitaba en las casas con mis compañeros porque tenía una reunión de la Jota a las siete de la tarde, terminaba a las diez de la noche, yo me iba en la última liebre, en esa época habían liebres, la última a Talagante llegaba a las doce a mi casa, entonces no tenía esa posibilidad que tenían los de acá, que se visitaban en sus casas.

Yo estudié detrás del Museo de Bellas Artes, donde está el Museo de Arte Contemporáneo. El 72, primer año era común, ahí. Y después uno tenía que elegir si era diseño, gráfica, artesanía, qué sé yo; entonces yo quería Diseño y de repente alguien me dijo 'no, no postule a Diseño porque todo el mundo quiere irse a Diseño', que estaba en Cerrillos, frente al Aeropuerto, por ahí estaba la Escuela de Diseño y... ya. No postulé a Diseño, y me quedé en Gráfica. Gráfica estaba ahí en la Escuela, detrás del Parque Forestal. Pero no, no me gustaba mucho la cosa dibujo, el dibujo no me... [duda] la gráfica, esas cosas no me llenaban, si hubiera conocido la escuela de artesanía que creo que estaba por San Diego, Arturo Prat, ahí me vuelvo loca, porque... pero nunca nos llevaron a esa escuela y yo estaba en Gráfica mientras pasó el golpe y hasta ahí llegó mi carrera.

Por lo menos la experiencia mía, y de la mayoría de mis compañeros de colegio en Talagante, éramos muy sanos, sanos, al punto que mi marido, por ejemplo, te voy a contar la experiencia de él que vivía en Santiago; lo echaron de todos los colegios por malo, porque le pegaba a los profesores, vivía en la calle, su patio era el Cerro Santa Lucia, se colgaba de los camiones, no

sé, y se daba la vuelta por los camiones. Se podían haber caído muchas veces colgando de los camiones, mi marido tenía esa vida y de repente lo echaron de todos los colegios de Santiago y mi marido llegó a Talagante porque le dieron tres posibilidades: o se iba a Talagante, a San Antonio o a Melipilla por ahí. El papá le dijo 'te voy a mandar a Talagante', y mi marido cuando llegó a Talagante se encontró con un mundo totalmente diferente a todas sus amistades que tenía en Santiago, en Santiago eran como buenos para ir a fiestas en la noche, y en Talagante éramos tranquilitos.

Entonces, los malones se hacían en esa época de seis a diez de la noche, a las diez terminaba y todo el mundo sanito, yo no me acuerdo haber tomado pisco, cerveza en esa época, y teníamos, no sé, diecisiete años, ¿entendís? Entonces dice que para él fue un cambio que le hizo muy bien a él, porque si hubiera seguido en Santiago él habría sido pato malo, dice. Con las amistades, de hecho todas las amistades de chico que tenía, muchos estuvieron en la cárcel pero mi marido llegó a Talagante. A mi, por lo menos, mi mamá me tenía como en una burbuja a nosotros, encerrados, había un niño al frente que hacía puras maldades, pero maldades de no sé, tiraba cuestiones a los cables, decía 'no se vayan a juntar con ellos' porque... (lo) tenían muy encerrado y nosotros vivíamos en el patio, entonces teníamos poca sociabilidad al punto que yo llegué a Santiago y pa' mi era como un mundo nuevo, las cabras tenían personalidad, era como otro mundo pa' mi, como otro mundo...

Cuando viví en Talagante en general, la mujer no trabajaba. Mi mamá por ejemplo dedicaba todo el tiempo al cuidado de nosotros [dos hermanos y una prima que vivía en la casa] y hacer las labores hogareñas. Mi papá, prácticamente fue un padre ausente, salía temprano en la mañana a trabajar en Santiago y regresaba a casa en la noche cuando nosotros ya dormíamos.

Yo vi en mi madre mucha sumisión y yo en parte la heredé por muchos años. En general, la mujer atendía al hombre, le servía el plato de comida más grande y en mi casa, mi mamá hacía todo, lavar, planchar, cocinar. Mi papá por ejemplo no dejaba que mi mamá se pintara o se arreglara. Era muy celoso y mi mamá casi nunca se arreglaba para que él no se enojara, tampoco la dejaba salir. Y en cuanto a las diferencias con mi hermano, no, no mucha porque a ambos nos sobreprotegían, no podíamos jugar con nadie del barrio, sólo en el patio de nuestra casa.

Cuando estudié en Santiago, noté ese cambio, quizás: una vez que un profesor de arte nos invitó a varios compañeros de curso a su casa — taller en el barrio Bellavista— y nos preparó un rico almuerzo. Eso para mí fue novedoso. Nunca había visto cocinar a un hombre.

Lo que sí me di cuenta que mis suegros le dieron toda la libertad a sus tres hijos hombres, no así a la hija menor que fue muy protegida. Ellos vivieron siempre en Santiago en la calle Lira. Allí se juntaba patotas de niños hombres en la calle a jugar a la pelota, eran entre diez y veinte años, sin

embargo, las niñitas estaban siempre en sus casas. El machismo era muy grande en esa época y las mujeres lo sentían como normal. Había que atender al hombre cuando llegaba a casa.

Yo en el colegio nunca había disertado, y cuando me hicieron disertar en la universidad yo no pude, imposible, entonces yo leí una hoja y me tocó disertar con un cabro del FER, en esa época era el Frente de Estudiantes Revolucionarios, que hablaba hasta por los codos y era canchero y me dejó así de chiquitita, yo me sentía pésimo porque yo era demasiado tímida. Entonces yo le dije 'profesor, yo no puedo', esa no es una disertación, obvio, y no pude, no pude hacerlo, de los nervios.

Lo otro, que en esa época yo estudiaba de memoria, nunca me enseñaron a estudiar a mi; entonces leer el libro y explicarlo con mis palabras no, no me era posible. En Talagante por ejemplo, yo tenía una pura amiga y teníamos pruebas, qué sé yo nos levantábamos a las seis de la mañana y nos íbamos al río a estudiar, un río que hay en Talagante que no había ni un alma y ahí estudiábamos pero de memoria, se nos olvidaba una coma y se nos olvidaba todo el texto. Entonces... no, pa' mi fue un mundo totalmente nuevo, por ejemplo hace poco yo me encontré con una compañera de la universidad y me decía 'si nosotros arrendamos cuando estábamos en la universidad, arrendábamos con tres compañeras una sala en Bellavista y teníamos ahí donde estudiar, teníamos nuestro taller'... uy, si yo no puedo creer, ese mundo no lo conocí. Porque yo iba a las clases, de mis clases a la casa o de ahí a alguna reunión de la Jota o Marcoleta, donde nos reuníamos, y ese era el mundo. Pero no... los cabros acá en Santiago eran muy diferentes a los de Talagante. En Talagante la gente era muy sana, terriblemente sana.

En esta época mi marido me empezó a llevar a casas de amigos, y donde se tocaba mucha guitarra, canciones de Víctor Jara, de Inti Illimani, Quilapayún, toda esa onda. Nosotros no éramos de esa vida de comer afuera ni nada de eso, nos juntábamos con amigos, compañeros del Pedagógico, los pocos que hay en esa época porque en esa época se perdieron, no sabíamos donde estaban, unos se fueron al sur, al norte no sé, y... cuando yo iba a casas de mis amigos, amigos de él, yo era tan tímida que de repente las primeras veces que yo salía no hablaba nada, estaba en la mesa sentada, no hablaba nada, nada, y todos los demás era un bullicio lo pasaban chancho, y yo callada y de a poco empecé, empezamos a cantar con Chindo, tocaba guitarra antes, tocaba en un conjunto, tenía un conjunto de música. Y empezamos, canta él, tocaba guitarra y yo cantaba y ahí empecé como a sacar la personalidad porque llegaban amigos a la casa: 'ya, cantemos', tímidamente primero y después ya bien canchera me acuerdo una vez que me invitó donde unos amigos que yo no los conocía y en esa época este amigo era muy bueno pa' la fiesta, se llenaba la... teníamos tres parrillas de carne, las otras con empanadas y había como una fuente inmensa de grande de... debe haber sido langostinos en esa época y todos comieron langostino con cáscara y yo no comí ni uno de vergüenza porque no sabía abrirlos entonces decía 'no, si no...', yo mirando, o sea, así de tímida, y de a poco, como te digo, empecé ya a ser más canchera al punto que ahora puedo decir que no, hacer lo que quiero, leer lo que yo quiera,

pero no, mis compañeros de la universidad tenían más mundo, aquí era muy tímida. Incluso me juntaba con niños tímidos, estos cabros eran muy tímidos.

Habían diferencias, porque habían niñas que también las tenían encerradas en sus casas, yo te digo, tuve pocas amistades ahí pero las poquitas que pude sí, había una niña que la cuidaban mucho, no la dejaban pololear, le controlaban los horarios, pero a otras no, habían otras que eran muy, ellas eran, hacían lo que querían, no les controlaban nada, estaba como dividido, diría yo. Pero eran las menos las que tenían una vida así como yo. La mayoría, la mitad eran gente de Plaza Italia para arriba y la otra mitad eran bien humildes, muy humildes, y los muy humildes estaban pa'l lado de la izquierda y con esos me relacionaba yo, con los de por allá pa' arriba, no. Tenían como su mundo aparte, ellos iban al casino, se juntaban todos, había unos medio hippies, hippies de la elite, digamos, y los hippies de la pobla [se ríe], los que tratábamos de ser hippies nos juntábamos en nuestras mesas. No, no nos relacionábamos con ellos. Era como los de derecha y los de izquierda en esa época, estaba bien dividido.

Y otros que eran como los hippies, los que fumaban marihuana en el Parque, pero que eran de plata, que se vestían muy bien porque pa' ser hippie tenían que tener ropa cara, en esa época no era llegar y vestirse como hippie, o sea, los que tratábamos éramos los que nos cortábamos los pantalones para que se vieran como pata elefante, qué sé yo, les bordábamos los jeans pa' parecernos, pero estaba como dividido en tres: los izquierdosos, que éramos bien humildes, los que veníamos [de] las poblaciones, los que habíamos llegado por primera vez a la universidad y los otros que no tenían ningún tipo de preocupaciones domésticas, económicas ni nada. Y los hippies, qué te digo yo, que en esa época había hartos en Bellas Artes, no se metían en nada, qué sé yo.

EL IMPACTO DEL GOLPE DE ESTADO

Como ya se ha descrito, Pilar vivió en Talagante y viajó regularmente a Santiago hasta que se casó, en 1976. Sin embargo y antes de eso, el golpe de Estado marcó una diferencia fuerte en su vida; significó días de escondite e improvisación ante lo poco que podía hacerse al respecto, y también el fin de su vida de estudiante.

Los años posteriores al golpe de Estado fueron difíciles: Pilar tuvo que abandonar los estudios porque ya no existía el apoyo económico del Estado y del gobierno de la Unidad Popular que le permitió hacerlo. Tuvo una hija y con su esposo tuvieron que ir a vivir a la casa de su suegra, por la falta de trabajo y de dinero posterior al año 1973. Como muchas de las mujeres que dieron su testimonio para este libro, privilegió la crianza de su hija y el trabajo, antes que sus proyectos personales.

Paulatinamente volvió a hacer lo que le gustaba y aprendió orfebrería, junto a la tarea de cuidar a su esposo, quien sufrió un accidente vascular:

> Yo dejé la universidad el 11 de septiembre del 73. En esa época vivía yo en Talagante y me vine a Santiago cuando me casé, en 1976. El 79 nació mi única hija y comencé a trabajar en una farmacia cuando ya mi hija tenía 3 años y mi marido quedó sin trabajo, en el 84.
>
> Hasta que me casé —me casé en el 76— fui muy protegida, incluso pa'l 11 de septiembre yo desaparecí tres días, mi mamá no tenía ni idea dónde estaba, no había teléfono en esa época. Me mandaron a cuidar el Jota Aguirre [Hospital José Joaquín Aguirre] si no teníamos ni una piedra, con qué íbamos a defender el Jota Aguirre el 11 de septiembre.
>
> Menos mal que nos dieron la orden a las diez de la mañana de dejar el hospital, y nos fuimos a esconder a unas casas por la calle Independencia, pasado de la Plaza Chacabuco, éramos como doce. Entonces teníamos que llegar de a dos, que los vecinos debieron de haber cachado todos que vienen llegando de a dos cada cinco minutos, durmiendo debajo de una mesa, escuchando como allanaban las casas de cerca del barrio ahí y de repente los balazos que escuchábamos teníamos que agacharnos porque nos podía llegar un balazo. Y lo otro: muertos de hambre porque no teníamos qué comer, los dueños de casa con mucho susto, además. Porque imagínate que llegan doce personas a tu casa que no conoces... así que de ahí estuvimos una noche después tuvimos que irnos a otra casa cerca del Cerro San Cristóbal, por delante del cerro San Cristóbal, no me acuerdo como se llama esa calle y ahí también tuvimos que poner una escalera porque estaban allanando la casa... como tres casas de al lado, entonces pusimos una escalera por si acaso había que arrancar, felizmente no alcanzamos a arrancar.
>
> Y mi mamá mandó a mi hermano a la casa de una tía que tenía en el barrio alto, una tía de derecha, porque como el segundo día nos dejaron salir a buscar plata, conseguirnos plata. Y yo me voy donde mi tía, y mi tía que era muy pinochetista, yo no sé si le dije... yo lo único que le dije 'no estoy en mi casa', mi tía me pasó cinco mil pesos, más o menos, o de escudos, que se lo agradezco en el alma. Debe haber sido como diez mil de ahora, debe haberme pasado como diez mil pesos de ahora. Y pa' ser de derecha que me haya pasado plata, bueno...
>
> Como al tercer día volví de donde mi tía porque me dijeron 'no, vuélvanse a su casa, no hay nada que hacer' y ahí justo llega mi hermano que había mandado mi mamá, pensando que yo... pa' saber algo. La única familiar que yo tenía acá era mi tía y ahí me encontró, así que volví a mi casa. Mi mamá me había quemado todos los libros, porque mi mamá lavaba, en esa época había artesa en el patio y mi mamá hacía un fogón, quemaba palos y ponía un fogón pa' poder lavar, entonces lavaba en artesa. Entonces mientras hacía el fogón, decía mi mamá que pasaba el helicóptero cerquita y mi mamá mientras quemando libros. Qué terrible quemar los libros en esa época, uno tenía mucho acceso a la lectura. Yo creo que en la universidad

debieron haberme dado sesenta mil pesos para que me costeara mi locomoción, mis cosas, y me daban alimentación gratis y yo con esa plata me compraba muchos libros, así que tenía hartos libros en mi casa, a pesar de que en mi casa antes no se leía, mi papá creo que tenía la Biblia y El Clarín.

Yo con mi marido empecé la cosa de la lectura, él me empezó a incentivar: tienes que leer a García Márquez, tienes que leer a Vargas Llosa, me leí todos los libros de García Márquez que ya al final quedé hasta la coronilla y no me dejaba leer otras cosas: yo tenía cuando recién nos conocimos la colección de la Revista Paula, y me gustaba ver las cosas de mujeres... dijo '¡pero como puedes leer eso!' y yo enamorada así hasta el máximo, porque yo con mi marido conocí el amor de verdad... dejé la Revista Paula y empecé a leer todo lo que él me decía, al punto de que fueron muchos años así y ahora cuando se empezó a poner de mal genio, empecé a sacar mi personalidad de a poco.

A mí la AFP me hizo muy bien, a mi ese trabajo me ayudó a tener personalidad porque el día que trabajé en la AFP, como a la semana después me hicieron un curso que nos hacen salir delante de como quinientas personas desde el gerente pa' arriba, para ver la experiencia que habíamos tenido con el curso y que habíamos sentido, pero yo tiritaba entera, me temblaban las manos, a otras chiquillas les pasaba peor porque otras se ponían a llorar o se enfermaban del estómago por no poder hablar. Bueno, eso me hizo sacar personalidad y ya por último, salía a hablar, qué sé yo, y después otra vez hasta hice reír a todo el escenario, bueno y ahí tenías que ir a hablar con personas que no conocía, tocar la puerta y 'oye, fírmame', convencer a las personas que te firmaran algo que van a ocupar en cuarenta años más, y eso yo creo que me sirvió mucho para tener personalidad, al punto que mi marido cuando se empezó a poner de mal genio, yo empecé a ser yo, yo quiero leer lo que yo quiero. Tenía un libro que me regaló un amigo que fue asesor de [...] era demócrata cristiano y me regaló un libro de Solzhenitsin. Cuando fui a leer mi libro no lo encontré nunca más, al punto que dijo que una vez lo había quemado. Años después [el marido] me dijo que lo había quemado, a ese punto.

Y ahí estuve [estudiando] hasta el 73, porque después la universidad la cerraron, a mi marido lo echaron de la universidad, pero a mi no me echaron, yo no quise entrar porque mi escuela era muy chiquitita y ahí se notaba altiro quienes eran de izquierda y quienes eran de derecha, entonces volver me daba terror. Pero volví después como al... la cerraron la escuela y volví por ahí a mediados del año 74 para reservar cupo y me dijeron 'sí, le podemos reservar, pero tiene que pagar igual las mensualidades ahora'. Y en esa época a mi me becaban, en el gobierno de Allende me daban hasta un sueldo para estudiar porque mi mamá era... pensionada. Sin mentirte, en esa época debe haber ganado unas cincuenta lucas de ahora, con la pensión de mi papá que había fallecido, así que mi mamá ¡cuándo me iba a pagar la universidad!

Ahí quedé, ¿qué hago? Me metí de vendedora... de farmacia, que mi suegra me dijo: 'oye hay un aviso', ahí me metí ocho años de vendedora, después de vendedora de Almacenes París, vendedora de AFP, puros trabajos que no me llenaban la cosa artística, pero en esa época cerraron todas las escuelas, o sea, no habían escuelas, después vine a saber que había una escuela de arte en Arturo Prat que nunca supe, que se cerró por ahí por el año 90. Pero en esa época yo no supe, tenía que pagar, entrar a una universidad para poder estudiar. Así que... esa es la historia, más o menos... yo dejé la universidad el 73 y me puse a trabajar el 80, 81, me puse a trabajar en una farmacia. Mientras tanto como tuve mi guagua, crié a mi guagua tres años y a los tres años [después] me puse a trabajar, y después del ochenta y tantos, 84, mi marido quedó sin trabajo, fue una época difícil dónde todo el mundo estaba sin trabajo.

[Fueron años] terribles, terribles porque mi marido participó bastante en esa época y... yo de repente había días que no sabía si iba a llegar vivo o iba a llegar muerto, o sea, vivíamos donde mi suegra y yo sentía el portón abajo, que habían cadenas pa' amarrar el portón, candado y yo pensaba de era la DINA, la CNI que nos venían a... que lo venían a buscar, o no sé... Fue una época muy, muy difícil pero también feliz porque yo estaba recién casada, estaba enamorada, pero enamorada, y yo sentía el amor recíproco de verdad, entonces eso como que me equilibraba un poco y... difícil, muy difícil, mucho miedo, mucho miedo, miedo de todo, miedo de hablar, nos juntábamos mucho con los amigos del Pedagógico, porque en medio tuve muchos amigos en el Pedagógico y... yo en esa época como estaba en Bellas Artes iba a buscar a mi marido al Pedagógico.

Nos fuimos de allegados donde mi suegra, estuvimos cuatro años ahí donde mi suegra, bueno, las relaciones eran muy buenas con mi marido, pero después que llegó la democracia como que empezó a juntar rabia mi marido, se empezó a poner un poco crítico, muy crítico de todo lo que está pasando con la alegría que no había llegado y se empezó como a enfermar de a poco porque el genio le empezó a cambiar. Bueno felizmente después que terminé de trabajar en las AFP, yo terminé muy mal anímicamente, estaba demasiado estresada, una época en que Chindo [su marido] estaba sin trabajo y yo tenía que parar la olla, o sea si no firmaba un contrato, no comíamos.

Llegó un momento, llevaba como muchos años en la AFP, y yo dije 'ah, no'. Terminé con un psicólogo porque me encontré que me ponía a llorar en la calle, no sabía porque estaba llorando, ay, me voy a emocionar, y... fue una época difícil... así que terminé en un psicólogo y el psicólogo me dijo, me dijo 'lo que pasa es que tú', me dijo... ay, disculpa [se emociona]... 'elegiste el camino equivocado, en vez de haberte ido por este lado, te fuiste por este lado, tu tienes que ver qué camino seguir', y fue ahí cuando decidí renunciar a la AFP, dije esto no es lo mío, o sea, ¡ocho años trabajando en algo que te desagrada! Y decidí entrar a lo que me gustaba que es hacer cursos de cerámica, de vidrio, de macramé, de un montón de cosas, y de repente un amigo que era compañero de universidad, que después supe que era gay, en la universidad nos hacía

clase de judo, (se ríe), después supimos que era gay, él era orfebre. Entonces, no sé por qué llegué a visitarlo y me gustó la orfebrería y me encontré de repente ayudándole, me dice 'tú puedes hacerme las partes finales, limar, lijar, pulir esas cosas'. Bueno, le dije que me enseñara con tal de que yo le vendiera, como yo era buena vendedora, empecé a vender todas sus cosas maravillosas que el vendía en el [Museo] Precolombino, hacía maravillas y se murió después de Sida. Le vendí harto y en realidad nunca me enseñó, nunca me quiso enseñar, me dijo 'no pero es que tú tenís que ir mirando, mirando se aprende', pero no, porque uno usa ácido, no sabís que proporción, dónde se compra. Después me retiré de ahí y me metí a estudiar orfebrería, un montón de cursos, estudié hasta en la [Universidad de] Chile también, en la Municipalidad y como era vendedora me iba bien y encontraba que todo el mundo decía que hacía cosas bonitas y... bueno ahí empecé a ganar mi plata, independizarme.

Justo después, me estaba yendo súper bien y Chindo, le digo Chindo porque Gumercindo se llama, le da el accidente vascular. Ahí pa' atrás de nuevo, estuve como cuatro años sin hacer nada, dedicándome solamente a él y de a poco me empecé a organizar de nuevo. Todo mi tiempo era pa' él, de repente dije yo 'no, esta cosa, tengo que tener un tiempo pa' mí también', y como ya empezó a caminar de a poco, yo lo tenía que llevar pa' todos lados en silla de ruedas y al hospital, y cualquier trámite en silla de ruedas. Después ya como a los seis años ya empezó a caminar solo con su bastón y le empecé como a soltar igual que a un niño, una guagüita que está caminando, me decía 'oye quiero ir a, quiero ir a'... no sé, al Chileno-Francés, le encanta ir al Instituto Chileno Francés que antes estaba ahí en Lastarria, pero 'cómo vai a ir, no', 'si tomo taxi y tomo el Metro', el primer día lo iba a dejar yo y después empezó a ir solo. Yo con un susto que se fuera a caer, que se fuera a romper la cadera, de hecho se ha caído varias veces, menos mal que no le ha pasado nada hasta que empezó a independizarse y le hizo muy bien a mi y al él también.

Después le conseguí esa silla eléctrica, que me pidieron quinientos mil papeles pa' la silla eléctrica. Que como mi casa no se llovía, la ficha Casen no me daba: 'no, porque usted tiene casa propia, no se le llueve la casa', que sé yo, volvía a postular de nuevo este otro año porque me dijeron 'postule este otro año porque van a bajar a lo mejor los puntajes'. De nuevo hice todos los papeles hasta que salió la silla eléctrica. Y con eso también ahora va a un gimnasio en La Araucana que queda como a cuatro cuadras, antes tenía que tomar un taxi, entonces... o iba al Persa a vender cachureos, tenía que tomar taxi, ahora no, en su silla eléctrica va al gimnasio, hace ejercicio y le ha dado bastante independencia y sale él solo pa' todos lados.

Mi marido era de los que tocaba guitarra, cantábamos juntos y de a poco, de a poco yo empecé a notar que su genio estaba cambiando, al punto que el 2007 le dio un accidente vascular a mi marido, y ahí fue terrible, porque imagínate a mi marido en silla de ruedas, tuve que cambiarle pañales, empezar a hacer una rehabilitación para que empezara a caminar, y de a poco, con todos los cuidados que le daba yo, porque yo estaba sola con mi marido, mi hija ya

se había ido, se empezó a recuperar de a poco, así que ahora puede caminar. El es sociólogo, y también trabaja en proyectos de vez en cuando, unos amigos hacen las reuniones acá pa' que él no salga y... bueno eso le ha hecho súper bien. Mi marido es muy bueno pa' leer, lo que le llegue a sus manos, lee, pero como te digo está como muy crítico de la sociedad y ahora está en un tratamiento psiquiátrico porque después de su accidente vascular le (diagnosticaron) bipolaridad secundaria.

Bueno, el psiquiatra del CINTRAS [Centro de Salud Mental y Derechos Humanos] que atiende gratis a los torturados, a los que están en el informe Valech; él dice que también, bueno, una parte por la crianza que tuvo, que sé yo, pero fundamentalmente por lo que pasó en dictadura, el genio le fue cambiando, cambiando de a poco producto de la dictadura y yo creo que sí, porque el año 90 mi marido empezó a cambiar de genio, porque él se reía, hasta ahí todavía se reía, andaba siempre con su sonrisa, pero ahora tú lo vas a ver, que anda buscando unos remedios, lo llevó un amigo a buscar los remedios al hospital, anda siempre enojado, siempre enojado, yo le pregunto la hora y se enoja.

‘Pensándolo desde hoy día, yo digo: cómo lo hice para criar cuatro cabros’

Marión Vera Castro

CAPÍTULO 5

Marión Vera Castro

El testimonio de Marión Vera nos habla de la vida de una niña y una joven a mediados del siglo XX, y de los cambios y continuidades de una forma de vivir la familia, el estudio, el matrimonio y la vida cotidiana. Marión describe ese complejo tiempo de transición, que ella vivió directamente, entre familias con una fuerte autoridad paterna que no se discutía y mujeres como su madre y su abuela, sometidas a ese poder que se vivía hacia adentro del hogar, y el cambio paulatino hacia una mayor libertad de acción y decisión y una relación diferente con sus hijos e hijas.

Desde una Marión que no pudo estudiar la carrera que quería porque su padre se opuso y tenía que salir con su hermano menor, hasta la mujer ya adulta que sale sola, le encanta bailar y reivindica el moverse sin miedo por la ciudad, con sus amigas y hacia su pasión, el tango, hay un recorrido que no es sólo de su vida particular, sino de una sociedad.

Esta fotografía fue tomada el día viernes 27 de enero de 1978, cerca de la Piscina Antilén del Cerro San Cristóbal, por el marido de Marión. Lamenta que haya estado un poco nublado y la ciudad que tanto ha cambiado desde esa época no se vea muy bien:

No [era un paseo] tan habitual, pero para andar en el funicular, a ver, era enero del 78, yo ya tenía mi primera hija ahí y un poquito después quedé esperando a la Cristina que nació en diciembre del 78. Andábamos paseando. Tenemos que haber andado con la guagua.

Lo que recuerdo, fuimos a pasear, andábamos paseando con mi ex esposo en este momento, y bueno, a él siempre le gustó tomar fotos donde andábamos y ahí se le ocurrió tomar esta foto mostrando la ciudad de Santiago, que igual se ve brumosa, lo ideal hubiese sido que viera bien clarito, pero no se veía bonito ese día. Estaba brumoso.

LA EXPERIENCIA DE INFANCIA Y JUVENTUD

Marión Vera recuerda una infancia y una primera juventud que define como diferente a la vida actual. Destaca el profundo respeto que existía por la figura paterna y un estilo de crianza más estricto y duro, especialmente para las hijas. Nos habló también de sus expectativas de ser una mujer distinta al modelo

que veía entre las mujeres mayores, como su abuela y su madre, tanto en su propia vida como en la relación con sus propios hijos:

> Bueno, sí, a mí me tocó también un papá estricto, que tampoco quería que pololeara... entonces, el hermano hombre que tenía y que tengo, era el menor, tenía que salir a cuidarnos, se usaba mucho que el hermano mayor te cuidaba. No salíamos, nomás. En ese sentido, mi papá era bien estricto, pero éramos bien independientes en eso; en salir, aparte que yo estudiaba en el Museo de Historia Natural, me tenía que mandar todo Santiago para llegar a Quinta Normal. Y en micro, muchas veces me carterearon, pero era entretenido, a mí me gustaba.
>
> Porque, a ver, yo salí del liceo... bueno, yo no quiero echarle la culpa a mi padre, pero a mí me llamaron del Pedagógico en ese tiempo, que había quedado en lista de espera para ser profesora. Porque cuando di la prueba, en ese tiempo era la Aptitud Académica. Claro, yo quedé en lista de espera, para ser profesora en la Universidad de Chile, y a mí me avisó en ese tiempo la que era mi cuñada, y todavía yo no me casaba. Y yo le dije a mi papá: 'papá, me están llamando de la universidad, dijeron que me nombraron para la lista de espera', y mi papá no me dejó: 'no, no quiero que sea profesora, qué va a ir para allá a perder el tiempo, no quiero que sea profesora, porque los profesores son muy mal pagados en este país y usted que es mujer, qué va hacer, porque se supone que el hombre tiene que mantener a la mujer, que no le va a servir para nada', y no me dejó. Y antes la palabra de los papás era ley, entonces no fui.
>
> Tengo medio borroso lo que pasó después, entonces quedé ahí sin nada y después una tía mía, hermana justamente de mi papá, que trabajaba en la biblioteca del Museo Histórico Natural, me comentó que había salido una carrera nueva que se llamaba Técnico Museólogo en el Museo de Historia Natural, que duraba tres años y que si yo quería postular, presentarme a esa carrera. Bueno, tengo que hacer algo, no me puedo quedar con cuarto [medio]; en ese tiempo era sexto de Humanidades, que es el cuarto medio de ahora, 'no me puedo quedar con esto', dije yo, algo tengo que hacer, no me voy a dedicar toda la vida a la casa, no sé... yo no quería ser como ignorante en ese sentido y dedicarme toda la vida a cuidar hijos y al marido, como me enseñaba mi mamá y mi abuela, que una tenía que ser para dueña de casa no más.
>
> Y ya fui, no recuerdo bien, yo generalizo porque no tengo detalles de cómo lo hice. Y me presenté al Museo y quedé estudiando ahí, hice la carrera de técnico museólogo, los tres años... estudié, saqué mi título. Yo me titulé a fines del 73. Con mucha dificultad por el asunto del Golpe de Estado que había sido en septiembre, pero terminé y bueno, estuve un tiempo después trabajando en el museo pero no altiro... dos o tres años después, pero también cosas chicas, trabajos por un mes, dos meses, cosas cuando alguien necesitaba una persona, yo traté de quedar en el museo, pero no se pudo. Y yo ya me había casado, ya había empezado a tener familia, entonces eso también me limitó en ese sentido.

Es que antes era así, el papá decía, como le pasó a mi padre. El abuelo, el papá de mi papá, quería que mi papá fuera abogado y él tuvo que estudiar abogacía, pero al final no terminó abogacía... por lo que yo me enteré después, porque así eran también antes, a uno no le contaban las cosas los papás, todo era secreto, que no se sepa. Entonces después de que murió mi papá, me fui enterando más o menos de la vida de él, cómo había sido, entonces por cartas, de sus hermanas, que él guardó, él guardó todas sus cuestiones, entonces una después empezó a investigar. Y ahí yo me enteré de que, bueno, se casó antes o después de [tenerme] a mí, y parece que mi papá no pudo terminar su carrera por eso y tuvo [que hacer] algo rápido para empezar a trabajar y poder mantener a la familia, entonces él fue profesor primario, normalista. Yo creo que por ahí viene el asunto. Él fue profesor normalista, profesor primario... bueno, en todo caso, cuando yo quise estudiar museología no me pudo decir que no, no pudo, yo tenía que estudiar algo, si yo quería hacer algo. Y mi hermana no, bueno ella estudió, quedó en la universidad al tiro, con un buen puntaje, estudió medicina, yo tengo una hermana que es médico pediatra y a mi hermano... también él logró ser profesor de niños discapacitados.

No sé si fue rebeldía, en ese tiempo, pero cuando mi abuela me decía 'no, m'hijita, tiene que casarse, su marido, su marido, y los hombres de la puerta de la casa se olvidan que son marido', como diciendo: 'el hombre sale de su casa, puede hacer lo que quiere y usted tiene que estar en su casa', y mi mamá también: 'no, que su casa'... pero uno va cambiando, pensando, leyendo, viendo otras cosas, entonces yo decía 'no, yo no quiero ser eso, yo no quiero estar solamente en la casa viendo a mi marido'. No tan sometida, porque yo siempre vi a mi mamá muy sometida a mi papá, y yo siempre decía 'no, yo no voy a ser así, no'. Yo no quiero ser así, no, no me voy a dejar someter, incluso mi papá era muy castigador, él me pegaba con correa. Me acuerdo que yo era mañosa para comer, entonces, correazo a la hora de almuerzo porque no comía, y cuestiones en las piernas, quedan las heridas... a mí no me gusta mucho recordar estas cosas, era una crianza diferente, claro.

Entonces, yo siempre decía —yo chica, tendría diez, once años— 'yo no, si algún día tengo hijos yo nunca le voy a pegar a mis hijos. Porque hay mucha gente que dice 'no, él es castigador, es malo, porque a él toda su vida lo castigaron', como que lo justifican en ese sentido, pero yo pensaba siempre lo contrario: 'a mí me castigaron, pero yo no voy a ser así, yo no voy a castigar a mi hijo'. Y de hecho yo no los castigaba, yo prefería gritarles, les plantaba un grito no más, no, no hagan esto, y como que ahí los controlaba. Y de las pocas veces que les pegué, hasta el día de hoy me arrepiento. Una vez a mi hija mayor le di un escobazo en una pierna, y le dejé una pequeña marca, me acuerdo de eso y me remuerde, todavía me remuerde. Entonces... a la Cristina también le pegué una vez que lloraba mucho, era guagua, debe haber tenido un año, también: 'cállate' le dije yo, y le planté un palmetazo en el poto, pero ahí se quedó calladita. A la Natalia, no, a la Natalia nunca le pegué y al Iván tampoco, a mi hijo, no, después no, esas fueron las únicas veces que yo los castigué como físicamente, porque no quería repetir el patrón.

Y mi mamá era sumisa, era lo que decía mi papá, ella todo el día en la casa, haciendo las cosas todo el día, cocinando, lavando ropa, planchando... mi mamá era de las mujeres que, ella nos servía a todos en la mesa y ella se quedaba en la cocina, hasta que terminábamos de comer nosotros.. ¡ay!, me da pena recordar estas cosas... ella después que todos terminábamos de comer, se sentaba sola en la cocina y almorzaba, después lavaba la loza, dejaba su cocina impeque y se empezaba a preparar para la once de la tarde. Entonces todo el día ahí, todo el día, todo el día, entonces yo veía eso, y 'no, yo no, no quiero esto para mí', en la mente de niña que tenía, de lola. Ella [su madre] seguía lo que le decían los papás no más, y mi abuela era así: 'usted, lo que diga su marido, usted agache siempre el moño, usted calladita porque su marido tiene la razón'.

No se compartía mucho lo que era la vida, como era la vida de uno en la casa. Como uno ya empezaba a mirar otras cosas, se empezaba a preocupar de otras cosas; yo me acuerdo en el colegio no tanto, porque yo estudié en una escuela primaria, y justamente me tocó mi papá que fue profesor mío también dos años, en la escuela primaria, pero ahí no sé, una se preocupaba de jugar, de salir al recreo, de preocuparse bien de aprenderse la canción nacional, cosas de los niños de esa época. Después en el colegio, en el liceo, ahí las cosas eran diferentes, porque las cabras lo que querían era pinchar, el pololo. Al frente teníamos el colegio de hombres y todas preocupadas de los cabros del colegio de al frente.

Y bueno, es que a mi papá no le gustaba la persona con la que yo quería pololear. Pero también no nos dejaba, había un vecino que siempre me regalaba chocolates, una vez me llevó una cajita de chocolates, y mi papá a la fuerza quería que yo se la devolviera, y 'devuélvale la caja, devuélvale la caja', y yo 'pero, papá si me la regaló, cómo la voy a devolver'. A mí me daba una vergüenza enorme tener que ir a devolverla, y al final mi mamá lo trató de convencer y ya, me quedé con la caja de chocolates. Porque para él, eso era compromiso, y 'no, que este cabro a mí no me gusta, y que no'. Después cuando conocí al que fue mi marido, también. 'Que no, que no me gusta, este es un pajarito', porque era flaquito (risas): 'No, que este cabrito, que aquí, que allá, que esto otro'. Y me costó, me costó pololear con él, pero yo salía a escondidas a pololear, él pasaba por al frente y yo por la ventana miraba qué pasaba y ahí yo, cualquier chiva, que iba a cambiar revistas, porque en ese tiempo se cambiaban revistas o libros en un quiosco de la esquina, entonces ahí aprovechaba la salida, estaba un ratito y me devolvía. Y una vez me pilló, sí, que andaba con él, se enojó y me llevó pa' la casa a la rastra me acuerdo, furia porque andaba pololeando, después hubo un tiempo que terminamos de pololear, pero él no quiso, no, no, él siempre fue a buscarme, que 'cómo vamos a terminar, que no, que tu papá, si nosotros nos tenemos que casar'... y al final bueno, mi papá se dio por vencido. Y cuando fue a pedir para casarnos, también, mi papá no quería, que 'búsquese otra, si hay tantas mujeres, tantas niñas en el mundo, cómo no va a encontrar otra persona', y él [el novio] que 'no, yo me quiero casar, porque la Marión es ella no más, no hay otra Marión'. A él [el padre] no le gustaba, no le gustaba, no sé por qué, nunca me dio una explicación así como lógica de por

qué no le gustaba. Nos casamos y bueno, los problemas del matrimonio habituales, pero si yo decía algo, si decía alguna cosa, [mi papá] nunca me dijo 'yo le dije', pero sí me decía 'usted se quiso casar, usted tomó la decisión', entonces yo ahí calladita no más, qué le iba a decir. Al final no le contaba ninguna cuestión [risas]. Pero después con los años, con los hijos, todo eso cambia. Las cosas se hacen más fáciles.

En ese tiempo yo traté de hacer las cosas diferentes a lo de ellos, pero no hubo como demasiada rebeldía. No fui rebelde en ese sentido. O sea yo, para mi vida, pensaba hacer las cosas diferentes, pero como ponerme en contra de ellos y hacer lo que yo quisiera, no. Porque ahora yo veo cómo son las cabras y no, o sea la diferencia de ahora, no hay respeto, o sea hay, porque no se puede decir que no hay, pero en lo que se ve ahora, las chicas de ahora, son totalmente 'sueltas' entre comillas, encuentro yo, hacen lo que quieren, como que son irrespetuosas, no siguen, si el papá les dice no o sí, no están ni ahí y se dejan mucho influenciar por las amistades también, o sea se dejan llevar, se dejan llevar.

EL MATRIMONIO Y LA MATERNIDAD

Terminar de estudiar, casarse y tener hijos inauguró una nueva etapa en la vida de Marión. Ella ha disfrutado ser madre, y su relato también da cuenta de todas las ocupaciones y las tareas que las mujeres asumen en esa vida en el hogar, con su esfuerzo, su creatividad y su propio aporte:

Yo me casé en enero del 74. Yo terminé [la carrera] y me casé al mes siguiente, prácticamente. Y nos casamos igual por la iglesia, pero no fue en una iglesia, lo hicimos en la casa de mi abuela, en esos años, que vivía al lado del Regimiento Buin, ahí en El Salto. Y hubo que ir al regimiento a pedir permiso, para poder tener gente en la casa, porque no se podían hacer reuniones en esos tiempos con gente, no se podía, estaba prohibido, pero bueno, ahí teníamos el regimiento al lado, así que ahí fuimos; estuvo bien en ese sentido. Pero yo encuentro que en general mi vida ha sido tranquila, porque aparte de que mi ex tenía buen trabajo, ganaba buen sueldo, entonces no nos faltó a nosotros tampoco, no nos faltó, pude criar a los hijos. Claro que quería dos no más, no quería más, después nos fuimos, a él le salió un traslado a la ciudad de Talca. Nos fuimos en el 82 y ahí en Talca, yo dije, tengo estas dos guaguas, estas dos niñitas, el día de mañana estas niñitas van a crecer, se van a ir de la casa y yo me voy a quedar sola, voy a tener otra guagua, dije yo. Cuando estaba en Talca quedé embarazada de la tercera hija, de la Natalia, y bueno, nació cuando volvimos a Santiago, allí nació ella, en el 85 nació la Natalia, ahí otra guagüita, y yo feliz con otra guagua ahí, entretenida, me gustaba a mí tener hijos. Sí, no me complicaba criarlos, aparte no tenía mala situación, entonces se podían criar, pero no me complicaba y después el Iván, bueno, llegó de un descuido, digo yo [risas], él no estaba programado, pero llegó igual, pero bien. Claro, si fue el último, de hecho él todavía está

conmigo aquí, así que bien, o sea, me habría gustado haber sido otra, no sé, haber tenido una carrera, me gustaba mucho a mí el ballet, me gustaba el piano, haber sido otra cosa, no sé, bailarina de ballet, una pianista, pero uno se resigna y bueno ya no fue, por algo sería, no sé.

Bueno, nunca trabajé así en forma constante, porque yo, empezando con las guaguas, criando las guaguas, de repente tenía trabajos esporádicos. Yo estudié en el Museo de Historia Natural, hice la carrera de técnico en museólogo. Y ahí estuve un par de años trabajando, pero siempre fue así a honorarios, no con contratos. Y en esa época... yo estaba dedicada a las guaguas, aparte que quedé esperando de nuevo. Entonces estaba dedicada a los hijos más que nada y de repente un trabajito de secretaria por ahí, no fue un trabajo así de contrato, legal, no, siempre fue cositas entremedio.

Bueno, era de estar en la casa y el marido se va a trabajar. Viajaba también, viajaba mucho. Y cuando estaba en Santiago, salíamos a pasear, a conocer, y estar en la casa, ver a las guaguas, ir a ver a mis padres. Yo como estuve mucho tiempo sola, como él siempre trabajó en terreno, comúnmente yo tomaba a mis guaguas, mis cosas, me echaba todo al hombro, los bolsos y todo lo demás; en esos tiempo yo no manejaba, no había autos, se andaba en micrito no más. Entonces partía a la casa de mis papás que vivían en la avenida El Salto, que quedaba al otro lado de Santiago. Mi casa quedaba en este sector, por Vicuña Mackenna con Departamental y me iba para allá, tomaba mi micro y llegaba donde mis papás. Generalmente hacía eso dos o tres veces en la semana, para no estar sola en la casa también.

Él trabajaba afuera, tenía su trabajo en terreno, entonces quince días en Santiago o una semana en Santiago, quince días afuera. Sí, salíamos, íbamos a la piscina, íbamos con la guagua, bueno, como él viajaba mucho también, a veces no le gustaba mucho salir. A veces decía que no, que como él viajaba tanto, lo que quería era estar tranquilo en la casa. Igual se agudizó cuando llegaron las otras guaguas, porque uno hacía toda su vida, uno ya se encajonaba, como se dice, en un sistema, y él llegaba y se descontrolaba todo, entonces... [risas], una cosa así. Pensándolo desde hoy día, yo digo: cómo lo hice pa' criar cuatro cabros [se ríe].

Sí, llegaron cuatro hijos. Y, digo yo, bueno, pero cómo que uno lo hizo, o sea uno se sacrificaba, claro, uno era joven en esos tiempos, la energía no es la misma de ahora, me gustaba estar embarazada a mí, me gustó el proceso del embarazo. Después otra guagua, me encantaba. Yo me hacía mis ropas, le hacía mis ropas a las guaguas y tenía, bueno, mi casa, me preocupaba mucho de la limpieza, cosa que ahora... por donde se ve no más. Y era una vida tranquila, bueno, con lo que había en esos tiempos, un teléfono en el negocio de la esquina para poder llamar, andar en micro, pero también era más cómodo que ahora. O sea, porque cuarenta años atrás, no existía tanta gente como ahora. No había tanto peligro. En realidad fue tranquila, yo no puedo decir que llevaba una vida difícil, porque no ha sido así.

Era entretenido porque a mí me gustaba tener hijos, o sea, pa' mí el ideal hubiesen sido seis hijos. Yo quería seis, pero no pude tener seis, entonces a mí me gustaba, aparte que como a mi me gustaba coser y hacer mi ropa, le hacía toda la ropa a las chiquillas, a mi hijo no, porque el hombrecito es más complicado coser, pero yo me compraba, por ejemplo, harto género, y me hacía el vestido igual a ellas, entonces salíamos vestidas todas iguales, [risas] todas iguales, desde la más chiquitita hasta mí. Bueno, la gente mira, se ríe, cosas así, entonces... hacía vestidos para todos igual.

LA VIDA EN LA CIUDAD

Marión también tiene una reflexión propia acerca de la vida en la ciudad de Santiago, y acerca de cómo ciertas cosas han cambiado y otras no tanto, y del derecho que tenemos a circular por la ciudad, disfrutarla y no ver sólo el lado negativo que resaltan los medios de comunicación. Su experiencia, también, es en parte la de los roles tradicionales de las mujeres —hacerse cargo de los hijos e hijas, de un hogar y de sus tareas—pero también ha tenido espacios de libertad propios, como el del baile y la relación con sus amigas, particularmente después de su separación:

Era diferente, ahora no sé por qué le ponen tanto color a ese asunto de los piropos; no, yo andaba tranquila por la calle y si me decían algo, yo feliz, claro. Una vez me recuerdo, estaba embarazada de la Cristina yo, iba por Vicuña Mackenna con un vestido, de eso tengo buena memoria, me acuerdo, y venía un auto, no pasaba tanto auto por Vicuña en esos tiempos, yo con mi guata, muy campante y viene un tipo en auto y me hace un silbido y yo gorda, y al hombre se le fue el auto, por mirarme casi chocó con un arbolito en Vicuña Mackenna. Y yo lo quedé mirando y dije, 'mire el leso' dije yo, 'como tan, tan...' (risas). Pero no había grosería, no, no recuerdo eso yo. A pesar de que soy bajita y todo, pero siempre me decían algo en la calle, algún piropito: 'oh, que se ve linda embarazada', una vez venía en la micro y una vez igual, lo mismo. Porque también como estudiaba y después trabajaba, entonces me movía harto y en micro y sí, recorría bastante la ciudad.

Sí, nunca tuve miedo incluso hasta ahora. Yo salgo mucho, yo ahora con vehículo me mando a cambiar donde yo quiero y salgo en la noche, yo salgo los fines de semana, prácticamente todos los fines de semana porque salgo a bailar, porque tengo que bailar, sino, me quedo tullida. Voy a las tanguerías, a mi me gusta bailar tango. O sea, yo soy tanguera-tanguera, me gusta bailar tango. Voy al [paradero] 24 de Gran Avenida, voy al 27 de Gran Avenida, hay otras tanguerías en el centro, hay otra por Santa Rosa, por ahí voy picoteando y salgo a bailar. Porque me gusta, me gusta bailar, y no soy mala bailarina, bailo bien. Entonces yo salgo, y salgo sola, yo salgo sola a bailar, pesco el auto y me voy al tango. Ahí he hecho hartas amistades, así uno hace hartas amistades y voy conociendo, entonces, de todos estos años que yo he salido, a mi, bueno,

gracias a Dios, nunca me ha pasado nada, porque no salgo con miedo, porque no le tengo miedo a la ciudad, yo; le tengo miedo a la gente [risas] pero no a la ciudad, porque no, a mí nunca me ha pasado nada. Aparte, yo digo, bueno si alguien viene y se me tira encima le tiro el auto encima y punto, pa' qué voy a andar con miedo, porque igual muchas me dicen a mí, 'no, yo no salgo tan tarde, yo me voy temprano para la casa', de las amigas que van al tango, 'igual yo me voy temprano, porque igual a mí me da miedo, tanta cosa, tanto portonazo', pero yo les digo, no salgas con miedo, si tú sales con miedo, te va a pasar algo, sale confiada si no te va a pasar nada le digo, y para qué vas a andar por partes peligrosas, que dicen que son peligrosas, no, entonces me dicen, cómo tú sales, no, porque a mí no me da miedo salir, yo salgo porque no tengo por qué tener miedo, no le tengo miedo a los chóferes de micro tampoco ni a los colectiveros, a nadie, yo salgo no más, y lo paso bien. Tuve una amiga, también que yo la pasaba a buscar a su casa, para que fuéramos al tango y ella me decía, no te vayas por esta calle, no, que nos puede salir un hombre, que puede pasar algo, pero Nora, se llamaba igual que mi mamá, Nora le decía, no te va a pasar nada, tú vas conmigo, no te va a pasar nada, además que yo no me voy a ir a meter a una parte que nos puedan hacer algo, no, ay pero que está tan oscuro, que no hay luz en la calle, y cómo vas a andar por aquí, ay, le decía yo, a mí no me da miedo, yo ando no más, y salgo, voy a buscar a mis amigas, las llevo al tango, después la voy a dejar, me dicen 'llámame cuando estés de vuelta', 'ya' le digo yo, y ahí las llamo a las tres de la mañana ya llegué y les digo llegué, estoy bien.

Yo empecé a bailar tango cuando mi hijo tenía catorce años, ahora tiene treinta y dos. Yo salía sola a bailar, él [su esposo] se quedaba en la casa. No, no le gustaba, a veces me acompañaba, cuando había una fiesta, cuando eran las graduaciones, el tango también yo lo aprendí en esos tiempos, clases primero, un nivel, segundo nivel, tercer nivel, cuarto nivel, al cuarto nivel hacían una fiesta grande, uno se graduaba, hacía su baile especial, claro, entonces, ahí yo lo invitaba, cuando había una comida, ahí él iba, miraba, pero nunca le atrajo, no. Y nunca me acompañó después, o sea a bailar, a bailar, propiamente tal, no, yo iba sola. Y bueno, ya después como estábamos en el proceso de separación, yo más sola iba no más, pescaba el auto y chao me voy, después llegaba y él roncando y yo llegaba de mi tango y... después nos separamos bien, definitivamente, y él ya se fue de la casa y ya fue menos traumático para mí, porque yo siempre salía como con culpa, así de repente, pero yo después ahí mismo yendo a esas cuestiones, yo decía: 'pero por qué me voy a limitar, pues', si él no me acompaña, me dice que haga lo que quiera, qué saco con quedarme en la casa, para hacer esto, esto otro, porque no como va decir pucha, ella se queda en la casa, haciendo las cosas, no la dejo ir al tango, él como que no... entonces yo decía, voy, salgo igual no más, si él no me va a decir 'ay qué bueno que te quedaste', no. Una vez que peleamos también, yo le decía ´pero oye, si yo cuánto te he ayudado, a economizar, todo lo que yo he cosido, lo que he tejido´ hacía las cortinas de mi casa, hacía todo, todo, todo, como tenía máquina, hacía todas las cuestiones. Vestía a los niños, porque yo compraba los géneros, yo los vestía a todos, entonces tú no valoras eso, que toda la vida cocinándote, haciendo comidas ricas, bueno, 'era tu obligación no más', me decía,

así que después yo salía no más, no tenía tanto cargo de conciencia, al principio sí, después ya no, me lo merezco, decía yo, toda la vida criando guaguas, trabajando por aquí, por allá, haciendo todo; algo para mí.

Marión relaciona su experiencia personal con los cambios en la ciudad, y particularmente con lo ocurrido durante la Dictadura.

Bueno, lo que muestra la tele, más que nada de lo que muestra la tele, porque muestra puras cuestiones malas, o sea, en vez de mostrar cuestiones buenas, muestra lo malo no más. Lo peor del ser humano muestra la tele de repente, entonces por lo que se ve en eso, que no hay respeto, que se dedican a la droga, que a fumar, que el trago, que el alcohol, que las peleas en las discoteques, pero también lo veo de ese punto de vista de que claro, hay un sector que es así, pero hay otro que no es así, que igual hay respeto, se ciñe por reglas, pero hay otra parte que no, y esa parte antes no era tan así, eso era más escondidito. Ahora ya no importa, tanta cosa que hacen, no sé, la juventud, el asunto de la droga, que hacen tanta brutalidad los cabros ahora, que asaltan, matan. Pero yo veo en ese sentido que es una parte, una parte de la sociedad, que yo espero que sea la mínima, porque yo leo, trato de buscar en otros lados, ver otros sistemas, otras vidas, otros países, que hay cosas tan lindas; la juventud de repente yo veo, muestran fugazmente la orquesta sinfónica del colegio tanto, y niñitos, niñitas tocando el violín, tocando. Entonces yo digo pucha, no todo está perdido en esta sociedad, no está perdida, porque hay cosas que a uno le llenan el alma, el espíritu. Encuentro que esa parte mala... la televisión en este sentido lo avala y la gente como que cree todo eso, y yo a veces, hay personas que yo les digo 'no les crea todo lo que sale en la tele, si no es tan así'. Piensa pa'l otro lado, no es tan así la cosa, pero la gente eso lo cree, se la cree y vive asustada, mucha gente asustada, temerosa...

Porque bueno, uno pasó hartas cosas fuertes también, sobre todo cuando vino el golpe de Estado que a nosotros nos tocó en vivo y en directo; yo creo que las personas también entrevistadas tuvieron que haber pasado por lo mismo, unas a favor y otras en contra, pero para nosotros también fue fuerte, fue traumático, nosotros lo pasamos mal en ese periodo, claro, aparte del susto, del miedo; pasaban por la calle allanando las casas, nosotros nos libramos de que nos allanaran la casa. Entonces todo ese pánico, ese terror, escuchar como pasaban las balas por las ventanas, llegaban los balazos a las ventanas de nuestras casas, cuando el tiroteo, entonces también esa parte fue, no sé, fue una experiencia dolorosa, bueno para mis papás también, mi papá tuvo que deshacerse de muchas cosas en ese tiempo para que no lo acusaran, fue una época difícil, en ese sentido, pero después ya... bueno, como todo se calma.

Vivimos con mi hijo lo que era la dictadura en ese tiempo, en esos años que no se podía andar tarde en la noche, hay que llegar temprano, pero después de eso... bueno de la tranquilidad que había en esos tiempos, no habían ladrones, no habían lanzas, no habían portonazos,

todas estas cosas malas que muestran en la tele no existían en ese tiempo, entonces, ahora uno dice chuta, bueno... ha cambiado tanto la sociedad ya que, pero que de repente yo digo, se ríen de mi, de repente añoro que hayan militares pa' que la cosa esté tranquila, pero en un sentido figurado, no que vaya a suceder de nuevo, no le doy a nadie esas etapas, esas partes de la vida, de la historia, de lo que es guerra, de lo que es.. no, no sirvo para eso yo, no, no, no sirvo, entonces... yo creo que por eso vivo en un sector aquí que no escucho ni un ruido no me llega ningún ruido de afuera.

‘Soy feliz fotografiando, retratando, buscando lugares únicos, lugares comunes’

Patricia Jiménez Rojas

FIAT

CAPÍTULO 6

Patricia Jiménez Rojas

Si la historia de un tiempo y un lugar se compone de los grandes procesos, de los hitos de la política y los datos de la economía, también está hecha de las sensibilidades, los gustos, la música, las imágenes y el color de una época.

Patricia Jiménez —amante de la fotografía, el rock, el arte, los libros y los barrios de Santiago, que cambian con el paso de las estaciones y de cada año— nos entrega un testimonio de la vida en la ciudad en la década de 1980, de sus paseos por el Parque O'Higgins, la Biblioteca Nacional y las calles antiguas y sus rincones, de lo que se podía hacer y no hacer en esa vida. Curiosa y lúcida, Patricia entendía —y entiende— muy bien el valor del registro sobre aquello que en un momento existe y luego, quizás, desaparece. Su mirada y su experiencia son historia de Santiago e historia de Chile.

Estas imágenes fueron hechas a comienzos de la década de 1980, respectivamente en el Parque O'Higgins y frente a la Biblioteca Nacional. Patricia Jiménez estaba recién casada, aun no tenían hijos y con Osvaldo, su esposo, recorrían la ciudad y sus parques. Aparecen en ellas dos lugares que, como veremos en su testimonio, fueron significativos en la vida de esta mujer activa, curiosa, que ama su ciudad y el arte:

La del Parque O'Higgins es del otoño del ochenta, estaba recién casada, porque yo me casé en marzo del ochenta y salíamos con mi marido los domingos, íbamos al Parque, nos gustaba ir al Pueblito [Pueblito del Parque O'Higgins]. Y ahí había —que eso ahora ya ni existe— un salón como de té, entonces habían unas chimeneas, íbamos a tomar once allá o a comer empanadas, y después dábamos un paseo por el Parque y en ese contexto es, porque si te fijas la bufanda es porque estaba helado, hacia frío.

En la segunda imagen, de 1981, Patricia está en la entrada de la Biblioteca Nacional, buscando información sobre Led Zeppelin, uno de sus grupos de rock favoritos:

Esta fotografía es de un día que también andábamos paseando con Osvaldo, tenemos otra foto ahí en la plaza de Benjamín Vicuña Mackenna y también salimos a pasear, pero algo tengo que andar haciendo en este momento, no me acuerdo, y se me ocurrió pasar a la Biblioteca porque quería averiguar más, porque en ese tiempo —esta foto es del año 81—

no había internet, entonces cualquier cosa que uno necesitaba venía a la biblioteca y vine porque quería saber más sobre grupos de rock. Quería saber más de Led Zeppelin, porque yo soy rockera hasta el día de hoy, y a eso vine, me acuerdo, tiene que haber sido un sábado en la mañana porque cómo estaba abierta la biblioteca. Y salgo de la biblioteca y mi marido me dice: '¡mira!', y miro y me saca la foto por eso yo salgo con esa cara tan de sorpresa y tan seria, y era verano, y si tú te fijas son las mismas zapatillas.

LA VIDA DE UNA JOVEN EN LOS AÑOS OCHENTA

En ese año 1980 y como se ha mencionado, Patricia estaba recién casada con Osvaldo, y su memoria del Parque O'Higgins y del Pueblito que hoy ya casi no existe es algo que quiere recuperar para las futuras generaciones. Esos paseos eran un espacio y un tiempo de descanso para una pareja joven, en una época en que empezaban a trabajar y en que la crisis económica empezó a marcar la vida del país:

Como estábamos solos y recién casados, encantados de la vida, íbamos al Pueblito, lo pasábamos muy bien, nos gustaba ir al Pueblito, era muy especial, era muy bonito, para que sepan las futuras generaciones. Es que era grande, era lindo y era acogedor porque era un lugar así con chimenea, entonces tú entrabas y sentías la calidez, la atención, todo... a mi me encantaba y ahí, en ese contexto me acuerdo [que] mi marido me sacó esta foto.

Siempre buscábamos cosas así como es acá, teníamos nuestros tiempos libres, aparte que mi marido trabajaba mucho en el colegio, él se puede decir que partió con el colegio, eso mi tío se lo tendrá que agradecer toda la vida a Osvaldo.

Yo tengo un tío que es dueño de un colegio, un colegio particular subvencionado, entonces mi marido trabajaba allá, vivíamos allá en el colegio. Vivíamos en el colegio porque teníamos una casa y le cuidábamos el colegio a mi tío, entonces nosotros trabajábamos en el colegio. Mi marido hacía toda la parte que tiene que ver con eso de documentos de llevar y traer y cuanta cosa. Llegamos en el año 80, 81, cuando recién el colegio se estaba formando, y en ese contexto entre libros, profesores, cuanta cosa buena —y bueno, en todo caso esto de lo de investigar y todo, a mí, desde pequeña [me gustó]. Era chiquitito, tenía como cinco salas apenas, era un colegio como de cuatro pisos. Nosotros vivíamos allá en Quinta Normal; una época difícil, por toda la censura que había. Una época en que había que apretarse el cinturón porque había una crisis económica, pero nosotros con mi marido teníamos una vida bien, bien, se puede decir que bien... no, no pasamos apreturas como muchas otras familias, además que éramos los dos solos: la Cony llegó recién en el año 86.

> Yo trabajaba ahí también con él. Yo lo ayudaba con todo lo que tenía que ver, por ejemplo con sus papeles, cuando tenía que llevar cosas, en la tarde él tenía que dejar ordenadas las salas yo también le ayudaba, y de ahí después como yo estaba sola, estábamos sin la Cony, yo empecé a trabajar.
>
> Encontré trabajo en una panadería, trabajaba de cajera; ah, un trabajo que me encantaba, me encantaba. Un trabajo muy interesante, muy entretenido, trabajé hartos años hasta que nos asaltaron y de ahí ya no pude ir más. Sí, me dio miedo, y de ahí después llegó la Cony. Me gustaba porque conocía a gente muy interesante, porque al enfrente estaba Adidas, donde trabajaba yo, e iban todos los jugadores de futbol de esa época: Morón, Bonvallet, entonces conversaban y a mí me encantaba escucharlos, porque hablaban puros temas entretenidos e interesantes, me gustaba. Y la misma gente, estar en contacto todos los días con gente distinta que de repente te cuentan una cosa, al final uno sabe todo lo que sucede o lo que comentan. Fue bonita esa época, me gustó.

Sin embargo, si los recuerdos personales y familiares de Patricia de las década de 1980 son buenos, tiene una perspectiva crítica del contexto político de la época y el ambiente de miedo y desconfianza que se vivía políticamente.

También narra los cambios que ella percibe sobre otros problemas sociales, como el ocultamiento de la violencia hacia los niños, la pobreza extrema de los campamentos, las críticas a las mujeres por circular solas en el espacio público y la presión por tener muchos hijos y rápidamente. Por haber tenido una sola hija y no haber concebido inmediatamente después de casarse, Patricia vivió esas críticas y comentarios, y compara su situación con la de otras mujeres de esa época:

> Por ejemplo, tú no podías hablar nada, tenías que escuchar despacito la Radio Cooperativa porque si no te podían llevar detenida. Cuando había protestas, porque nosotras íbamos a las marchas y a todas las protestas, con el peligro de que te pudieran llevar y hacer desaparecer, entonces era muy difícil; si para los hombres era complicado, para las mujeres era doblemente complicado. No podías hablar nada porque si alguien te escuchaba decir algo "inapropiado", como decían en esos tiempos, te tachaban inmediatamente de comunista, ¿me entiendes? Entonces cuando de hecho venía a la biblioteca, no podía pedir cualquier tipo de libro, si hubiera pedido algo por ejemplo de Salvador Allende o la historia, o del 73, altiro… ¿me entiendes? Entonces igual era complicado. No podías hablar lo que querías hablar, entonces era difícil, era difícil.
>
> Nosotros allá en el mismo colegio veíamos de repente apoderados con muchas carencias, con muchos problemas, con mucha violencia intrafamiliar, como yo te digo, se notaba menos porque se quedaba todo entre cuatro paredes, ahora todo esto es más abierto, pero de repente llegaba el papá borracho a buscar a su hijo al colegio, eso ahora es bien poco lo que se ve.

También lo que veíamos nosotros: violencia hacia los niños, hacia las niñitas y los niños de parte de los mismos padres. Cosa que ahora no sucede, o sucede menos, está más controlado, porque ahora el mismo niño o niña puede denunciar. De eso me acuerdo porque Osvaldo tenía que partir con los niños ahí a la posta del [Hospital] Félix Bulnes, ahí a la Urgencia, y de ahí llamaban al apoderado. Una vez un niñito me acuerdo que le tocaron la espalda y lloraba y lloraba, y Osvaldo fue a donde la profesora que le levantara la camisa, tenía marcas de los correazos ¿me entiendes? Entonces ahí llamaron al papá, porque el papá parece que tenía otra señora, no sé cómo era el asunto, y cosas así, entonces era muy complicado. No había tanto trabajo, la mujer no tenía donde dejar la guagua para ir a trabajar.

Y en las clases ya más bajas, los campamentos, todos esos campamentos, había un montón de desaparecidos, y cuando vino la lluvia esa del 82, esa cuando salió el rio [Mapocho]. Ahí sí que era espantoso, una miseria, ahí sí que era terrible y eso se ve ahora, pero yo encuentro que menos.

Osvaldo plasmó estos momentos únicos e irrepetibles, porque claro, puede que, a lo mejor esto, a lo mejor ni existe, yo no sé si existirá eso [se refiere a la pista atlética de la primer fotografía]. Siempre andábamos juntos. Siempre. Osvaldo me acompañaba a todas partes. Siempre, y como éramos los dos todavía, éramos los dos solitos, siempre salíamos. El era muy bueno para acompañarme. Sola no, sola no porque ay, qué feo que te vieran andando sola sin el marido (irónicamente)... ¿te das cuenta la diferencia? Ahora no, ahora voy donde quiero. A la hora que quiero...claro, salgo ¿te fijas la diferencia de época? claro pero en esa época no, jamás, como que toda la gente [decía]: 'y... ¿y no anda con el marido? Ahora no. La gente del colegio, las vecinas y los vecinos porque tú pasas, todo el mundo te ve, cuando sales: 'buenos días, buenos días', saludo a todo el mundo obviamente, entonces no faltaba el que se fijaba, la gente más de edad. Debe haber pasado, porque más de alguna vez le llegó el comentario a Osvaldo al colegio: '¡uy!, vimos a su esposa por ahí y andaba solita', 'ay, sí', le decía Osvaldo, 'menos mal que andaba sola'. ¿Te fijas? Por eso yo ahora, a la edad que tengo yo jamás, no me fijo, no, porque no me interesa. No quiero que después digan: miren, también anda mirando, a mi no me interesa lo que haga el resto. Cada uno con su vida y punto. Pero en ese tiempo no, yo iba con Osvaldo, a mí me costó mucho despegarme de Osvaldo porque yo no me atrevía a andar sola —mira la tontera— hasta que una vez dije no, ya.

Como te digo, era muy difícil por el tema de la contingencia que vivíamos —aparte que yo era un poco rebelde— entonces de repente tenía que andar así, para no meterme en problemas y era muy difícil, muy difícil por la época misma que vivíamos. Había mucha carencia, que era muy notorio, pero a pesar de eso yo le daba un tiempo a la cultura, a investigar, a sacar muchas fotografías de esta época.

La moda, claro, la música, todo distinto, ¿ves?, todo muy distinto, pero yo igual me daba el tiempo, lo pasábamos bien con mi marido, disfrutamos harto esta época que estuvimos los dos solos y yo le agradezco mucho, pero mucho, mucho a él, porque si no hubiera sido por él, no existiría este registro que... imagínate, ahora en un catálogo. Pero era una época muy complicada, muy complicado, ahora que las mujeres reclamamos más derechos con respecto a los hijos, pero antes era muy, muy complicado, tenías que tener hijos, hijos, hijos, por lo menos ahora eso está regulado. En el consultorio... no como ahora que pueden controlar la natalidad, antes no, eso era algo inverosímil o te catalogaban quizá de qué, si tu decías que no querías tener tantos hijos, ¿me entiendes? Yo lo único que pensaba: no tener tantos hijos, porque nos dábamos cuenta que la situación era complicada, era difícil, íbamos a tener uno o dos para darle una muy buena educación.

La Cony que nació en el año 86... ¡ay! ahí nos cambió nuestra vida cuando nació mi hija, ella también es bien preocupada del patrimonio, la historia. Ella iba a ser profesora de historia, de hecho, ¡pero después los niños la cautivaron tanto! es educadora de párvulos, mi hija, ay! pero mi hija, es, es lo máximo, llegó la Cony y nos cambió la vida con Osvaldo, nos cambió la vida. Hasta el día de hoy, es nuestra niñita regalona.

Y Cony cuando tenía como quince años me dijo, estaba en el colegio todavía, 'mamita, cuando yo me case, si tengo un hijo, le voy a poner José Miguel, en honor al general José Miguel Carrera', como tú lo admiras tanto, o sea, soy una carrerina de corazón. 'Oye', le dije, 'preocúpate de estudiar primero después tener hijos'. Y así fue, nació José Miguel. Su marido, Felipe, estuvo de acuerdo, porque si él no hubiera estado de acuerdo tampoco porque ya era distinto, otra familia, él estuvo de acuerdo porque suena bonito: José Miguel Blanco. Igual que el salón que hay en el Museo de Bellas Artes, que se llama José Miguel Blanco, ese es el nombre de mi nieto, pero es por don José Miguel Carrera. Bien cercano a la historia.

Ah, y lo otro: que en esa época —que ahora no se ve mucho— cuando tú te casas, tienes que tener hijos inmediatamente, y '¿bueno y cuándo? ¿Bueno y cuándo?' Nosotros nos casamos en el 80, en marzo del 80, la Cony nació en febrero del 86... '¿bueno y cuando?', en el colegio: '¿y cuando... o no pueden?' O sea, yo en esta época jamás le iría a preguntar a un matrimonio joven, a una niña y todo: 'bueno ¿y tú?' O sea, qué le importa al resto. Osvaldo tiene mucha paciencia, él no es como yo, es más paciente, pero de repente se molestaba porque todos los apoderados andaban pendientes de por qué no teníamos hijos.

Claro, porque yo me acuerdo —por lo que hablaban los apoderados— yo me acuerdo que por ejemplo habían mamás que tenían muchos, seis, siete hijos, pero porque decían que en un consultorio daban unas pastillas —o sea lo escuché, a mi no me consta— daban unas pastillas, pero qué, las pastillas no servían y las mamás igual por eso quedaban embarazadas, porque había que tener, porque en Chile había bajado mucho el control de la natalidad y eso

era mal visto —en esa época— y como quería parecer un país que era todo bien, entonces por eso las mujeres parían y parían y parían nomás, no se controlaban, cosa que ahora no sucede. ¿Te fijas? pero era complicado. No, nosotros nos quedamos solamente con Constanza. Solamente con ella, con mi niñita. Siempre pensamos en la educación, si tú sabes la educación es lo más caro. Como el colegio era de mi tío, después nació ella y ella se creía la dueña del colegio y ella andaba por todas las salas, con un cuaderno así debajo del brazo y con una varillita —porque todavía los profesores, imagínate en los ochentas, usaban la varillita, cosa que ahora no— y les hacía así, les golpeaba el escritorio, y ella decía: 'yo voy a ser profesora, yo voy a ser profesora' y Osvaldo le decía 'no, no sea profesora porque va a ganar muy poco, hija', viéndola en el colegio. Por eso mi hija es de vocación. Porque, imagínese, se crió entre libros, profesores y el ambiente, claro, el ambiente escolar. Y no es porque sea mi hija, pero es muy buena educadora. Y se crió ahí, entre bibliotecas y cosas y yo cuando estaba esperando a la Cony, antes leí pero todo, toda la biblioteca del colegio, todo, todo, unos libros muy interesantes pero todo, todo... es que me gusta mucho leer.

EL AMOR POR EL ROCK Y LAS BÚSQUEDAS EN EL SANTIAGO DE LOS OCHENTAS

Al contar la historia de su fotografía en la Alameda y en las puertas de la Biblioteca Nacional, se despliega una de las particularidades de Patricia: su amor por el rock pesado, algo poco común en las mujeres jóvenes de esa época, y que incluso hoy sorprende a los amigos de su hija. La memoria de la música y de los gustos diversos de las personas, de la moda y la sensibilidad imperantes, hizo a Patricia recordar su relación de amistad con su amiga Flor —su mejor amiga— que murió tempranamente:

En ese tiempo, uno tenía los zapatos para salir y para andar en la casa, porque como no había tanto recurso, no como ahora que uno puede tener... ¿me entiende? Porque solamente para salir cuando andaba con el blue jean, ¿te fijas? En ese contexto salgo yo [en la fotografía], ya había salido de la biblioteca. Siempre venía por diversos temas, por la historia de Chile principalmente, don José Miguel Carrera. Siempre que tenía la oportunidad venía.

Aquí [en la primera fotografía] tenía el pelo hasta la cintura, un pelo liso siempre, hasta el día de hoy mi pelo liso, pero después se usó esto [la segunda fotografía] y yo quería estar a la moda, encontraba que me veía horrenda pero me di el gusto, y un tiempo después me creció y ya, nunca más, pero quise ver cómo era tener otro look, y esa creo que ha sido la única vez que me cambié el look. Todas las mujeres andaban bien crespas, crespas, y la que tenía el pelo liso, con esa chasquilla así, que se hacían, con laca. Brian May, de mi grupo favorito, de Queen y de mi Freddy Mercury, se puso de moda por un artista que vino a Viña, pero no me acuerdo de quien... vino a Viña, no, no creo que haya sido Jimmy Elton, pero vino un artista a Viña y a mi

marido casi le da ataque por como yo tenía el pelo tan largo, tan liso, rubio... quedó como una trenza, así me acuerdo, larga, todavía está guardaba por ahí. Y me hice eso pero no me gustó, me veía fea, menos mal duró poco y de ahí nunca más.

Yo amo el rock. Todo tipo de rock, en todas sus formas y pelajes, me encanta el rock, todo, todo, el sinfónico, ¿cómo se llama este otro? el británico, el rock pesado, todo, toda la vida me ha gustado. Nosotros teníamos un televisor grande en la casa, porque no en todas las casa había televisor, y desde chica, con mi mamá, escuchábamos. A ella le gustaba Salvatore Adamo, Sandro y Elvis Presley, de hecho cuando murió Elvis Presley ella lloró demasiado, y yo decía 'pero por qué lloran por un artista que no lo vieron jamás en la vida', o sea solo en esos videos, en la tele, lo escuchaba en sus discos tenía ella. Y cuando murió mi Freddy Mercury, ahí entendí porque yo, hasta el día de hoy, yo lo lloro, yo lo echo mucho de menos.

Empezaron a dar videos en el Canal 5 me acuerdo, y ahí empezaron a aparecer los primeros videos, el primer video de Queen; ahí empecé a ver y dije 'ellos, ellos, ellos', y ahí empecé a investigar, me gustó mucho la música, después Metallica, The Who, Led Zeppelin, la famosa Escalera al Cielo, que todos se volvían locos escuchando la famosa *Escalera al Cielo*, y ahí me empecé a meter a meter y hasta el día de hoy me gusta.

Pink Floyd, cuando vino el 2015, cuando vino Queen, ahí estaba yo en la reja, que mi hija me decía 'tienes que quedar en la reja, mamá, tienes que quedar en la reja': corrí, corrí, corrí desaforada y llegué y vi a mi Brian, así al frente mío y después sale mi Freddy, oh, maravilloso. Disfruto harto el rock, yo. Me gusta, me gusta, me gusta mucho, es la música más hermosa que existe. De hecho, mi hija de repente decía 'no, mi mamá, a ella le gusta Kiss, le gusta esto, es fanática', porque tengo mi polera de Queen obviamente, y dicen '¡tu mamá!': no sé por qué a la gente le llama la atención, ¿no será común? porque les llama mucho la atención: 'mi mamá es rockera y a ella le gusta Pink Floyd y Metallica', y yo lo encuentro lo más común, a lo mejor no es tan común.

Mi amiga Flor por ejemplo —que con ella hacíamos las maldades porque éramos amigas desde chicas—, a ella le gustaba escuchar a Rafael porque su mamá escuchaba Rafael... ¡Ay! me cargaba Rafael... no éramos de la misma. Es que no me gustaban las canciones, es que esa música así romántica, hasta el día de hoy, a mí te juro que no me entra, no me entra, no hay caso, y tengo un sobrino que es muy romántico, de hecho escucha todo el día la [Radio] Pudahuel y tocan esa música: ¡me aburre!, me aburre, me aburre, yo no podría estar escuchando, o sea pa' mi sería un calvario que me dijeran 'ya, va a estar todo el día acá escuchando música', nooooo...!.

Con Flor éramos amigas desde chicas, porque la mamá de ella nos hacía la ropa a nosotros y de ahí nos hicimos amigas, pero éramos amigas, amigas, veraneábamos juntas, salíamos juntas, dormíamos juntas. Desde los cinco años más o menos. Era mi amiga. Nos íbamos donde mi madrina —que yo era muy regalona de mi madrina, hasta el día de hoy— y 'yo también quiero ir donde tu madrina', ya, yo la llevaba, después a mi madrina le decía madrina y a mí no me gustaba, peleábamos, pero ella fue, tenía una foto de ella así antigua, estábamos en un matrimonio de una prima mía.

Y hasta los dieciocho años, que ahí la Florcita falleció. Parece que tenía un tumor en la cabeza. Fue algo fulminante. Y ahí quedó, ella fue siempre mi mejor amiga. Es que con la Flor... hacíamos tantas barbaridades. Nos amanecíamos a veces, ¿sabe lo que es amanecerse? No dormir: ¡no dormir! nos íbamos donde mi madrina —como mi madrina me quería y me tenía una paciencia.

Sabe lo que me acuerdo, una Navidad nos amanecimos andando, así calladitas íbamos a un lado para otro en la casa, de repente vemos que llegan unos hombres, sacan el árbol de Navidad y lo empiezan a quemar, claro, pues ya había pasado la Navidad. Pues nosotras, tan asustadas... pero ahí era madrugada, yo me acuerdo que era ese momento, como la aurora cuando está aclarándose, que es muy especial, y nosotras andando toda la noche, para allá y para acá, sin dormir, y ahí me acuerdo, mi madrina por primera vez me retó y yo creo que ha sido la única: 'Patricita', me dijo, 'vaya a acostarse, mire la hora que es, ya son las seis de la mañana', eso fue lo único que me dijo. Pero era buena amiga la Flor, a lo mejor hasta ahora seríamos amigas...

Osvaldo, él es romántico, a él le gusta Julio Iglesias. Pero él escuchaba su música y yo escuchaba la mía. Pero romántico también así, romántico... entonces el contraste, pero respeto todos los gustos, porque en gustos...

LA FOTOGRAFÍA

En su testimonio, Patricia reveló que no sólo le gustan las fotografías, sino que ha desarrollado una carrera de fotógrafa, en un comienzo de manera aficionada y luego estudiando formalmente. Eso la ha llevado a tener un registro fotográfico propio de la ciudad de Santiago y de otros lugares del país de miles de imágenes, y a interesarse en registros poco tradicionales, como los del transformismo.

Es interesante descubrir cómo este amor por las imágenes, los libros y la belleza de los lugares y los objetos se conecta con sus recuerdos de infancia, las enseñanzas de su madre y con el amor por la lectura que le inculcó su padre:

La lectura, la buena música, los buenos modales, porque hasta el día de hoy yo me acuerdo: 'no las manos así, las manos no, no se canta en la mesa' y todo y después uno le repite lo mismo a los hijos, los buenos modales, porque en ese tiempo se usaba mucho educar a los niños, se da en los buenos modales, la cortesía, saludar. Ahora no. De hecho yo en el colegio tenía un... un ramo que se llamaba "modales y cortesía". ¿Qué es eso? Los modales, como poner el servicio y todo, y eso a mi mamá... ella siempre, ella era la de los modales, la cortesía, las buenas costumbres, el saludo. Las buenas costumbres eran no llegar y entrar a una casa, no llegar y tocar el timbre tres veces, por ejemplo, cuando iba a la peluquería y quedarte sentadita así sin moverte, obviamente que yo salía disparada, hacía mucho desorden, mi hermana no. Esas eran las buenas costumbres. No andar intruseando ni tocando cosas que no te correspondían. Pa´ mi era imposible, era imposible, yo no podía, le hice pasar muchas vergüenzas a mi mamá, porque me decía que yo era una desordenada, mi hermana no, ella era perfecta, ella era una dama, mi hermanita, pero yo no, porque me aburría, era muy inquieta, zurda, y mi nieto José Miguel es igual, el niñito es igual: zurdo. Aquí, me pegó con un juguete... ¡tiene una puntería! Entonces, siempre mi mamá haciéndome así, si íbamos de visita no comer mucho, no comer mucho pan, yo iba de visita y me encantaba comer el pan ajeno, pero me encantaba, me encantaba, ¿te das cuenta? Cuando iba a otro lado, claro, me comía todo entonces ¿por qué? si en la casa no era así.

Ella se preocupó siempre de eso, porque ella tuvo muy buena educación, también ella venía de las monjas Adoratrices, entonces siempre era como muy enérgica, pero eso nos inculcó y yo después a la Cony: que no se canta en la mesa, que no se tiene que poner así. Uno va repitiendo el mismo patrón, a uno le dejan la cabeza así y después uno repite lo mismo.

Mi papá leía el *Reader's*, leía el *Vea,* que yo a Cony le cuento, y a mi sobrino que le gusta que le cuente, sobre todo a Cristiancito mi sobrino menor, el *Vea* en blanco y negro me acuerdo, pero era así, era grande, no como ahora. Entonces en ese tiempo, porque yo siempre me fijo por la fotografía, no había un filtro, y siempre me acuerdo una vez que mataron a un señor, parece que era español, parece que lo habían asaltado y sale la foto en primer plano, así. Pero sale el cadáver —y eso que era blanco y negro— lleno de sangre, no sé si le habían golpeado la cabeza o le habían pegado un disparo pero todo así, esa foto la tengo acá, nunca la olvidé, porque parecía que no había un filtro, así como ahora. Era espantoso, espantoso, nunca lo olvidé.

Se leía el *Reader's* en la casa y el *Vea*, mi papá, hasta que ahora el 6 —mayo de 2018— se cumplió un año que falleció, jamás dejó de leer, de leer el diario, nunca. Nosotros en la casa igual, todos los días el diario, siempre, siempre yo leo el diario. Y mi papá a los cuatro años me regaló el diccionario Aristos, que era un diccionario grande, que era empastado pero era maravilloso, porque venía con las banderas de todos los países, los trajes típicos y eso a mí me cautivó. A mi me encantó, yo todas las noches leía mi diccionario, porque quería aprender las palabras. Entonces, mi papá me enseñó a leer, no me costó nada y cuando mi hermana entró a

estudiar, que ella no hizo kínder, ya sabía leer porque yo le enseñé, entonces siempre, se leyó en la casa, pero por mi papá.

El leía el *Reader's*, el *Vea* y escuchaba Strauss igual que mi tío del sur que se llamaba Alberto, que lo íbamos a dejar a la Estación Central cuando partía el tren, pero de ahí viene mi amor por la lectura. Entonces yo, me tomo el tiempo en la mañana mientras me tomo mi café, leo el diario. Cristiancito [me decía]: 'tía', me decía, 'por qué no lo lee digital'. No. A mí me gusta sentir el papel, el aroma del papel, todo, no, no lo cambio. Y el otro día me gustó mucho porque José Miguel —yo fui a ver no se qué cosa tenía que hacer— y él tomó el diario... así estaba, claro, lo tenía al revés, pero ya por lo menos lo tomó y me encantaría que también leyera el diario.

Pero eso viene de mi papá, porque él hasta el día de fallecer, que ya ahora se cumple un año el 6, fue muy buen lector. Muy buen lector, tenía buena letra, buena redacción, por esto de la lectura. A él se lo agradezco yo, y por el regalo que me hizo, el diccionario Aristos, ese fue el primer libro que tuve. Y lo he buscado por ahí, no lo encontrado, me gustaría para regalárselo a José Miguel, pero el mismo, era lindo, era precioso el diccionario empastado, ese fue mi primer regalo hermoso de lo que me acuerdo, y después una caja de lápices así de 48 lápices de colores. Yo era feliz, feliz! una caja de lata, que hasta el día de hoy me fascinan las cajas de lata, de madera, de todo, de todos colores.

Nosotros teníamos una cámara y se echó a perder, y de Inglaterra nos la mandó una prima de Osvaldo, una camarita así, chiquitita, de esos rollos chicos que se usaban antes, que ya no me acuerdo como se llamaban. Ella nos mandó esa cámara en los ochenta y gracias a esa cámara están todas estas fotografías que si tú te fijas, todas son de día porque la cámara no tenía flash. Todavía la tengo: Alina era, tan buena la cámara, oye, pero tan buena, imagínate, esta resolución de las fotos; para la época, no la encuentro mala.

Y ahí empezamos: ya, a todos mis sobrinos les tengo fotos, a todos, a todos, gracias a esa cámara porque a mí siempre me ha gustado la fotografía, pero siempre, yo tengo cientos, miles, millones de fotos. De hecho, ahora tengo un disco duro, pero ahora me compré otro solamente para pasar, yo debo tener unos cinco mil CDs y en cada CD más de 100 fotos, imagínate. Las estoy pasando para respaldar todas a un disco duro, también para dejárselas a mis nietos, pero fotos antiguas. Sí, de barrios antiguos, de partes que ya poco queda, edificios que ya después no van a existir.

Este año fuimos a veranear con Osvaldo a Arica, anduvimos en los barrios antiguos donde allá el turista no va, están derrumbando todo para hacer estacionamientos —como en todas partes—. Ahí hice todo un registro de un montón de puertas, ventanas, casas... cuando voy a Valparaíso —dos o tres veces al año— Osvaldo me acompaña, pero de repente me acompaña como de mala gana. Porque llegamos allá, me encanta andar cerro arriba y todo, y no me dan

ganas ni de comer ni nada y a él le da hambre, es una tontera pero igual, ay, yo salgo no más a sacar fotografías, y estudié tres años fotografía. Estudié en el Centro Cultural de Quilicura.

Y hemos hecho varias exposiciones. Ahora en el invierno vamos a hacer otra que es un foto—reportaje al adulto mayor de Quilicura, y ahora hicimos un —se me olvida siempre el nombre— una producción fotográfica. Ahí uno tiene que elegir el tema y yo elegí el transformismo. Sí, muy bonitas las fotos de mis compañeros y las mías, he traído mis fotos acá al Museo de Bellas Artes también, fotos mías, pero hemos hecho varias exposiciones, ahora como te digo, estamos esperando la exposición del transformismo. Me gustó porque siento que era un tema tan contingente. Me busqué un compañero —porque yo estudio teatro también, ahora estoy estudiando dramaturgia— un compañero de teatro, y él se ofreció: 'oye' le dije, 'yo ahora estoy cesante, como ahora yo cuido a mi nieto, no tengo pa´ pagarte'. Pero él: 'no importa, Patita', me dijo, él de buena voluntad. Así que mi compañera maquilladora —que también es fotógrafa— ella lo maquilló, todo, yo traje una ropa, unas pelucas, todo, las fotos quedaron pero preciosas. Y yo elegí el transformismo porque, me gusta, me gusta, pero se veía espectacular, y de hecho este jueves habría sido la inauguración de nuestra exposición, pero el Centro Cultural se comprometió con unas fotos de foto-reportaje, también muy interesantes. Así que después de esa, viene nuestra exposición.

Me encantan las fotos, es que yo siento que la fotografía capta momentos únicos e irrepetibles. Porque el momento ya pasó ¿me entiendes o no? Ahora, eso sí, se ha hecho más masivo con el celular y todo eso. Pero en estos tiempos, de repente, con los rollos había que esperar que llegaran y todo, entonces para mi estas fotografías son las más valiosas. Con esa camarita chiquitita, y tengo pero muchas, muchas más; que todas, como te digo yo, ya las pasé, las escaneé y las pasé al disco duro.

Yo siempre visito el Museo [Vicuña Mackenna] y la señorita Solmaría, la debes ubicar, Solmaría parece, no me acuerdo, ella siempre está mandando mails, ya sea para exposiciones, lanzamientos y cada vez que puedo, voy. Pero esto hará unos diez años atrás, cuando un día de repente... no me meto muy seguido al mail, pero entro y dice que hacen una invitación si uno tiene fotografías porque quieren hacer un catálogo de mujeres de Santiago en el siglo XX. Pensé y yo dije: al Museo de Bellas Artes he mandado casi todas de la familia —porque son fotos más antiguas todavía— y era hasta el año 90. 'Oye', le dije yo, 'esa foto, la que me tomaste tú, Osvaldo, del 80 al 81 ¿tú crees que la aceptaran?', porque se podían mandar hasta tres. '¿Las mando?', le dije. Bueno, si no, qué, porque a lo mejor la gente va a mandar fotos mucho más bonitas, más interesantes, le dije yo, pero mira, éstas son de Santiago. Y eso fue: ver que la señorita hacía la invitación y que uno ahí, blablablá, y que después para el día del patrimonio iba a ser el lanzamiento, la exposición y todo. ¡Mándala! y la mandé pero ya después como que se me olvidó y ahí después reviso el mail de nuevo y me dice que mis fotografías han sido seleccionadas y que nos esperan para el Día del Patrimonio, para

> el lanzamiento de la exposición —porque primero fue solamente la exposición. Después, el catálogo. Y parece que ese día de la exposición era que llovía pero a cántaros, llovía, llovía, eran las 16 horas, no, ese día parece que fue el Catálogo, es que no me acuerdo. Fue la exposición, ¿no cierto? Que yo llego a la inauguración porque andaba justamente en otra premiación, entonces me acuerdo que llegué corriendo pero me corría el agua; ay, habíamos estado con la Cony en el Museo de Violeta Parra también, viendo a Manuel García. Y a Juan y Rosa, entonces llego corriendo y dije 'con la lluvia no va a haber nadie', y estaba pero lleno, lleno, un interés de la gente, eso me llamó mucho la atención.
>
> Mucha gente, y nos invitan cordialmente al lanzamiento del catálogo, ahí todos contaron unas historias pero enriquecedoras, de gente ya que obviamente no está por la edad muy antigua, las mamás, cómo sufrían cuando tenían que trabajar y dejar a los hijos con alguna vecina, que eso se plasma en las fotografías, se nota en el fotógrafo o fotógrafa, captó tan bien los momentos. Conocí a varios nietos, contando sus experiencias, ay, fue lindo, fue pero maravilloso. De esa forma yo llegué, porque yo siempre voy al museo y siempre están haciendo cosas muy interesantes. Pero yo nunca pensé, yo dije a lo mejor van a mandar muchas, cientos, miles, van a ir dejando las mejores, que las mías iban a quedar... fíjate, entonces yo estaba feliz.

La reflexión de Patricia sobre su propia experiencia de vida y su trabajo como fotógrafa ha involucrado su consciencia sobre el registro y su valor como documento: es alguien que se fija en la belleza de la ciudad y en sus cambios, y que con curiosidad y sensibilidad se ha dedicado a dejar huella de ello para el futuro, a partir del amor que siente por Santiago y sus barrios, por los viajes y los recorridos en que esta rockera, fotógrafa y estudiante de dramaturgia. Como ella misma lo dice, su afán es por plasmar lo único e irrepetible, que de otra manera se perdería:

> Pero lo que me gusta de esa época, aparte de la fotografía y todo eso, me había olvidado un tema: las vacaciones. Lo pasábamos bien en la playa, íbamos en tren a Cartagena pero era maravilloso, yo que no daría por hacer un viaje ahora. Pero sabes tú que era pero maravilloso, irse en el tren, que se demoraba mucho, la gente subía, bajaba el tren, paraba, se bajaban por la ventana, que no daría por hacer un viaje así pero igual, igual que esa época.
>
> Tengo los mejores recuerdos... de esa casa. Voy siempre ahora a ver a mi Vicente Huidobro, que él es mi escritor favorito, poeta y escritor favorito, voy a verlo a su tumba, voy a leer de su poesía también, porque me gusta mucho, y me encanta Cartagena, y el otro día conversábamos con Osvaldo y con mi sobrino... que sería lindo que volviera esa época. Era toda una aventura y tu llegabas allá a la Estación, bueno de acá de Santiago, y toda la gente estaba esperando y todo, maravilloso. Ya grande, ya estábamos casadas, claro, íbamos con mi sobrino.

Cuando éramos niñas íbamos a veranear allá al campo y después pasábamos a Melipilla y nos íbamos a la playa de Santo Domingo, con mi papá también, y el nos llevaba a andar... porque habían unas liebres chicas, que de hecho yo una vez mandé al diario y salió mi carta, [en] La Tercera, que tenía recuerdos de sus viajes cosas así, entonces ahí, '¿qué viaje es el que más recuerda usted?' y yo puse [que] mi papá nos llevaba a andar en liebre, tomábamos ahí en San Antonio y nos vamos a Santo Domingo, pero a mi me gustaba irme atrás porque la liebre saltaba, siempre era tan desordenada yo po, saltaba. Pero era maravilloso y me acuerdo que mi carta salió en el diario y por ahí tengo guardado el suplemento, pero eran bonitas épocas, los inviernos en el campo donde mis abuelos también.

Cuando ya nos habíamos casado con Osvaldo, porque íbamos con mis sobrinos me acuerdo, pero era tan lindo, tan lindo recorrer en el día, en la noche, ahora dicen que no, no está igual, no sé po, yo no voy como del 2012, 2013, tengo que ir a ver a mi Vicente, pero ay, para mí era casi mágico. Me gustaría, me gustaría, todas esas cosas.

Y acá en Santiago mis paseos desde siempre al Parque Forestal cuando empieza el otoño, lo encuentro también maravilloso. Esos colores, esos tonos que toma, distintos, porque he sacado en la mañana y en el atardecer, maravilloso. Entonces de repente la gente anda por la ciudad y no se fija, yo me fijo en todo, en todo. Una puerta, una ventana, un árbol, una planta, un gato de repente. Me encanta, a mi me gusta Santiago, yo amo Santiago, es que la gente de repente ni siquiera conoce rincones, yo lo amo, me encanta el barrio Yungay, cuando hacen esas fiestas y esos bailoteos, me gusta que el barrio París-Londres un barrio más tranquilo, me gusta el barrio Lastarria. El barrio Concha y Toro, cuando hacen esas muestras y todo y se visten de época... yo amo Santiago.

Participo mucho, entonces yo creo que por eso también está esta fotografía, porque si no me hubiera gustado Santiago, o sea, jamás hubiera dejado que mi marido me sacara fotos acá: aquí no, vamos a otro lado. Yo quiero mi ciudad, me gusta Santiago, amo Santiago, amo los museos, las bibliotecas, todo, todo, todo todo, me gusta recorrer; la calle Viña del Mar ahí al lado del Monumento Nacional, que hay siempre hacen cosas interesantes también, es maravillosa y la gente de repente no la conoce. Hay gente que recorre solamente Ahumada y Santiago es mucho más que eso, hay barrios muy, muy interesantes, muy interesantes. Me gusta todo, todo, todo, todo, todo. Eso. Soy feliz fotografiando, retratando, buscando lugares únicos, lugares comunes, también ahí tengo mis registros. Después ya lo verán... ¿te imaginas si después José Miguel cuando sea grande lo invitan a participar de algo y él va a tener los registros, va a decir 'mire esas fotos son antiguas las sacó mi abuela, mire como era antes', ¿de quién era? 'De mi abuela'... me encantaría.

El barrio Matta, que todavía tiene unos cités. Una vez nos encontramos en un tur, en el barrio Matta, con un fotógrafo que había sido vecino de este niño, el Cabro Carrera, ¡nos contó unas historias! Pero impresionantes, del Cabro Carrera, cómo cuidaba a los niños, cómo se preocupaba que fueran ordenados, que fueran a la escuela, por eso la gente lo quería a este caballero. Y ahí andábamos en unos recovecos en el barrio Matta y ya era de noche, me acuerdo, y hacía un frío. Terminó el tur acá en el centro y alguien dijo 'a las cinco de la tarde dijo hay un tur allá, en Matta va a recorrer toda la parte' dijo, 'eso antiguo', ya vamos, vamos, dije yo, dije yo voy. Osvaldo se fue porque ya se cansó, hice la hora y partí. Hacía un frío, me acuerdo, andaba pero congelada, fui no más. Terminamos como a las diez de las noche, unos callejones oscuros, unos cité, pero yo lo encontré maravilloso, y ahí andaba al medio yo, pero sabes que me encantó. Yo llegué así a la casa, una experiencia pero inolvidable y todo eso trato de plasmarlo en mis fotos. También ando plasmando todo, porque son momentos, cómo te dije antes, únicos e irrepetibles y si tú no aprovechas el momento, se pierde.

La locomoción también, pero es muy distinta, si tú te fijas hay fotografías que yo también tengo un par, las liebres chiquititas, la gente se iba colgando. La gente colgando y de repente llegaban colgando hasta por acá, porque era normal, ahora no, tiene que andar con las puertas cerradas ¿te fijas la diferencia? De hecho en fotos más antiguas todavía también se ve, todos colgando y así, pero habían micros para toda partes— no como ahora que esto del Transantiago es atroz—, yo cuando partió el Transantiago dejé mucho tiempo de venir a Santiago porque me costaba mucho llegar, porque yo antes tenía micro directa y no se demoraba nada. Y dejé mucho, de hecho yo tenía una amiga de esos años que después dejamos de vernos por lo mismo, una vez al mes nos juntábamos y salíamos a recorrer Santiago a tomar fotografías, íbamos al hospital San José, pedía permiso yo, íbamos al cementerio, donde poca gente iba en esos tiempos, ahora se ha hecho un poco más moda, a registrar, del San José antiguo tengo unas fotos pero impresionantes. Me encanta.

A la Cony no le gustaba venir a la biblioteca a acompañarme, porque no ve que en algunas salas solamente entran mayores de 18 años, entonces yo entraba a investigar a ver cualquier cosa, y ella se tenía que quedar afuera, y eso no le gustaba. De hecho, [hay] mucho de repente de redes sociales y dejo de leer y no, eso no puede ser. Soy admiradora de la fotografía, sobre todo de la fotografía antigua y, me gusta, me gusta mucho.

‘Uno fue evolucionando de a poco’

Mercedes Moreno

CAPÍTULO 7

Mercedes Moreno

El testimonio de Mercedes Moreno pone en relieve un aspecto muy poco abordado de la historia urbana y cotidiana del siglo XX: las barreras enfrentadas por las mujeres para estar y divertirse fuera del hogar, sin la compañía —y sin la vigilancia— de sus parejas y familias. Su narración nos muestra, una vez más, que la experiencia de habitar la ciudad era muy diferente para ellas, en relación a la libertad con que contaban sus hermanos o parejas.

A partir de una fotografía que parece solamente la instantánea de una reunión social como tantas otras, el relato de Mercedes revela la transgresión y las dificultades que involucraba a fines de la década de 1960 que un grupo de parientas y amigas se reunieran en un restorán del centro de Santiago a festejar a una de ellas, y el largo recorrido que muchas mujeres han tenido que hacer, en su vida de jóvenes y adultas, para no seguir pidiendo 'permiso' para estar por sí mismas en la ciudad, solas o con sus amigas. Al interior de la imagen de las elegantes señoritas alrededor de la mesa, hay una historia de mujeres saliendo de sus espacios tradicionales.

Como se ha mencionado en los capítulos anteriores, para las mujeres —particularmente si eran jóvenes y solteras—no era fácil salir y circular solas por la ciudad. Santiago a mediados del siglo XX tenía una vida nocturna activa, de espectáculos, restoranes y bohemia, pero se trataba aun de espacios con una clientela predominantemente masculina.

En esta fotografía de 1967, Mercedes Moreno se encuentra en su despedida de soltera en el restorán Nuria, en el centro de Santiago:

Fue en la cena de despedida de soltera, que tengo entendido me la organizó mi cuñada, o sea, fue ella, y acá estoy con primas y amigas. Mi despedida de soltera, sí. Ya hace cincuenta años, sí, en el restaurante Nuria.

LA VIDA SANTIAGUINA A FINES DE LA DÉCADA DE 1960

El Restaurante Nuria, fundado en 1928, era uno de los lugares de moda en el centro de la ciudad, con música en vivo y grupos famosos en la época, como la Orquesta Huambaly. Mercedes, entonces de veinte años, fue sorprendida con la invitación al lugar, especialmente por ser de noche:

No sé, yo fui invitada. ¿Por qué escogieron ese lugar? Yo creo que era lo más central que había, era lo más nombrado también en esa época y fue como a las nueve, ocho de la noche. Yo lo ubicaba más como por salón de té, siempre era a tomar el té, en esa época, pero nunca pensé que me iban a llevar a una cena y encontré como extraño, porque en esa época mucho permiso no teníamos todas, por la misma época. Los permisos según mi mamá, eran hasta las once, doce de la noche y qué, no, duró hasta las dos de la mañana. En el Nuria, porque después había como una orquesta, creo que era una orquesta formada también por la gente que atendía, y había otra despedida de soltero y se formó el baile. Con mi esposo —en ese tiempo en que estábamos de novios fuimos ahí— a tomar, pero el té [se ríe].

Yo ya había terminado de estudiar las Humanidades, en esa época, si yo me casé... iba a cumplir los veinte. Uno se casaba más joven. Porque yo conocí a mi esposo cuando tenía quince años. Claro, ya llevábamos cinco años de noviazgo y yo me casé a los veinte, iba a cumplir los veinte.

Se percibe aquí una época de transición entre los roles tradicionales de las mujeres y las nuevas expectativas y exigencias de la vida urbana y modernas. Mirando la fotografía, Mercedes recuerda a sus amigas de esa época, y sus diferentes actividades:

Sí, aquí ella era telefonista del Hospital, acá el Barros Luco, la que sigue era dueña de casa, la otra también estuvo de telefonista, la otra también era dueña de casa, ésta también. Ella fue profesora, estaba recién recibiéndose, porque andaba con la edad mía, ella también fue profesora, ella era modista. Ella había estudiado modas. Ella era dueña de casa, y ella estaba estudiando kinesiología, en la [Universidad de] Chile, sí, y ella estudió para profesora en la [Escuela] Normal en la Bernardo Núñez, la que estaba allá abajo.

Bonitos recuerdos, es como que me daban permiso así, mi marido tenía que llegar a la casa para poder salir, pero siempre también él me llevó al otro, al Paula, mucho al Paula, también en el centro. Y la otra era, cuál era la otra cuando siempre íbamos a tomar el té, el Café Santos, el que estaba abajo. Después el Torres, el que estaba en la Alameda. Muchas salidas de noche no había. No, no había permiso.

Los bailes, se hacían bailes familiares, no se celebraban mucho los cumpleaños, se celebraban más los santos, por lo menos en mi casa, y como todas las casas eran grandes, venía más la familia y unas pocas amistades entonces ahí se formaba más el baile y toda esa cosa, y después ya vino como el Golpe que también quitó un poco las salidas, pero no, se pasaba bien igual.

Había un santo, por decir, ya, Mercedes, o la Carmen, o el santo de mi papá, San José, se reunían los primos, las primas, los tíos. Entonces había un poco de amistad, sí. Pero no tanto ahora, aunque todavía en mi familia se usa así, nos reunimos en familia. Pero es que también

ha cambiado mucho, pienso yo, por el sentido de que todo el mundo vive en departamento. Las casas ya no son grandes, en ese tiempo por lo menos siempre nosotros vivimos en casa grande, entonces se podía invitar a la familia, venían tíos, primos, todo.

Sí, los permisos, a ella [indica a una de sus amigas en la fotografía] no le querían dar el permiso, a la que está acá, la chica que estudió moda, a Estenia no le querían dar permiso y se la encargaron a la una, a la otra que la iba a buscar. Costaba mucho, bueno, mi mamá siempre andaba metida en el medio así que no era muy fácil, y cuando no andaba mi mamá, andaba mi hermano. Sí, siempre, si yo asistía, por decirte, a un malón, por decirte de esa época, de curso, era mi hermano el que estaba metido y ya a las once de la noche me estaba sacando de cualquier lado. Mi hermano mayor. Entonces mi mamá le daba autoridad a mi hermano mayor, entonces tenía que irme a buscar y de todas maneras mi mamá tenía que saber dónde estaba yo. Yo creo que mi hermano tuvo un poquito más de libertad.

En esa época era tranquilo, por suerte yo tengo una plaza acá y donde yo tenía permiso en las tardes para ir a andar en bicicleta. No había tanto tráfico tampoco, entonces tenía, por decirte, de las cinco hasta las siete de la tarde para salir todos a andar en bicicleta, en patines, en la plaza. Ahí debo haber tenido unos doce años.

En mi casa no me dejaban mucho participar, pero también íbamos mucho a la iglesia, que en la iglesia hacían cosas en común. En el barrio mismo, no, era más juntarnos en la plaza, tanto niños como niñas. Aquí teníamos la plaza cerca para todo el sector, entonces y lo que había en ese tiempo era el huasquero en la plaza. Era el que tenía que cuidar los jardines, entonces tenía una huasca por eso se les decía huasquero, entonces si nosotros nos pasábamos andando en bicicleta y nos metíamos en los pastos, él venía corriendo. Teníamos que andar bien, porque si no el huasquero... de hecho no nos iba a pegar, pero se le sentía un temor. Pero se mantenían bonitos los jardines en la plaza, todo bonito.

No sé, el hombre tenía más... a ver cómo explicarte: más autoridad, más garantía de muchas cosas, las mujeres no, las mujeres por suerte, yo lo veo por el lado de mi casa y de mi alrededor, que tenía con mis amigas que para un permiso, uf, costaba. Para ir a comprarse la ropa, también, tenía que ir mi mamá, ya que lo que me acomodaba, lo que me gustaba, y sin embargo yo lo veía en mis primos y en mi hermano, que no, pedía el permiso y ya. Tenía más garantías, incluso. Más garantías, y como que lo preparaban: yo lo noté en mi hermano, como que lo preparaban más, porque como te digo a mi hermano lo pusieron en el San Pedro Nolasco en ese año, y yo no. Como que preparándome pa' la casa, más bien dicho. En cambio, a él no, preparándolo como para otra cosa, por ser hombre. Era distinto, entremedio no sé, los horarios, los barrios donde se movían; mi hermano siempre tenía permiso de llegar más tarde, y como dije teníamos de chaperona a la mamá, metida en el medio o si no, a una prima, cualquiera tenía que salir con nosotras.

Una vida de mayor libertad y actividades propias comenzó para Mercedes con su vida adulta, ya casada y con hijos. Logró su sueño de estudiar una carrera, mientras no dejó de lado su vida en el hogar:

> Bueno, yo también fui teniendo un cambio, o sea yo a medida que fue pasando el tiempo, como tuve mis hijas, tuve en mi cabeza que cambiar un poco también, o sea, no podía ser así como tantos horarios y tantas cosas. Que ellas siguieran estudiando, por decirte: yo, también después de casada, de mi tercera hija creo que fue, entré a estudiar y saqué un título de enfermera entonces, que era lo que me gustaba. Y así, haciendo otros pequeños cursos también y ver que sí, la mujer puede lograr muchas cosas, no puede limitarse. Sin dejar de lado el ser mamá y su casa.

> Era similar, sí, porque mira, ella es la mamá de ella [indica dos personas en la fotografía]. Entonces era como que la más mayorcita tenía también que andar cuidándonos a todas, todo era similar. Bueno, siempre nos seguimos juntando después, ya después que cada una se fue, ya unas estaban casadas y... ¿elementos en común? Que yo creo que todas envidiábamos a las que ya estaban estudiando profesiones, más bien dicho. Queríamos también lograr, lograr, sí, por eso yo creo que la que ya estaba siendo profesora, la que era profesora, la chica que estudió modas, la Luisa que estaba estudiando kinesiología... entonces por lo menos yo, quería lograr también esas metas que tenían ellas, y [lo logré] después de como unos diez años casada.

Mercedes también detecta que hubo un cambio, al menos parcial, en esa vida, que tuvo que ver con los vaivenes políticos de la época. En su mirada, las mujeres tuvieron un retroceso con la baja notoria de la vida pública tras el golpe de Estado de 1973, pero paulatinamente los espacios volvieron a abrirse:

> A ver, yo creo que sí porque de todas las que estábamos aquí como mujeres, como dueñas de casa... yo creo que muchas quisimos que hubiera un cambio, y a lo mejor muchas (se ríe), con una pequeña ignorancia, sin saber qué es lo que era una dictadura. Entonces, ya más preocupadas por cosas fuera de las casas, salimos con las cacerolas, con toda esa cosa, ¿no cierto?, y claro, vimos que se vino un pequeño cambio, pero, ¿a costa de qué? Claro, porque estábamos —por decir yo— ya en un periodo en el que salíamos un poco más, estábamos saliendo más a pesar de que también teníamos maridos que eran más absorbentes, que costaba ¿no cierto? pero igual de alguna manera tratábamos de ir puras mujeres a tomar el té, pero llegó también el Golpe y ahí se nos volvió otra vez a cerrar todo. Se empezó a cerrar todo, entonces era ya más limitado, entonces como que las mujeres también ahí, otra vez pienso yo que bajamos un poco, pero después ya retomamos.

Ahí ya después empezamos a formar un grupito así entre primas y unas amiguitas por acá, y sí, ya después empezamos también a liberarnos un poco, a salir, ya en ese tiempo existían los Centros de Madres, ahora no existen, y empezamos a formar un grupo también, y ya después empezamos sí, de a poquito a salir, a comer, ya tipo ocho de la noche y llegar tipo, por decirte, diez y media a la casa. Y después ya nos fuimos agarrando más, ya después empezar a llegar a las once, doce, hasta llegar a un tope más o menos que el marido aceptara, ya fuimos avanzando. Sí, ya empezamos a poner la voz encima, y ya como que el hombre tenía que ir acatando. Ahí ya tú empiezas a salir, quieres conocer más, yo tengo mi álbum de fotografías de cuando ya me empecé a reunir con un grupo: de adonde hemos ido, todas las partes que hemos ido, como hemos salido, los locales, todo. Así, ya uno empieza a evolucionar. Ahora la vida para la mujer es totalmente distinta y qué bien, sin dejar de lado ciertas cosas.

Después de esto, creo que de ahí, ya en el año 80 nos liberamos un poco más, yo creo. Porque como ya formamos grupo, sabíamos que se podía salir fuera, ya empezamos a salir fuera, yo tenía un marido muy machista y tuvo que ir cambiando porque teníamos una diferencia de edad. Entonces, ya fuimos cambiando, entonces empezamos a decir que podemos salir solas y nos íbamos por dos días a Viña, por decir; las mujeres, puras mujeres solas. Entonces ya se nos fue abriendo más el mundo. Entonces ahora ya estamos en el periodo en que no salimos aquí en Chile, sino fuera de Chile.

Siempre dije: si yo tengo hijas mujeres, nunca las voy a limitar tanto. Pero mira que es contradictoria la vida; si yo te comentara... resulta, yo tengo tres hijas mujeres, y resulta de que ya, cuando decían 'permiso', entonces yo decía ¿por qué tengo que estar dando tanta antesala, que permiso pa' acá, que permiso pa' allá? Me decían 'mamá, queremos salir', 'ya, salgan'. Porque si yo estoy en lo correcto, por qué tengo que estar avisando, entonces. Pero llegó un periodo en que una de mis hijas me dice: 'parece que a ti te molestamos, que estemos el día sábado, domingo en la casa, que nunca nos decís que no'... yo dije ´uf, qué onda´. Entonces yo dije 'parece que no estoy en lo correcto' y cuando me pedían permiso, me decían ´para aquí, para allá´, porque nunca pensé que me pudieran decir eso, me entiendes. Claro, entonces, cuando me salen con eso, 'porque todo el tiempo tú me dices sí, vayan, nunca nos dices no, quédense ahora con nosotros. ¿Te molestamos el día sábado, domingo acá en casa?'. Entonces, ¡cuándo se sabe! La mayor va a cumplir este otro año, cincuenta.

Oh, sí, pero uno fue evolucionando de a poco, mi marido tuvo que cambiar, de repente si...me decía 'ya, a qué hora vas a llegar'.

Por último, Mercedes apunta a un fenómeno de la sociabilidad en la ciudad que ha cambiado. Su barrio ha cambiado y se ha vuelto más industrial. También y en un registro que tiene que ver con un cambio cultural, Mercedes valora la mayor libertad que ahora han conquistado las mujeres,

pero echa de menos una época en que la formalidad en el vestir era una señal de aprecio y afecto entre las personas, gesto de elegancia y consideración que se ha perdido en la vida actual:

> Más tranquilo antes, sí, ahora hay que tener mucho más cuidado y otra que ya no están quedando casas, se está instalando mucha industria y cuestiones así, si nosotros pensamos también que tenemos que movernos de acá porque estamos quedando muy solos. Entonces, yo entiendo a la Alcaldía que tiene que tener para los impuestos que entran al sector y todo pero... el barrio va quedando solo, entonces nosotros nos está quedamos muy solos acá.
>
> Lo que no me gusta mucho es, a veces, la vestimenta. Por ser, nosotras si íbamos a cualquier fiesta era como algo tan especial, que tú tenías que ir con tu taquito, con tu vestido bonito, todo. Y ahora como que eso no, encuentro tan poco femenino esas modas de que las chicas llegan y parten así, y que de repente no les interesa, por decirte, van con una blusa blanca y un sostén negro debajo y se ve feo. Entonces pequeños detalles, pequeños detalles que en esa época se notaban más; no sé, y yo noto que las chicas, el *bluejeans* es como, no sé... entonces, qué decía mi mamá, y yo también les decía a mis hijas: si estás invitado a una casa, tienes que valorar la invitación, y si te invitan tienes que ir presentable porque es como decir: 'ah, voy a la casa de éste, ya no importa si es lo mismo que a ir a un potrero'... no. Darle la categoría a tu amigo o amiga con tu presentación. Que tu amigo diga: 'ah, se preparó para venir a mi casa', no me voy a ir así como decir ya voy a cualquier lado, no. Entonces eso noto de repente yo en las chicas ahora, que como que las invitan y es como decir 'ya, voy a ir a la casa de cualquiera, no importa, voy como quiera, si quiero'...no es necesario que vayas con lujo, no. Pero como que te diste una manito para que tu amigo se sienta contento al llegar a su casa. Eso es lo único que critico más ahora de la vida de las mujeres, sí, no tanto en el hombre, porque el hombre siempre ha sido más desarmado decía mi madre, pero en las mujeres no, porque las mujeres tienen que tener esa pequeña coquetería desde niñas.

‘Nos acostumbraron, yo creo, a pelearle a la vida’

María y Clara Suárez

DAYTON

CAPÍTULO 8

María y Clara Suárez

El testimonio de las hermanas Suárez da cuenta de otro aspecto de la vida urbana de Santiago en el siglo XX: la participación de las mujeres en el mundo del comercio, de los almacenes, los mataderos y las poblaciones obreras, donde ellas se sumaron a los esfuerzos de una familia por salir adelante. En sus palabras se dibuja un Santiago cercano pero diferente al del casco antiguo de la ciudad, dinámico, comercial, aventurero y variopinto: La Vega, el barrio Patronato y el barrio Franklin.

Mujeres que mantienen el mundo en su lugar, que valoran y critican la dureza pero también los logros de sus vidas, y a través de su memoria, nos entregan también la historia de sus madres y abuelas, de las niñas de comienzos del siglo XX, cuyas voces directas ya no podemos alcanzar.

Este es un testimonio a dos voces, de las hermanas María y Clara Suárez. Por eso y a diferencia de los otros testimonios de este libro, se conservaron las referencias a cada una de ellas, pues quisimos destacar ese diálogo entre dos hermanas que recuerdan su infancia y juventud, y también sobre los recuerdos de su madre, Noemí Martínez, cuya fotografía y la memoria de sus hijas sobre ella se agrega al final de este texto.

Esta fotografía fue tomada en 1962, en el mesón del almacén familiar donde ambas trabajaban, en Patronato con Bellavista:

María: claro, ahí estábamos en el negocio de la familia, ahí nos turnábamos nosotros para atenderlo. En la mañana temprano iba la mamá, el papá, recibían la leche, el pan, después la mamá entraba a hacer las cosas de la casa, y se quedaba una de las hermanas [en el negocio]. Entonces, ahí, ese negocio es de Patronato esquina Bellavista, ahora hay unas cosas ahí de venta de ropa, parece.

Clara: en toda la esquina, en toda la esquina.

La iniciativa de donar las fotografías fue de María. Lo hizo al ver la convocatoria en el periódico El Mercurio, y no se lo contó a nadie:

María: yo vi el aviso en El Mercurio, y chiquito era, y dije yo 'mire, ¿por qué no?' y empecé a buscar las fotos viejas y encontré que aquí estábamos tan buenas mozas, dije yo: 'quiero mandar ésta', claro, pero yo la mandé sin...

Clara: ...expectativa.

María: ...que algún día fuera a existir un libro. La niña, que después fui a entregar la foto, ella me dijo. Pero nunca tuve la ilusión que iba a haber un libro y que iba a haber una foto. Y yo mandé la foto calladita, no le dije a nadie. No, ellas después supieron.

Clara: yo creo que te gustó porque el almacén tenía harta mercadería.

María: [se ríe] lo más probable.

Clara: porque sí, porque había momentos en que no teníamos tanto.

María: sí, me gustó porque...

Clara: y la María tenía un pinche, un fotógrafo.

María: pero no me duró ni un veinte, el fotógrafo, acuérdate del que repartía la Coca-Cola, el señor Contreras.

Clara: ah, sí. Sí le preguntaste, y yo dije, 'aquí vamos a saber...'

LA INFANCIA EN LA POBLACIÓN HUEMUL

María y Clara son, a su vez, la mayor y la menor de seis hermanos. Uno de los descubrimientos de esta búsqueda testimonial, fue que las hermanas Suárez, antes de que sus padres se instalaran con un almacén en el sector de Patronato, vivieron en la Población Huemul, en el barrio Franklin. Construida entre 1911 y 1918 y proyectada por el arquitecto Ricardo Larraín Bravo, fue un modelo de barrio obrero en Santiago; una villa de 157 viviendas distribuidas en varias manzanas, con escuela, plaza interior, capilla y dispensario.

De tal manera, los recuerdos de Clara y María se vuelven una memoria directa de esa experiencia nueva en la ciudad; habitaciones diseñadas para las familias trabajadoras y que buscaron superar las malas condiciones de vida de la mayoría de los santiaguinos. También dibujan un Santiago ya

urbano pero con un cierto aire rural y de pequeñas comunidades, que perciben como diferente a la experiencia de la infancia actual:

Clara: sí, nosotros vivimos hasta el año 60, 61, 62, en la población Huemul. Si la hemos ido a ver. Sí, pero a la población Huemul, no donde está el teatro. La otra población Huemul, que era, en los años 44 que llegamos ahí, era el primer condominio, porque era una manzana entera, cerrada, con piscina, terraza. Los días miércoles, nos iba a tocar la banda del FAMAE, porque el FAMAE existía ahí. Los milicos del FAMAE nos iban a tocar la banda, y el viernes iba a darnos películas un cura.

María: y que según dicen, era el Alberto Hurtado.

Clara: no, era el padre Alfredo, se llamaba Alfredo. Un cura jesuita nos iba a dar películas. En uno de los bloques...

María: ... de los muros.

Clara: claro, de los muros, ahí nos proyectaba películas y salíamos todos, y bajamos con las sillas, no sentábamos ahí con las sillas y esperábamos.

María: qué lindo, era muy lindo.

Clara: la población Huemul, preciosa, nosotros ahora hemos ido a verla un par de veces. En Franklin con Nataniel. Franklin 370.

María: yo no he ido. Nataniel, Roberto Espinoza, Biobío, Franklin.

Clara: precioso, y ahí la iglesia Santa Lucrecia, después la Mater, después la Italia. También barrios tranquilos, bonitos.

María: ay, es que en la Huemul éramos chicos. Yo llegue de doce... antes de los doce años.

Clara: y yo nací ahí.

María: ella nació ahí. Entonces es otra experiencia, de niño. A pesar de que el papá no nos dejaba bajar, nunca nos bañamos en la piscina porque no nos dio nunca permiso.

Clara: había la fiesta de la primavera y teníamos que mirar desde arriba.

María: hacían bailes, elegían reina y mi papá nunca, nunca nos dejó. Quien bajaba a juntarse con unos amigos, los hombres, era mi hermano. Pero a las 10 estaba fiu, fiu [silbando] que subiera. No, que era otra vida, otra vida.

Clara: pero yo creo que ahí en la población uno se sentía como más protegida.

María: ah, claro porque era cerradita.

Clara: y familias igual que uno, de toda la vida. Familias numerosas, gente de mucho esfuerzo, los Hernández, cuántos hermanos eran, como ocho.

María: como siete.

Clara: los Robles, los Meza, eran como clanes que vivían ahí, porque uno decía 'los tanto'... y sabía que era el papá, la mamá, más los seis o cinco chiquillos. Si eran hartas familias con muchos niños. Con una vida muy sencilla, muy sencilla. Nuestro juego era cortar, cortar cardenales y comernos el tallo del cardenal, o cazar moscas y echarlas a los hormigueros... eso, de niño, una mezcla de todo.

María: Mi bisnieto cuanto juega, porque pasa con eso, con el celular, entonces es distinto. Nosotros antes, qué jugábamos: palitroques. Cuáles eran los palitroques: la parte de arriba del choclo, esa pieza. La cortaban y la colocaban, mi papá nos hacía una pelota con calcetines viejos, mi papá le colocaba diario adentro y era eso. Jugábamos al luche, las tapas de bebidas con barro duro, la cáscara de naranja, hacíamos pulseras.

Clara: ah, y nos poníamos en las uñas hojas de flor de cardenal, pa' andar con las uñas pintadas.

María: y en los labios.

Clara: y en los ojos nos poníamos aromo.

María: y en las pestañas. Qué lindo. Costaba para que la florcita se pegara.

Clara: ¿tú hacías eso? ah, tú erai más elegante...

María: y cuando andábamos en zancos con los tarros de leche condensada. O los teléfonos: una se ponía allá y el otro acá y el tarro, el hilo y hablábamos por teléfono. Yo me colocaba por detrás de la puerta de la pieza y subía la escalera imaginaria, pero esa era mi entretención, porque me encantaban las casas con escalera, entonces detrás de la puerta me ponía yo a subir la escalera, éramos más sanos.

Clara: sí, bonita.

María: esa niñez que ahora los niños no disfrutan. Nosotros disfrutamos harto. Harto, harto. Así que no nos podemos quejar.

Clara: y tú nos hacías la pregunta, qué diferencia hay hoy día con la población Huemul. En esos años a los pies de la población Huemul había una línea de tren, que pasaba por la calle Biobío, estaba el Matadero, ahí mataban los animales. Y de repente los animales se arrancaban, entonces era la gran alegría pa' los cabros del barrio. Se arrancó un toro, se arrancó un toro, y era casi San Fermín. Y casi la fiesta de San Fermín.

María: claro [se ríe].

Clara: los toros, que venían y se metían a la población.

María: y la gente se escondía en los negocios. Porque nosotros en el departamento, las ventanas daban a la calle Franklin, así que ahí nos instalábamos en galería mirando a los toros que corrían para allá, para acá. Era bonito.

Clara: pregunta cuántas de nosotras, cuántas pudimos pololear en la población: ninguna.

María: a mí me pedían pololeo, pero jamás, no podía decir sí. ¿Por qué? Porque el papá se podía enojar. Ella [se refiere a Clara] tenía como dos años, cuando me dijeron, me dieron una cita en la plaza, ahí en los hermanos Matte, no hallaba cómo salir, yo tendría como dieciséis años. Tú recién caminabas. Entonces inventé llevarla a la plaza. Pero ella se me arrancaba a cada rato y el chiquillo se aburrió y se fue. Entonces, esos eran los pololeos, ¿ve?

Clara: pero igual a una le zapateaba la cuchara, pues.

María: claro, cuando veía al joven le dolía la guata y todo lo demás, igual que ahora.

Clara: yo creo que eso hemos perdido ahora. Yo creo que esa sensibilidad frente a estos acontecimientos que pueden venir, que influyen en tu vida, se ha perdido, porque esta cosa de verlo pasar, de que ibas a tomar la micro, yo iba al Comercial que estaba —que también es un hito histórico— ahí en San Martín con la Alameda, que ahora es el hotel Diego de Almagro, creo, pero todavía están las escalinatas de mármol, donde nosotros subíamos a clases. Uno sabía que tenía que tomar tal micro, a tal hora, de Mapocho a Lo Vial, porque ahí iba a ir el chiquillo que a una le gustaba... y era sólo mirarlo y nada más.

María: era verlo pasar, nada más.

Clara: y claro, te alegraba la vida. O cuando iba al negocio, el otro chiquillo que te gustaba e iba a comprar una bebida, cualquier cosa... y claro, uno esperaba con ansias ese momento. Quizás, a lo mejor, en sentimiento, vivimos más intensamente. El sentimiento se vivía más a concho.

María: a mí me mandaba la revista *Vea*, *Eva*, el suplementero.

Clara: que le decíamos 'el periodista', nosotros. Era un gallo que tenía un quiosco de diario en la esquina opuesta, entonces pa' nosotros era el periodista.

María: y él me miraba y me decía, 'tome aquí está la *Eva*'. 'Yo no la he encargado', no, sí, 'a mí me encargaron que tenía que traérsela todas las semanas'. Nunca supe quién, pero me llegaba todas las semanas.

Clara: podría haber sido él mismo.

María: no, si era casado. Con niña y todo.

Clara: ah, verdad.

María: pero, me la llevaban po, teníamos *prete*. Es que claro, uno era amable con toda la gente. Era amable: si le conversaban, uno conversaba.

Clara: Uno todavía recuerda con cariño a las vecinas.

María: yo tuve vecinas que las quise mucho y gente, que yo era joven, me ayudaban mucho en cuanto que la comida, cómo se hace esta comida, en el negocio también.

Clara: que si te faltaba algo, una sabía que si iba donde el vecino, el vecino sin ningún problema te iba a pasar si ellos tenían, claro, el compartir, compartíamos todo.

María: sí, sí. Era como una familia grande, eso era.

EL ALMACÉN EN PATRONATO

Posteriormente, la familia se mudó al barrio Patronato, donde sus padres instalaron el almacén que aparece en la fotografía: surgió la oportunidad de comprar el local y se fueron del sector de Franklin. Las hermanas Suárez rememoraron el esfuerzo que significó llevar adelante ese negocio

familiar, las diferencias de la vida entre la población Huemul y el nuevo entorno, y las tareas que a ellas les tocaban y donde, además, mostraban su propia iniciativa:

María: la persona que tenía el negocio, lo vendía y se quería cambiar a otra parte, entonces ellos se fueron, compraron el departamento de nosotros, vivíamos en Franklin, y nosotros nos fuimos para allá.

Clara: ese negocio tenía casa.

María: claro, tenía casa.

Clara: ahí vivimos como cuatro, cinco años. Cambiarnos al almacén fue como asumir una vida adulta, de responsabilidad, imagínate, después de pillar moscas andábamos con un triciclo acarreando sacos de papas. Pero tampoco la vida financieramente fue mejor. Porque mi papi en esos años tenía una imprenta, le vinieron tres infartos cardiacos, al final murió del corazón, entonces, nos acostumbraron, yo creo, a pelearle a la vida. Porque uno lo hacía así, sin el qué dirán, sin temor al qué dirán, uno lo hacía no más, tenías que hacerlo, pero a la larga uno la mira y esas fueron buenas experiencias de vida.

Siempre estuvimos con el temor de que como estaba fuera de línea de demarcación, de que iban a demolerlo. Siempre estábamos con esa Espada de Damocles que nos iba a caer, que iban a expropiar toda esa esquina y la iban a demoler.

María: mentira, todavía existe.

Clara: en muy malas condiciones, sí, porque cuando estábamos, ahí ya estaba.

Clara: me acuerdo que era una casa antigua, alta, fría y sin patio.

María: había un puro patio de luz, no más, y vivíamos nosotros adentro. Teníamos, pasando el negocio, adentro, teníamos los dormitorios, y esas cosas. Ahí este... [se ríe] el primer Jumbo, el supermercado; aquí todo en la vida hay que tomarlo con optimismo.

Clara: supermercado, claro, si vendíamos no mucho. Pero las dos íbamos a la feria, a buscar, por ejemplo, el saco de papa, y lo traíamos en un triciclo. ¿Sí o no? ¿Te acordai tú?

María: sí, cómo que no. Al principio, comprábamos por cinco kilos; entonces, al principio, el casero ése, parece que dijo 'pobrecitas, vienen cada cierto tiempo a comprar pa' vender': un saco de papas, que en esos años eran más de cuarenta kilos. Entonces: 'no, no tenemos plata'; [y nos dijo] 'No importa, me pagan después'. Traíamos el saco, al principio no había triciclo,

había que ir a buscarlo, ir a la Vega, correr, ir, traer, volver, y él nos fiaba el saco de papas. Y así empezamos: la caja de huevos, era un cajón de huevos, y había que irlos a buscar de a poco también. Nos hicimos caseras con unos que venden frutas, también, no teníamos plata en ese momento: 'lleven no más lo que quieran, después me pagan'. Pero teníamos clientela, entonces rapidito dábamos vuelta la mercadería a la venta.

Clara: … y probablemente también la comíamos altiro.

María: claro, si éramos tantos.

Clara: sí, la María la mayor, yo la menor, más el papá y la mamá. Yo creo que es con tanto esfuerzo, es bonito, además que era un tiempo bien especial, que había la suficiente credibilidad en el otro como pa' darte fiado, porque no tenían ni idea ellos donde estábamos.

María: Al menos en La Vega. Nos encontraban buenas mozas… nos encontraban [se ríe].

Clara: Yo creo que veían a dos mujeres, yo tenía como quince años, la María tenía veintitantos años; entonces, el ser humano confía en el otro. Y eso fue, de los hitos importantes, una vez cuando nos entraron a robar ¿te acuerdas? un tipo con un cuchillo. Pero estaba la Julia ahí en la caja, una de mis otras hermanas. Y en ese tiempo, no eran usuales los asaltos.

María: no, esas cosas no. A mí una vez me robaron una Coca Cola, veo no más la mano que saca la Coca-Cola del cajón. Y el hombre se queda ahí mismo, porque ahí era paradero de buses, de micro, no, de buses: San Francisco Bellavista, no sé pa' donde llegaba. Y le digo yo… agarré un fierro y salgo, patuda también, le digo yo: 'entrégame la Coca-Cola, la que tenís ahí, ladrón'. 'Escoba' me dijo. Siempre me río: *escoba*. 'Yo no te he robado, si quieres pides, pero no robes, porque a todos les cuesta'. Así que bueno, 'permiso, perdón, ya'… 'llévatela la Coca-Cola, ya'. Porque pidió perdón.

Clara: era entretenido también, interactuar con los clientes, con la gente.

María: con los clientes, claro… fue una época bonita, bien bonita.

Clara: a mí no me gustaba la casa, sí. Además que adentro de la casa mi papá tenía un gallo, un gallo desgraciado, con el permiso tuyo, ves que íbamos, porque el baño estaba en la otra punta, teníamos que pasar con escobas, porque el gallo nos dejaba todas picadas las piernas.

María: pero se nos tiraba a nosotras, las mujeres no más.

Clara: entonces decíamos, 'papá, queremos ir al baño' y allá aparecía mi papá a cuidarnos para ir al baño, porque el gallo ahí andaba.

María: y el gallo le tiraba la barba, a las niñas no, pero nos seguía hasta el dormitorio, el gallo.

Clara: el gallo blanco, grande, grande.

María: sí... y nos picoteaba.

Clara: a mí no me gustaba mucho por eso, la casa.

María: no, la casa era muy fría, muy fea.

Clara: pero era lo que había no más. Y había que hacerle frente a eso.

El Barrio Patronato, en la memoria de las hermanas Suárez, era un lugar diverso, con comercios, departamentos y casas residenciales, donde convivían personas de diferentes orígenes y actividades. También era un lugar cercano al Parque Forestal, uno de los lugares de esparcimiento del cual guardan buenos recuerdos, cuando el trabajo en el almacén les dejaba tiempo para salir:

María: en esa parte hay mucho departamento, edificio departamento, entonces las nanas en esos tiempos, ellas nos encargaban cosas a nosotros, para ellas no ir a La Vega, nos encargaban verduras, frutas y se las íbamos a dejar nosotros. No nos costaba nada, era algo seguro.

Clara: te acuerdas que en el edificio de al frente, vivía buena gente, fíjate tú, en uno de los edificios vivían los Solari y en el otro edificio del frente vivían los Paredes, el Miguel Paredes que vendía...

María: La lotería.

Clara: eso, que era muy famoso ese concurso años atrás, que está todavía ahí en Ahumada. Entonces era también el sector más o menos bueno, había un juez también.

María: claro, sí. Había mucha gente, gente que ya eran nuestros clientes.

Clara: sí porque Patronato no era lo que es ahora, Patronato era...

María: ¿sabís lo que había? Eran casas, o sea negocios, que vendían medias.

Clara: las medias eran de Patronato, los turcos de Patronato, de ahí.

María: [El barrio era] tranquilo.

Clara: residencial pues, todo el mundo se conocía, estaba la iglesia atrás, como a tres o cuatro cuadras, la iglesia Santa Filomena. Claro, la iglesia San Francisco, de los franciscanos de Recoleta.

María: ah, eso estaba más cerca.

Clara: estaba la escuela dental, colegios... parece que no habían cerca.

María: no, no, había que atravesar al otro lado del Parque Forestal. Rosa Concha se llamaba el colegio.

Clara: así que era un ambiente bastante residencial, pero de gente muy tranquila, muy tranquila.

María: y se conocían, había un interactuar...

Clara: había una niña que vivía ahí que era pintora.

María: arriba, que arrendaba, la Celina.

Clara: Celina algo, una niña pintora. Era como un ambiente también quizás un poco bohemio, de la gente que vivía ahí alrededor, se mezclaba un poco todo. No había sectorizado, nada, todo se mezclaba.

Clara: íbamos al Parque cuando había conciertos, en verano.

María: era bien poquito, porque en el negocio eran las diez, diez y media [de la noche] y todavía estaba abierto, sobre todo en verano. Entonces no, no salíamos mucho, porque trabajábamos ahí. Ella estudiaba, mis otras hermanas trabajaban. Y mi hermano que dejó de estudiar y nos ayudaba con el triciclo, el otro hermano. El otro era casado ya, entonces teníamos que trabajar harto en el negocio.

Clara: sí, trabajábamos mucho. Estudiábamos y trabajábamos.

María: no había horario tampoco.

Clara: en verano, había conciertos al aire libre en el Parque Forestal. Yo creo que debe haber sido la Orquesta Filarmónica de la Chile, cosas así, era muy agradable ir, porque uno se sentaba en el pasto, en el suelo, las noches ricas de verano, y formaba parte de lo que podíamos nosotros tener acceso, porque también por las limitaciones económicas, una no tenía acceso a esas cosas, había más diferencia. Pero íbamos, yo me acuerdo, de haber sido muy agradable esas noches en el Parque Forestal. Muy lindo.

Clara: sí, porque nosotros éramos hartos, y era bien complicada la cosa, era distinto. Pero fue una época bonita, si terminamos nada más porque a mi papá le dio un ataque al corazón.

Clara: y acá ya era un barrio por decir algo, era un barrio más elegante, ya no teníamos el Matadero, no teníamos donde ir a comprar la fruta, la verdura, acá era distinto. Pero de esas cosas uno se acuerda, cuando el curita de la Santa Lucrecia pasaba en las procesiones a las cinco de la mañana y uno también salía a la ventana a mirar. El camión de la leche llegaba a las seis y nos peleábamos la tapa de la botella para chuparla, porque venía...

María: era cremita, era la botella de vidrio, delicia. Entonces ahí venía toda la cremita arriba. Bien rico [se ríe]. Nosotros también vendimos leche ahí en Franklin, teníamos puesto de pura leche.

EL CAMBIO A LA CALLE MONEDA

En el año 1966, la familia Suárez dejó el local comercial y casa en que vivían en Patronato y se cambiaron a la calle Moneda. Estaban en ese lugar, a pocos metros de los enfrentamientos, para el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Las hermanas Suárez rememoraron lo que significó para un grupo de mujeres y niñas —ya que ninguno de los hombres de la familia estaba allí ese día— vivir esos momentos casi bajo el fuego de los bombardeos:

Clara: Moneda 1486, en el cuarto piso. Donde hay una universidad.

María: Donde hay una universidad, ahora. Casi frente al Instituto Chileno-Norteamericano.

Clara: y ahí pasamos el 11 de septiembre del 73.

María: en el cuarto piso, viendo el bombardeo, las balas pa' allá, pa' acá.

Clara: ahí en Príncipe de Gales, que se llama esa calle cortita, estaba el MAPU, y acá en San Martín estaba el partido Socialista, lo cerraron por fuera, le pusieron candado y explotó una bomba. Nosotros creíamos que había gente ahí, no había nadie, estaba vacío. Y acá estaba el MAPU y yo me acuerdo que cuando en esos años yo trabajaba en INTEC (Instituto de Investigaciones Tecnológicas), y ya teníamos a la Carolita, chiquitita, a mi hija mayor, y llegamos a la oficina y nos dijeron el que quiera irse a su casa se va y el que no, se queda, defendiendo acá. Tenía a mi hija chiquitita, así que no, pa' la casa. Y me acuerdo que recién llegamos, llegué yo, y ahí mi mamá me veía a mi hija, porque yo vivía en Ochagavía, en el parque, cerca del Cementerio Metropolitano, entonces le pasaba a dejar a mi mamá la hija para que me la cuidara. Y cuando llegué, parece que fue el momento en el que dijeron que el que quería salir de La Moneda se fuera, y yo tengo aquí en mi mente a un carabinero que lo veo arrancando por la calle Moneda, con una maleta semi abierta, porque se le había abierto y se le iban cayendo sus ropas, sus cosas y arrancando por Moneda pa' abajo y después sentir el ruido de las balas, los bombardeos. Arriba había una copa de agua en ese edificio, no sé si existirá todavía y tanto disparo y cosas la reventaron y nos caía el agua por todos lados.

María: el ascensor, las escaleras; y ella [su hermana] estaba casada y su marido no había llegado porque trabajaba en Phillips. Nosotros éramos puras mujeres, la abuelita que estaba enferma, mi mamá, yo, mi hermana, una, dos primas, porque estaba la Mónica, porque era vacaciones, estaban sin clases, la Catalina, mi hija, éramos como seis, siete, ocho, puras mujeres, puras mujeres, y nos arrinconamos en el living: como son grandes, más menos así las piezas del living-comedor, y ahí, todas amontonadas en un rinconcito. Claro que si caía una bomba teníamos que correr al subterráneo donde estaban las calderas.

Menos mal que yo había salido en la mañana temprano, porque se oyeron rumores, por la radio; entonces salí a un negocio que quedaba cerca, ahí encontré pan, manzanas, acelga y leche, creo, y compré y alcancé a entrar al edificio donde vivíamos, que ya el conserje puso cadenas, puso candados, la cadena y todo y que no saliera nadie, que no entrara nadie. Porque mucha gente arrancando, quería meterse, sin saber quiénes eran, así que ahí nos tocó duro. Y estuvimos cuántos días sin agua, sin luz. Y sufriendo porque el marido de ella no llegaba.

Clara: llegó como a las seis de la mañana.

María: los dos hermanos estaban casados ya, así que éramos puras mujeres. La vimos dura, pero...

Clara: ... salimos.

María: se nos pasó el susto y todo, después. Así que...

LA MIRADA HACIA EL PASADO DESDE HOY

Al preguntarles sobre los cambios que ellas perciben entre su experiencia de juventud y el presente, las hermanas Suárez tienen una reflexión propia sobre la vida de las mujeres en la sociedad chilena. Como otras entrevistadas de este libro, valoran la mayor libertad de acción y decisión que tienen las mujeres hoy, y destacan que en el pasado las mujeres estaban mucho más sujetas a las decisiones paternas y a cuidarse de los rumores y comentarios de los demás.

Sin embargo, no idealizan ni el pasado ni el presente: a sus buenos recuerdos de infancia se suma la conciencia de las dificultades económicas que tuvieron que vivir y cómo eso era aun más duro para las jóvenes y afectaba sus oportunidades, y también miran con distancia el afán de consumo y endeudamiento actual y la influencia de los medios de comunicación en la imagen y expectativas de las personas:

> **María:** bueno, yo creo que la mujer hoy está más abierta a muchas cosas, tiene más libertad, para empezar, libertad para decir las cosas que piensa. [Para] nosotros en esos años era muy difícil decir las cosas que una pensaba, sobre todo cuando estaba más niña. Entonces había cosas que uno no podía, era mal visto si conversaba mucho con otra persona del otro género. Era mal visto: 'ah, qué es lo que pasa, es por algo', y ahí los papás salían a mirar, con quien estaba conversando. Y ahora no, ahora las chiquillas, las jóvenes tienen más libertad para expresarse, para salir, para vestirse, van si quieren ir de vacaciones, tienen la oportunidad, se van solas, van con sus amigas a diferentes partes. Antes, nosotros no, y en estos tiempos de aquí tampoco, porque también era como mal visto que uno tuviera un poco más de libertad. ¿O será que a nosotros nos criaron en esa forma?
>
> **Clara:** no, yo creo que era general, porque antiguamente, por ejemplo, cuando yo era joven, quince, dieciséis años, las mujeres no usábamos pantalones, porque los pantalones lo usaban los hombres, no las mujeres, o sea, era estricto en todo...
>
> **María:** en todo sentido.
>
> **Clara:** claro, ahora de qué nos cuidaba eso, no lo sé. Porque yo creo que la libertad es bonita, y la libertad bien ejercida es bonita, no el libertinaje, pero la libertad bien ejercida no tiene por qué... el ser humano está para vivir libre, entonces yo creo que también tenía sus cosas que —podríamos decirlo en determinado momento— eran opresivas. Por ejemplo, yo te pongo un ejemplo de las mismas carreras que una podía estudiar, los papás elegían por uno. La Gladys, una de mis hermanas, entró a estudiar sombrerería en la Técnica, porque mi mami la puso ahí, ¿la Julia qué estudió? Moda, en la Técnica, porque la mamá la puso ahí. No había opción de elegir, entonces era lo que los papás creían...

María: ... que podían darle.

Clara: claro, podían darle, porque una cosa es que la educación era... ¿por qué era tan difícil?

María: eso es lo que era, también.

Clara: no sé por qué era tan difícil... o porque a lo mejor no teníamos nosotros posibilidad de algo mejor, no sé.

María: a mí a los doce años me sacaron del colegio, y que me quedara a cargo de la casa, de los hermanos chicos. Yo soñaba con seguir estudiando, me pusieron en una técnica en el mes de marzo que está ahí en la Gran Avenida, y como en el mes de junio, la directora me llama y me dice: 'venga, su papá la va a retirar' y ahí quedé, hasta ahí quedé con estudios, porque no había posibilidades tampoco, económicamente.

Clara: y una tenía que agachar el moño.

María: claro, sí, tenía que quedarme a cargo de la casa, porque la mamá tenía que salir a trabajar, ayudar económicamente.

Clara: mi mamá trabajaba en una fábrica de camisas...y yo era la mayor, ella [su hermana presente] quedó de once meses, y tenía que hacerme cargo de los otros más. ¿Y ella? Después creció, tenía que llevarla al colegio, y las monjas que creían después que yo era la mamá. Claro, porque me veían a mí, cuatro viajes al día para el colegio, porque claro, antes era así. Jornada mañana y tarde. Entonces es distinto, ahora no, ahora hay más facilidades para estudiar. Yo el cuarto medio lo saqué en el 2006, en *Chile clasifica*, ahí aproveché porque a la comuna llegó, y yo dije 'me voy a meter' y ahí saqué cuarto medio, mi papelito, me hicieron una fiesta. Porque era la única oportunidad de lograr, y uno se queda con la ilusión de haber seguido una profesión. Mis nietas me decían 'mamá, estudia', ya, yo pudiera ir a la universidad, yo iba, pero era un sueño, no se podía. El que pudo estudiar estudió y el que no, hasta ahí quedó. Mis hermanas que estudiaron sombrerería, imagínese, flores, hacía ramitos de flores con género, ¿a quién le vendía eso? La otra estudió moda.

María: Y a los hombres donde los metían, al comercial y al industrial, eso estudiaban los hombres, y las mujeres lo otro.

Clara: pero a lo mejor, quizás mirándolo así en perspectiva... como ahora estamos tan abiertos al mundo, también la mente ahora se ha abierto más, a lo mejor también los conocimientos que íbamos a adquirir no los íbamos a emplear adecuadamente, porque no teníamos tampoco un campo tan extenso como lo que hay ahora.

María: ahora hay más medios.

Clara: claro.

María: hay más facilidad de estudiar ahora, y el que no estudia...

Clara: pero fíjate, uno se recuerda que los nietos nuestros por ejemplo, para ellos tener en la casa jamón para el pan, o el queso, no es tan relevante como era para nosotros: que me van a comprar medio pan de mantequilla.

María: ...medio tostado, era fiesta pa' nosotros.

Clara: o que compraran tres huevos y lo hicieran huevos revueltos pa' que lo echáramos dentro del pan, seis cabros... entonces cuando mi papi se pagaba ahí en Franklin, yo el otro día, mira la edad que tengo, digo porque me gusta tanto el olor a bistec en la noche, ¡me encanta! Y conversando con la María le decía, porque mi papá cuando se pagaba nos mandaba a la carnicería cruzando la calle, donde Briceño, vayan a comprar medio kilo de posta cortado en bistec. Y ese pa' nosotros era un signo de que a mi papá le habían pagado, ¡ay! y también nos encargaba un burrito de cerveza ¿cómo era? que una malta, una cosa así, que iba con un jarro también, a comprar y eso para uno era bacán porque al papá le habían pagado plata.

María: y él hacía los bistec, le echaba cebollita y después freía cebolla. Ya, y todos sentados ahí, nos daba a todos.

Clara: medio kilo de posta, medio pan de mantequilla; entonces si lo vemos, puede ser que éramos pobres. Pero esa pobreza que uno la vivía feliz cuando tenía algo más. O sea, la disfrutaba. Ahora ¿qué disfrute tienen nuestros niños? Ese es el problema que tenemos, la escalada que vamos dando, el piso que estamos colocando más arriba, ¿les estamos cortando al hombre las cosas sencillas? Ese es el miedo que me da a mí con respecto a esto mismo que estamos viviendo: la igualdad entre hombre y mujer, pa' mí siempre, siempre el hombre va a ser la cabeza de la casa y la mujer el corazón de la casa. Siempre. Y siempre, no es un tema machista, hemos llegado a hablar en un lenguaje en que nos polarizamos todos, todos nos polarizamos. Y para mí ver un hombre, un jefe de hogar, un hombre que es el pilar la casa, es el que sustenta. Hay casos aislados, hay casos en que la mujer es el pilar de la casa, la mujer es la que trabaja, la que aguanta a los niños. A mí el miedo que me da, es que le quitemos a los hombres el valor que tienen, a mí ese es el miedo que me da, sin tener una actitud machista.

María: es que nosotros crecimos con eso, vimos que el papá era el que llevaba las cosas.

Clara: aunque mi mamá igual trabajaba y se sacaba la mugre.

María: claro, pero de todas maneras como que él era el centro, el jefe de hogar, porque él cuándo estábamos chicos nos sacaba a pasear ¿cuál era el paseo? Parque Cousiño, Cerro San Cristóbal, subir a pie y bajar a pie.

Clara: O cuando mi papá era chico e iba a arbitrar partidos de fútbol y hacía mal arbitraje, salíamos todos arrancando.

María: [se ríe] había que salir a arrancar... porque claro, él no era árbitro, entonces había que arrancar y partir porque claro, los huasos venían atrás con piedras. Teníamos que salir arrancando.

Clara: a ver, hemos hablado de los juegos, hemos hablado de las comidas, y también ahí, probablemente vendría esto mismo de participar el papá con los hijos en el acontecer diario, en salir de paseo, en buscarle la sencillez a la vida. Como estamos tan conectados con el exterior con todo el mundo, no sólo con lo que nos rodea, sino que con Europa, todo, conocemos altiro, entonces vamos ambicionando cosas para las que no estamos preparados. Yo te digo por ejemplo que yo tuve la suerte de ir a Rusia con mi hija mayor, allá es un pueblo tremendamente nacionalista, tremendamente nacionalista. Allá se habla ruso y solamente ruso y el que quiera hablar inglés sonó, porque no te inflan, no te inflan, y saliendo del aeropuerto juntas todas las chauchas de rublos y compras lo que te alcanza, porque en otra parte no te va a servir, entonces tampoco se trata de vivir eso, pero si se trata de conocer que hay algo más y a lo mejor enseñarnos a esforzarnos para algo mejor, pero no vivir con la ambición puesto en ello, porque ahora ni siquiera vacacionamos aquí en el país.

María: siempre en playas del Caribe.

Clara: Estamos ambicionando más de lo que podemos, entonces por eso yo creo que el vivir sencillamente o de acuerdo a lo que tú tienes... qué pasaba, lo máximo que teníamos nosotros, precursor de la tarjeta de crédito, era la libreta con el almacenero, ese era el precursor de nuestra tarjeta de crédito y aun así, a pesar de que teníamos la libreta con el almacén, éramos bastante medidos. Si no, al fin de semana había que pagar.

María: estaba el tope y no importaba si estabas en DICOM.

Clara: ahora tú ves, no sé si a ti te pasó, pero el día que entraste a la universidad se dejaron caer los gallos, dándote tarjeta de crédito universitaria y todo. Abrimos expectativas que no son ciertas, no son reales. Yo creo que eso, nos ha jugado [en contra] a nosotros un poco.

Clara: es lo mismo que nos pasa a las mujeres con la belleza, vemos tanto, tanta televisión, que queremos ser las Bolocco y ni siquiera ellas son lo que son, ni siquiera ellas. Es pa' ponerte un referente, no pa' pelar. Pero no queremos tener arrugas, no queremos tener canas, no queremos tener lo que nos corresponde tener, porque si yo tengo guata, es de adonde nacieron mis cuatro hijos. Y por qué eso no lo acepto. Siempre estamos pensando... no aceptándonos, yo creo que ahí vamos a llegar a topar en un problema, en unos años más, que a lo mejor el hombre ni siquiera se va a aceptar, por eso hablamos después de criogénesis, pensamos en todas esas cosas que no son del ciclo natural de vida.

Clara: y también hemos perdido el barrio. ¿Por qué? porque hay un tema de desconfianza. Hay un tema...

María: ya no hay vida de barrio.

Clara: la familia ya no vive tanto tiempo en un lugar, como antiguamente. Y antes, las vecinas, uno las puede enumerar por casa y se acuerda de todas ellas.

NOEMÍ MARTÍNEZ DONOSO

Junto a su propia fotografía, María Suárez donó la fotografía donde aparece su madre, Noemí Martínez Donoso, en el patio del Colegio nº100, en la calle Arturo Prat del centro de Santiago, tomada en 1927 o 1928.

La niña de trenzas de la fotografía se casó a los quince años. Tuvo su primera hija a los diecisiete años y la última a los treinta y seis, una vida de trabajo y sus hijas —particularmente María, la mayor—han comprendido con el paso de los años la aparente dureza de una madre a quien le tocó vivir y hacerse cargo de una familia en un período donde una joven no podía tener un noviazgo sin que terminara rápidamente en matrimonio e hijos, y en un país donde la profunda crisis económica de los años treinta hizo que la vida fuera aun más difícil:

María: ah, mi mami, ella, la de trenzas. Yo tengo una foto por ahí donde está ella, antes de morir. Ella es mi mamá.

Clara: eso es, ustedes vivían al frente, había un cité grande, grande, de esos que habían. Cuando ella estaba en el colegio, no sé yo dónde vivía, no me acuerdo. Porque yo también estudié en ese colegio.

Clara: o sea, es que nuestra vida siempre se dio por ahí en esos entornos, Marina de Gaete, Aconcagua... quedaba más o menos a siete cuadras de donde vivíamos en Franklin. Porque yo después estudié ahí, y con mi hermana, mi otra hermana, y de ahí nos íbamos a pie nosotros por Arturo Prat hasta llegar a Franklin, y o Arauco y de ahí salíamos a San Diego, Franklin.

Clara: [lo que se ve en la fotografía] es un telar. Claro que ahí no se nota, ahí urden la lana, aquí la máquina de coser, estas son ruedas, también, pero por ahí tuvo que haber un telar, este parece que es un telar. Sí, éste que está aquí. Estas deben haber sido las clases de labores. Otras se llamaban 'economía doméstica', cuándo te enseñaban a cocinar, porque las mujeres teníamos esas clases, economía doméstica. Y mi mami se casó a los quince años.

María: dieciséis.

Clara: quince, y mi papi a los veintiuno, y mi papá cuando le dijo a su madre que él se iba a casar, mi abuela tomó la escoba y le partió...

María: no, la plancha, le tiró por la cabeza.

Clara: y después con la escoba lo siguió y le rompió la escoba en la espalda.

María: y lo echó de la casa.

Clara: y él tenía veintiún años. Y ella tenía quince años.

María: viste que ella era viuda, la mamá de mi papá.

Clara: sí, la abuela nuestra.

María: que él [el padre de María y Clara] era el jefe de familia, porque el papá de él murió cuando él tenía diecinueve años y quedaron con las hermanas más chicas, tenía dos hermanas y un hermano, y él era el mayor y entonces él era el jefe de familia.

Clara: ¿y qué es lo que pasó? entonces si le dice que se va a casar, se le acaba el sustento.

María: … se le acaba, y por eso le tiró la plancha por la cabeza.

Clara: con quince años mi mamá empieza a tener hijos. A los diecisiete te tuvo a ti.

María: diecisiete, parece.

Clara: claro, se casaron cuando ella tenía quince, a los diecisiete y venía todo, no había sistema de un control de natalidad. Y mi mamá me tuvo a mí a los treinta y seis años, y tuvo a todos su hijos en la casa, los atendió una parturienta [partera] con mi papi, los dos. Entonces, cuando me quedó esperando a mí, me decía que ella no quería tener más hijos, imagínate una mujer de treinta y tantos que iba a tener una sexta guagua.

María: que había tenido ya dos pérdidas.

Clara: claro, ella ya… y en ese tiempo en que los pañales se lavaban a mano, se hervían, se planchaban. O sea, cuando tú piensas en una mujer de esa época, ahora estamos viviendo en otra galaxia, no tiene nada que ver, pero nada. Entonces, cuando ella me contaba esta historia, yo la entendía que nada de trauma ni cuestiones, ni hijos no deseados, una mierda, naciste y naciste, y uno entiende.

María: y después, saliste a trabajar no más. Entre tanto y tanto la guagua tendría un año, dos años, y salir a trabajar y dejar a la guagua en la casa, claro, si esas son las historias.

Clara: claro, entonces mi mami sufrió mucho porque además tú naciste, estaba en la depresión del año 30, había ollas comunes en las calles.

María: [el año] 32… mi papá decía que iba a este regimiento que estaba en la calle, que estaba ahí en, Santa Rosa, San Francisco, Carmen, e iba a buscar la olla con porotos que le daban y eso traía pa' la casa, pa' que comiéramos en el año 32, 34. Esa fue una depresión casi mundial, también. Esto afectó mucho a Chile, no había empleo, dicen que la gente andaba en las calles.

Clara: entonces, una familia, iniciándose una familia con una niñita de quince, dieciséis años que ya empieza a tener hijos, uno tras otro, que no tienen ni qué comer.

María: ¿y por qué se casó a esa edad? porque conoció a mi papá a la salida del colegio. Tenía doce años, él le echó el ojo, dice, junto con mi tío Ernesto. Y entonces empezó a visitarla. Y la abuelita: 'ah, no… esto ya, casamiento'. Y había que casarse, porque así era la cosa, no podía la niña conversar o hablar con un joven si no había casamiento de por medio, así que rapidito los casaron. Así era la cosa, porque a ella le pasó lo mismo, a mi abuelita, la mamá de ella era lavandera, entonces, ella le lavaba ropa a un viudo, un viudo con hijo, con un solo hijo, el viudo

le llevaba la ropa a la casa, ella tenía una hija que era mi abuelita, el viudo se entusiasmó con la hija... ya, casamiento. Casaron altiro a mi abuelita. Yo cuando tengo uso de razón y me acuerdo de mi abuelo, viejo, canoso, nosotros no disfrutamos de él, porque él ya se había separado hace muchos años de ella, entonces no supimos nunca del cariño de abuelo, ni de casa con un jefe de hogar tampoco, porque la abuelita, con su mamá, su mamá era viuda, ella era separada. Entonces rapidito casaron a mi mami, porque claro, antes de que la gente comentara.

Clara: esa era una frase muy usada: qué va a decir la gente. Eso se escuchaba pero continuamente, qué va a decir la gente. Era como muy común.

María: entonces, hay que cortar por lo más sano, claro [se ríe].

Clara: a mi papá le tiraron la plancha y la pobre tuvo que empezar a criar cabros a los dieciséis, diecisiete años, y uno tras otro.

María: sí, yo con mi hermano me llevo por dos años, con Sergio, con la Julia, tres años, la Gladys con la Julia tres años, Carlos... ella [se refiere a Clara] fue más largo, porque se demoraron cinco años en tenerla a ella.

Clara: y cacha, con treinta y seis años, mi mamá...

Clara: fue una bendición de Dios que no siguiera procreando. Por eso te digo, no tuvo punto de comparación, porque además se desenvolvía en un tiempo en que la pobreza era muy grande en Chile, muy grande.

María: si yo siempre me acuerdo de mi mamá, no me acuerdo nunca de haberla visto sonreír, yo tengo grabado eso. Digo yo, nunca la vi sonreír, o sea, así, sonreír en forma natural, y qué, reírse, yo no recuerdo tampoco que alguna vez cuando chica ella me abrazara. A mí me quedó esa imagen. Ahora con los años, claro, yo de mi infancia, siempre como que le criticaba esa parte, pero después con el tiempo... a ella le tocó una vida muy dura. Muy difícil, con muchas carencias, entonces cuando una ya es mayor se da cuenta de eso, ahí se da cuenta. Entonces ahí valora más, te digo yo, nunca la vi sonreír, nunca que jugara con nosotros, yo eso lo traté de hacer con mi hija y con mis nietos, los sacaba a pasear, con mi bisnieto ahora hago lo mismo, porque a mí me faltó esa parte, entonces yo, esa parte se la doy a ellos, como a mí me hubiera gustado que mi mamá me hubiera dado esa parte, mi mamá, no mi papá. Mi papá nos sacaba a pasear. Cuando nos retaba, si nos portábamos mal, mi mamá nos acusaba, entonces él qué hacía: nos llevaba al segundo piso de los dormitorios y así todos sentados a la orilla de la cama, ahí, todo en filitas y ahí conversaba con nosotros, nunca nos pegaba. Al menos yo no recuerdo nunca que me haya pegado. Entonces... y el respeto a la mamá. Le decía 'la mamá es una sola y es sagrada'. A pesar de lo que pasó con su madre, él nos inculcaba a nosotros que la

mamá era sagrada, sea chica, fea, grande, gorda, flaca, como sea, es su madre y ustedes están aquí gracias a ella, eso nos inculcó él. Pero yo no me recuerdo, al menos a mí nunca me pegó. Yo no recuerdo eso. Y que nos retaba, ese era el reto que nos daba, el castigo, sentarnos ahí, porque nunca nos castigó, nunca nos dijo 'no, se quedan sin comer'. Lo de mi mamá ya con los años, cuando empecé a madurar más, ahí yo empecé a valorar el esfuerzo, el sacrificio de ella, pero después, con los años, que ya no vale, porque a mí me hubiese gustado haberla abrazado, una tarde entera haber conversado con ella, por eso no voy al cementerio.

Clara: anda al cementerio a hablar con ella, allá.

María: no, a mí no me gusta ir al cementerio, me da pena. Así que no, esas cosas. Pero, esas cosas uno lamentablemente las valora cuando es tarde yo por eso a la Coni, a la Anita, les he dado mucho, para que tengan un buen recuerdo también. A pesar de que los nietos ya crecieron, no la pescan a uno ya, sobre todo los hombres. Ni la pescan a uno. Uno tiene veintidós, el otro tiene dieciocho y mi nieta tiene veintiocho, y mi bisnieto tiene nueve, pero me llevo mejor con la nieta, los otros no, ya no, cuando chicos los disfruté mucho, y ellos también, pero ahora, que no me llaman ni por teléfono, no me dan ni la hora. Bueno, así es la vida, así será. Pero me apego harto a la Coni y a mi bisnieto, a ellos me apego más, porque una le hace falta, sobre todo cuando es abuela.

Clara: tu eres bisabuela ya, patuda.

María: si po, soy bisabuela.

Clara: dijiste cuando uno es abuela.

María: bueno, bisabuela [se ríe] es lo mismo, no más. Si, pero bueno, hay que disfrutar lo que le queda a uno, no sabe más cuanto le va a quedar, hay que disfrutarlo.

Conclusiones

Los caminos sinuosos de las mujeres en la ciudad

Como destacamos en la introducción de este libro, buscamos que desde las fotografías generosamente donadas se desprendieran historias, yendo de las imágenes al verbo femenino de estas *Mujeres en Santiago*. Los objetivos de una investigación suelen —con suerte y ánimo— cumplirse, pero los contenidos que revela un trabajo exploratorio y experiencial como éste no son previsibles. En este apartado, lo que queremos es entregar una reflexión final acerca de cómo estos testimonios, en perspectiva y conjunto, dan cuenta de esa historia de Santiago y de Chile en el siglo XX, vividas desde la particularidad de ser mujeres.

Desde la década de 1930 en adelante y en una situación que se intensificaría en las décadas de 1960 a 1980, Santiago se transformó en una megaurbe con un fuerte desarrollo industrial y comercial, un crecimiento acelerado e iniciativas de planificación urbana que incorporaron nuevos territorios a la ciudad, edificaciones de altura y anillos de circunvalación: la *ciudad primada* y la *ciudad bárbara* que describió Benjamín Vicuña Mackenna a fines del siglo XIX, es decir, la pequeña ciudad afrancesada y elegante de las elites y la ciudad extendida y abandonada a su suerte de los pobres, durante el siglo siguiente se convirtió en un ente mucho más complejo en términos sociales, culturales y territoriales. La capital del país se volvió, así, el centro de los grandes cambios políticos y económicos del país.

Los relatos de nuestras entrevistadas dieron cuenta de ese proceso. Incluyeron los paseos al Parque Forestal, al Cerro San Cristóbal y al Parque O'Higgins, recordaron con afecto los eventos artísticos en plazas y calles y rememoraron también las marchas y protestas políticas de diferentes épocas, el bombardeo de La Moneda y el toque de queda dictatorial, que afectaron sus vidas en mayor o menor grado. Su Santiago de infancia y juventud fue una ciudad activa y de largos recorridos en bus, pero también y efectivamente, una ciudad más tranquila y con menos población que la actual, más de barrios que de comunas y con más casas que edificios. No les gusta el Transantiago y el Metro, precisamente por lo masivo de su uso, pero en su mayoría no se quejan de vivir en la ciudad; la recorren y en la medida de lo posible la disfrutan, tal como sus madres y abuelas lo hicieron cuando tuvieron oportunidad.

Vivieron, por lo demás, esos procesos y cambios desde el lugar específico de ser mujeres en una sociedad que cambiaba rápidamente en algunos planos, pero no

en otros. En su memoria, perciben a las familias con fuerte autoridad paterna como las predominantes. La comunicación directa era baja —los mayores no hablaban o les contaban poco de sus vidas a las jóvenes—, esa autoridad del padre rara vez se cuestionaba y las mujeres mayores inculcaban a las más jóvenes los valores del pudor y la dedicación al hogar y sus tareas. Hay una clara naturalización de los hombres como jefes de hogar, aunque al mismo tiempo se valoran los esfuerzos y el trabajo hechos por las mujeres. Ello parece influir en la percepción de una infancia y una adolescencia 'protegidas', como ellas la definieron, donde las niñas estaban bajo el control y la vigilancia constante de los y las mayores de la familias. Nuestras entrevistadas destacaron que era distinto para los varones: sus hermanos también estaban bajo la tutela paterna, pero la libertad que tenían para salir solos, por ejemplo, era mucho mayor. De hecho, una de las evidencias más claras de este control hacia las niñas y jóvenes, estuvo tanto en la frecuente prohibición de tener novio como en el matrimonio a temprana edad. Aunque ambas situaciones pudieran parecer contradictorias, los testimonios revelan que no lo son: la relación sentimental sólo era permitida —incluso con reparos—si llevaba al matrimonio, es decir, si el pretendiente manifestaba *intenciones serias* y las cumplía. Un *pololeo* no podía durar demasiado y no podía aceptarse si no había concreción matrimonial, lo cual revela en términos implícitos la preocupación familiar por cautelar la vida sexual de las jóvenes y lo que se pensara de ellas a ese respecto en su ambiente social directo. Si bien estas entrevistadas no usaron términos como 'el honor' o la 'buena reputación' de una mujer para referirse a ello, sí lo hicieron indirectamente al mencionar la importancia del 'qué dirán'. No es una casualidad, postulamos, que las prohibiciones para salir solas, una sociabilidad muy ligada a lo familiar y las dificultades para entablar una relación de pareja —el 'permiso para pololear'— aparezcan en los testimonios junto a las críticas a ese juicio social que siempre estaba allí, en forma de preguntas y críticas solapadas o directas si salían sin sus maridos o sus familiares, si no tenían hijos o si se separaban de sus maridos. Las mujeres aquí entrevistadas narraron esa experiencia como diferente a la actual: perciben a las jóvenes —especialmente a sus nietas—como más libres, menos preocupadas de los modales, el vestir formalmente y la opinión de los mayores. Mirando hacia su pasado, se consideraron más tímidas, ingenuas o inmaduras en comparación a las jóvenes actuales.

El segundo punto que queremos destacar, es precisamente esa calificación de timidez. En las imágenes del Catálogo *Mujeres en Santiago*, todas o casi todas ellas miran a la cámara sonriendo y formal y femeninamente vestidas y peinadas. Esa misma actitud, al parecer, era la que se asumía debían tener en sus vidas, y muchas de ellas debieron superarla o por lo menos relativizarla para convertirse en sus propias personas. La adultez, el matrimonio y la maternidad, las separaciones de sus parejas y el deseo o la necesidad de estudiar y especialmente de trabajar, parecen haber actuado como una clave de responsabilidad y compromiso donde reprodujeron roles tradicionales, pero que también fueron herramientas de crecimiento personal. Las circunstancias históricas, postulamos,

tuvieron un papel en ello: si bien no se cuestionaba que se casaran y fueran madres a temprana edad y tuvieron esposos que a menudo definen como machistas, hubo nuevas circunstancias que —de mejor o peor grado— las llevaron a tener vidas y actividades más allá de lo doméstico. La influencia de la lectura y el estudio, de amigos y amigas más allá del ámbito de origen, la activa vida política de la década de 1960 y la Unidad Popular, el golpe de Estado y la crisis económicas de la década de 1980 les trajeron dificultades, pero también se convirtieron en una oportunidad. La crianza 'protegida' que muchas de ellas vivieron en su infancia y adolescencia debió ser superada para buscar trabajo y circular por la ciudad.

Sin embargo, ello también marcó una experiencia secundarizada o subalterna en cuanto a sus necesidades y expectativas individuales. Si bien varias de ellas desarrollaron actividades propias en términos políticos, laborales, artísticos o profesionales, el espacio que estas actividades ha estado sujeto a las necesidades y la influencia de sus parejas, hijos, hijas y familias extendidas. La militante-compañera, que llega al activismo desde la historia familiar o el compromiso de su pareja y le cuesta hablar en público; la madre que adapta su vida laboral y profesional al cuidado de los hijos; la esposa que debe negociar con su pareja el tiempo para estar con sus amigas o para salir sola; o la mujer que se separa, se dedica a sus hijos y no vuelve a tener una pareja, son una constante en estos testimonios.

El siglo XX fue el siglo de la aceleración del tiempo histórico, de un desarrollo tecnológico sin precedentes en el devenir humano, de la así llamada revolución de las expectativas y de las megaciudades en que la mayoría de la población vive y sobrevive. Chile como país y Santiago como urbe no estuvieron ajenos a esos grandes fenómenos globales fragmentarios, desiguales, contradictorios y a veces terribles. Las mujeres, quizás, los vivieron de manera más conflictiva que los hombres; la construcción de roles de género centenarios que definieron como natural que fueran jóvenes pudorosas y esposas y madres dedicadas, que su ámbito fuera el hogar y no la calle, el afecto y no la competencia, hizo que encontrar su lugar en esa sociedad algo enloquecida requiriera de un esfuerzo de adaptación aun mayor que el de sus pares masculinos.

Queremos que estas imágenes y sus testimonios se lean considerando esa perspectiva: al interior de esos rostros sonrientes y esas manos sobre el regazo, tras los sombreros y las trenzas de los años treinta, los cabellos abombados de los sesentas o los *jeans* de los setentas, tras una palabra que nada tiene de aleccionadora ni pedante, tras las bromas con que a menudo se rieron un poco de sí mismas y del mundo a su alrededor, hay mujeres que navegaron con gracia en tiempos de cambio y dificultad, de desafíos y tragedias. Cada una de ellas se reveló como propietaria de una mirada crítica sobre sus propias vidas, la ciudad, la sociedad chilena y sus cambios y rupturas. Sólo podemos agradecer, nuevamente, que hayan querido compartir esa experiencia con nosotros, en imágenes y en sus propias voces.

Dirección editorial
Ricardo Brodsky Baudet
Solmaría Ramírez Ahumada

Autora
Azun Candina Polomer

Investigadores
David Kornbluth Camblor
Camila Plaza Salgado

Textos
Azun Candina Polomer
Solmaría Ramírez Ahumada
Natalia González Montaner
Paola Uribe Valdez
Miguel Tapia Pérez

Transcripciones
Dina Camacho Buitrago

Diseño y diagramación
Guillermo Negrón Pizarro

Imágenes
Colección fotográfica digital
"Mujeres en Santiago" del MNBVM

Financiamiento
Sistema de Equidad de Género
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Todas y cada una de estas imágenes reveló ser la punta del iceberg en historias personales que se enlazan con los cambios, tragedias, triunfos y luchas de Chile en el siglo XX, y especialmente de su segunda mitad. En la imagen de una mujer joven y su hija sentadas en el Paseo Bulnes, estaba la historia de una familia desanudada y vuelta a anudar por los exilios y las persecuciones de los años setenta y ochenta; al interior de la fotografía de una adolescente de los años cincuenta sosteniendo un cartel, había recorridos que involucraron la Ley Maldita de 1948 y el buscar una nueva vida fuera del país en los años setenta y luego regresar; en las fotografías de mujeres tras un mesón de almacén, saliendo de sus clases, sonriendo a la cámara desde la entrada de la Biblioteca Nacional o el Cerro San Cristóbal, aparecieron las crisis económicas, el crecimiento de la ciudad, los cambios en la moda y las relaciones sociales, el descubrimiento de sí mismas y de sus capacidades.

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

Chile en marcha

ISBN: 978-956-244-444-6